

HISTORIA DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

Fernand Pelloutier

PRESENTACIÓN

La Historia de las Bolsas del Trabajo de Fernand Pelloutier es un ensayo histórico relevante para los tiempos actuales, no obstante haber sido escrito hace más de un siglo.

En efecto, en tiempos de la globalización, cuando el Trabajo parece sucumbir frente al Capital, es el momento en que este tipo de alternativas, como la planteada por Fernand Pelloutier, deben renacer de sus cenizas conformándose en una opción asequible.

Las Bolsas del Trabajo representaron, en su momento, una alternativa libertaria real que puso, como comúnmente se dice, los pelos de punta de no pocos capitalistas franceses que en ellas veían el germen de su aniquilamiento.

Las Bolsas del Trabajo fueron ideadas como organismos suprasindicales que por su propia composición ponían en peligro al orden capitalista, manteniendo igualmente en jaque a las estructuras estatales. No en balde, los juristas de aquella época no paraban mientes señalándolas como la existencia de un Estado dentro del Estado, habida cuenta de que efectivamente tendían a reemplazar las estructuras propias del Estado capitalista por otras distintas de neto carácter socialista libertario.

Organismos encargados de registrar las condiciones laborales en diferentes sectores y regiones de Francia por medio de instrumentos de medición estadísticos, las Bolsas del Trabajo facilitaban asimismo una amplia gama de servicios que por supuesto en mucho favorecían a sus agremiados.

Es de esperar que la información brindada en este interesantísimo ensayo histórico, mueva a quien lo lea a una fecunda y positiva reflexión.

Chantal López y Omar Cortés

BIOGRAFÍA DE FERNAND PELLOUTIER

Por Victor Dave

Fernand-Léonce-Emile Pelloutier nació en París el 1° de octubre de 1867 y murió en la misma ciudad el 13 de marzo de 1901. Tenía por consiguiente treinta y tres años cuando desaparece.

Contrariamente a muchos que se separan del pueblo para dirigirse hacia la burguesía, Pelloutier abandonó a la burguesía para vivir la vida del pueblo. Era descendiente de Simón Pelloutier, quien se había visto obligado a abandonar Francia en tiempos de la revocación del

edicto de Nantes.¹ Nacido en Lipsia el 29 de octubre de 1694, llega a ser sucesivamente preceptor de los hijos del duque de Württemberg, príncipe de Montbéliard, pastor de la iglesia francesa de Berlín, consejero eclesiástico y asesor del consistorio superior, director del *Collège français*, miembro y bibliotecario de la *Academia de las Ciencias y las Bellas Artes* de Prusia. Dejó numerosos escritos, entre los cuales se cita sobre todo una insigne *Histoire des Celtes*, en ocho volúmenes, publicada en 1733.

Léonce Pelloutier, el abuelo paterno, ejerció sobre él, a través de su obra, una influencia considerable, tal vez decisiva, en las ideas del nieto. Léonce era abogado en Nantes y se ocupaba muy activamente de política y de periodismo. Aunque oriundo de familia legitimista y ultraclerical, abrazó muy pronto las ideas liberales, colaboró durante largos años en el *Phare de la Loire*, se afilió a la secta de los *Carbonarios* y otras organizaciones secretas, formó parte de la *Société des Droits des Hommes* con Godefroy Cavaignac, Félix Avril, Astruc, y ejerce en 1835, el puesto de redactor jefe en la *Alliance Libérale* de Blanqui, periódico que nunca llegó por otra parte a ver la luz. El ofrecimiento le fue hecho por Philippon, que dirigía *Le Réformateur*, y por François-Vincent Raspail, ambos amigos de Léonce Pelloutier. En 1870, siempre en la brecha, fundó en Niort el *Progres de Deux-Sèvres et de la Vendée*, donde, hecho curioso, se pueden leer artículos firmados por Jules Guesde. El viejo demócrata liberal murió en 1879 y fue enterrado con rito civil, con gran escándalo de la muy clerical población de Nantes.

Uno de los hermanos de Léonce, Ulrich Pelloutier, fue por el contrario un realista ardiente y militante. Partidario acérrimo de Carlos X, éste le nombra barón de Boisrichard. Toma parte activa en la insurrección de 1832 y es recluido como agente de la duquesa de Berry en el castillo de Launau, cercano a Châteaubriand, en compañía de un correligionario llamado Clemenceau, pariente, si no me equivoco, del célebre político de la actualidad. A propósito de esta detención existen curiosas cartas del prefecto del Loire-inferior y del comisario central de Nantes de aquella época, como asimismo de Montalivet, par de Francia y ministro del Interior.

Bajo la influencia de su abuelo, Fernand Pelloutier rompe con las tradiciones familiares y se adentra por la vía que aquél le había trazado, a pesar de la educación clerical que sus progenitores le hicieron recibir. Llevó a cabo en París sus estudios elementales con los *Frères de la doctrine Chrétienne*. Luego, dado que sus padres habían abandonado París en 1879, a la muerte del abuelo, para ir a establecerse, primero en Nantes y acto seguido a Saint-Nazaire, Fernand es enviado en 1880 como su hermano Mauricio al pequeño seminario de Guerande. Permanecieron allí tres años. Fernando, cuya constitución fue siempre débil, delicada, contrajo allí el germen de la enfermedad que debía posteriormente conducirle a la tumba. La comida era mediocre e insuficiente, los cuidados deficientes, la higiene deplorable. Ante las mínimas faltas los maestros infligían severos castigos que degeneraban en auténticos malos tratos. El joven Pelloutier intentó evadirse dos veces de aquel triste lugar, sin conseguirlo. **Un día, en el cofre de su vecino de banco descubrieron un violento panfleto contra los hombres de la iglesia, en el cual él había colaborado ampliamente.** Este manifiesto le salvó de las garras de los frailes: el principal culpable fue expulsado y se aconsejó a los padres de Pelloutier que retiraran del seminario a su hijo, alumno insubordinado, ya embebido de *ideas subversivas*. De este modo pudo llevar a cabo sus estudios clásicos en el colegio de Saint-Nazaire desde 1883 a 1886.

¹ El *Edicto de Nantes*, promulgado en 1598 por Enrique IV, pone fin a las guerras religiosas y concede una libertad limitada de culto a hugonotes y calvinistas (libertad de conciencia, libre ejecución del culto, aunque se limitan a los centros no episcopales, igualdad política). Fue revocado por Luis XIV con el *Edicto de Fontainebleau* (1685); esto empujó a la emigración a cerca de medio millón de hugonotes; la economía mercantilista no resultó dañada y comenzaron a circular en Francia las primeras críticas al absolutismo (Fenelon). Los prófugos se refugiaron la mayor parte en Holanda, *punto avanzado del iluminismo*. (P. Bayle) y en Brandeburgo. (Nota del traductor de la versión italiana).

En 1885, con sólo 18 años y mientras todavía cursaba sus estudios, empezó Pelloutier a colaborar en *La Démocratie de l'Ouest*, que acababa de fundar un operario tipógrafo, Eugenio Courronné. Escribía también en varias hojas literarias que le ofrecieron voluntariamente sus columnas, aunque los años que siguieron fueron más bien de espera y de preparación. Maduraba sus ideas, leía mucho, enormemente, de día y de noche, no sólo para aumentar sus conocimientos que llegaron a ser en verdad notables, sino sobre todo para buscar un lenitivo al mal penoso y manifiesto que ya le aquejaba y que el doctor Poisson de Nanterre diagnosticará en 1880 como *lupus de carácter tuberculoso en la cara*. Verosímilmente, añadirá algunos meses después, el enfermo no vivirá más de dos años, y si bien la triste previsión no se realizó al pie de la letra, hacía presentir sin embargo que la enfermedad tendría un desenlace fatal y prematuro.

A partir de entonces, y previendo que su carrera no sería larga, Pelloutier prodigó sus esfuerzos en todas direcciones y su actividad llegó a no conocer límites. En las elecciones legislativas de 1889 fundó el *Ouest Républicain*, hoja de breve duración en la que sostiene, sin éxito, la candidatura radical de Aristide Briand. En 1891 asume la dirección de *La Démocratie del Ouest*, periódico en el que no había dejado de colaborar desde su primera aparición en 1881. Para sostenerlo recurre a escritores conocidos, penenecientes a diversos partidos políticos: Caumeau, entonces consejero municipal socialista de París, y muerto hace ya tiempo; Brunellière, consejero municipal socialista de Nantes; Vaillant, Landrin, Guesde y otros más. Toda la redacción del periódico corría a cargo de Pelloutier, redactor-jefe de una publicación que no contaba un solo redactor. De modo que debía atenderlo todo: la crónica local y la crónica regional, la política interna y los acontecimientos exteriores, el movimiento marítimo y comercial y, en fin, todo, hasta los diversos hechos menos relevantes, comprendidos los raros anuncios y algo de publicidad.

Su pluma incisiva y mordiente halló por tanto ocasión de hostigar a la autoridad, de la que a partir de entonces se convirtió en la bestia negra. Su ardor en las confrontaciones redobló al fundar en Saint-Nazaire, con algunos amigos, *L'Emancipation*, sección del Partido Obrero Francés. La burguesía, advirtiendo que su reinado estaba próximo a terminar, demostraba su crueldad hacia todo lo que no le pertenecía y sobre todo sin corazón ni sensibilidad hacia aquellos de sus hijos que, comprendiendo que su imperio era imposible en lo sucesivo, habían abrazado la causa de la revolución social. Aquellos que, nacidos en su seno, la abandonaron por su carácter nefando, están destinados a recibir sus golpes. Las persecuciones de las familias y las de los pretendidos amigos los asfixian; la miseria los amenaza, el hambre los asedia, la enfermedad, siniestra mensajera de la casta abandonada, le cerca por todas partes y la muerte, prematuramente, asesta su golpe de gracia inmisericorde. Sobre todo en las ciudades de provincias es grande el número de aquellos a quienes la burguesía castiga de este modo a causa de la sinceridad y la independencia de su carácter. El perenne deshonor de aquélla será llamado en su ayuda a la muerte para reconquistar un poder que se les escapaba de la mano. Desde el día mismo en que se adhiere al Partido Obrero Francés, y sobre todo después del 3 de septiembre de 1892, cuando como delegado de las Bolsas del Trabajo de Saint-Nazaire y de Nantes al congreso de Tours, organizado por la *Fédération des Travailleurs socialistes de l'Ouest* (Partido *broussista*)², les hace votar la huelga general, esta huelga general

² La *Fédération des Travailleurs socialistes de l'Ouest*, era llamada también *partido broussista* por ser su dirigente el doctor y periodista Paul Brousse. A este respecto Pelloutier escribirá: en cuanto a los amigos de Brousse, aquellos que al principio aceptaron la huelga general en el congreso celebrado bajo sus auspicios en Tours on 1892, dieron poco a poco marcha atrás y se esforzaron por destruir el arma que habla popularizado, rechazando finalmente adherirse a la comisión organizadora del 1° de mayo de 1895, porque aquélla había hecho propaganda en favor de la huelga general, el artículo fundamental de su propaganda (F. Pelloutier, *La situation actuelle du socialisme en Les Temps Nouveaux*, núm. 6, 21 julio 1895. (Nota del traductor de la versión italiana).

que el partido rechaza y que rechazará también en 1901,³ Pelloutier se verá expuesto a todas las intrigas, a todas las persecuciones, a todas las miserias.⁴ Por ello, en los primeros meses de 1896 abandonó Saint-Nazaire para ir a establecerse a París. No tardó en separarse del partido marxista, imbuido por las ideas libertarias que casi ignoraba cuando se hallaba sepultado en su provincia y que abrazó por la influencia de los escritores y de los compañeros anarquistas, a los cuales tuvo ocasión de frecuentar a partir de su llegada a la capital en el propio centro del movimiento. Sin embargo, por espacio de un año entero, Pelloutier buscó su propio camino, colaborando en *L'Avenir social* de Dijon y en el *Art social* de Gabriel de Lasalle: Delegado de la federación de las Bolsas del Trabajo, donde había entrado al comienzo de 1894, al congreso nacional obrero que se celebra en Nantes en el mes de septiembre de aquel año, Pelloutier sostiene una vez más la tesis de la huelga general. El ardor que aportó en la defensa de sus ideas atrajo la atención sobre él. La prensa no le dio cuartel, sino que le atacó tanto más violentamente cuanto que sostenía con firmeza su desprecio por las fórmulas políticas y preconizaba la lucha en el terreno económico. La cólera de la prensa no consiguió desviarle de la vida que había elegido. Replicó a sus ataques con un folleto⁵: *Qu'est-ce que la greve générale? (¿Qué es la huelga general)*, del cual transcribimos la conclusión:

Si la huelga general es imposible, entonces es una estupidez combatirla, porque la conspiración del silencio la destruiría, mientras que los ataques políticos la fortifican. Oponer un dique a un torrente significa acrecentar su poder devastador; ampliar su lecho significa hacerlo inofensivo y reducirlo a las proporciones de un riachuelo. Esto es aplicable a la huelga general. Si es verdaderamente posible, entonces es criminal quien la combate, porque es la ruina del sistema autoritario.

En 1895 Fernando Pelloutier, miembro de los *Caballeros Franceses del Trabajo*, colaborador de la *Revue socialiste* de París, de la *Société Nouvelle* de Bruselas, de *Temps Nouveaux* con Grave y Delesalle, de *L'Enclos* con Lumet, es nombrado secretario de la Federación de las Cámaras del Trabajo. A partir de su nombramiento para este cargo importante, entró en una fase particularmente activa de su vida. Parece que consciente de que tiene pocos años de vida, quiere concentrar en breve espacio de tiempo el máximo de trabajo que un hombre es capaz de asumir. Desarrolla todos los trabajos del Comité federal, prepara el congreso, organiza los principales sectores de la federación, asume las funciones de secretario del Comité de acción de la Cristalería obrera, escribe un *Méthode pour la création et le fonctionnement des Bourses du Travail*. En resumen se prodiga sin descanso, de mil maneras.

Así es como lo estima en un conmovido artículo, aparecido al día siguiente de su muerte en *Les Temps Nouveaux*⁶, su amigo Paul Delesalle: Oponer a la acción política una acción económica fuerte, potente, tal era el sueño que había concebido y que tomando cuerpo había cobrado realidad. El sabía y le gustaba repetirlo, que la burguesía capitalista concede a los trabajadores solamente lo que éstos son capaces de exigir, y veía en las organizaciones y en la fuerza de los sindicatos obreros un medio para obligar a la sociedad a capitular.

En una *Carta a los Anarquistas*, nos define en pocas líneas perfectamente su pensamiento, y también el nuestro: *partidarios de suprimir la propiedad individual, nosotros somos además lo*

³ A partir del 27 de mayo de 1869, el periódico *L'Internationale*, órgano oficial de las secciones belgas de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), preconizaba en estos términos la idea de la huelga general: debido a que las huelgas se extienden, se propagan progresivamente, cabe esperar que estén próximas a desembocar en una huelga general, y ésta, con las ideas de emancipación que reinan hoy no pueden sino desembocar en un gran cataclismo que hará cambiar toda la sociedad.

⁴ Hubo a este respecto una ardorosa controversia, en la *Démocratie*, entre Jules Guesde y Fernand Pelloutier, controversia sobre la que intenta volver Guesde al día siguiente de la muerte de su adversario, lo que obliga a Eugène Guérand a hacer notar en la *Voix du Peuple* a *jesuita rojo*, que Pelloutier ya no estaba en su sitio para responderle.

⁵ Escrito en colaboración con Henri Girad.

⁶ *Les Temps Nouveaux*, número del 23 de marzo de 1901: Fernand Pelloutier, de Paul Delesalle.

que ellos (los políticos) no son, rebeldes en cualquier circunstancia, hombres verdaderamente sin Dios, sin dueño y sin patria, enemigos irreductibles de cualquier despotismo, laboral y colectivo, es decir, de las leyes y de las dictaduras (comprendida la del proletariado) y amantes apasionados de la cultura por sí misma.

Libertario en el mejor sentido de la palabra, él declaraba en aquella misma carta a los anarquistas que no admitían la eficacia de la acción sindical, *que respetaran a aquellos que creen en la misión revolucionaria del proletariado de proseguir de manera más metódica, activa y obstinada que nunca la obra de educación moral, administrativa y técnica necesaria para hacer factible una sociedad de hombres libres.*

La Federación de las Bolsas de Trabajo, que ya ha rendido y está llamada a rendir servicios muy importantes a la clase obrera, constituye su obra maestra como organizador, obra para la cual vivió y para la cual, un poco por exceso del trabajo que se impuso, murió. Mientras algunos individuos utilizaban la Cristalería obrera de Albi como trampolín y la hacían servir para sus mezquinas ambiciones personales, Pelloutier, en sus modestas funciones de secretario, gracias a sus condiciones como administrador, consigue crear una fábrica obrera. Y en aquel estercolero que fue el comité de acción de la Cristalería obrera, en el que tantos explotadores del socialismo se comprometieron irremisiblemente, él supo quedar limpio y el fango con el que quisieron enlodarlo los adversarios deshonestos nunca consiguió otra cosa que enlodar todavía más a estos últimos. Él fue uno de los pocos que salieron de la prueba con las manos limpias y la cabeza alta.⁷

En el mes de julio de 1895, Pelloutier fue como delegado al Congreso de Nimes, donde hizo, sobre la Federación de las Bolsas del Trabajo, dos importantes informes que fueron bastante discutidos, sobre todo aquél en el que defendía el punto de vista de que era necesario, para facilitar el triunfo de la revolución, que la fuerza obrera se agrupase en un haz compacto y disciplinado. A pesar de esta concentración de fuerza tal vez un poco autoritaria, Pelloutier sostuvo con la misma resolución de siempre las teorías libertarias. Esta misma idea la hallamos en el manifiesto que lanzó el 1º de mayo de 1896, en nombre de las 41 Bolsas del Trabajo confederadas, y en el cual sostiene:

Voluntariamente limitadas hasta hoy al papel de organizadoras del proletariado, las Bolsas del Trabajo de Francia entrarán de ahora en adelante en la lucha económica, y en esta conmemoración del 1º de mayo, señalada hace algunos años por el socialismo internacional para formular la voluntad de la clase obrera, expondremos lo que pensamos y el fin que perseguimos.

Convencidos en lo que se refiere a los males sociales de que las instituciones tienen mayor responsabilidad en ellos que los hombres, porque las primeras, conservando y acumulando los errores de las generaciones hacen a los hombres prisioneros vivientes de los errores de sus predecesores, las Bolsas del Trabajo declaran la guerra a todo aquello que constituye, sostiene y fortifica al organismo social. Conociendo los sufrimientos y las lamentaciones del proletariado, sabemos que el trabajador no aspira a ocupar el puesto de la burguesía, a crear un estado *obrero*, sino a igualar las condiciones de vida y a procurar a todos las satisfacciones que sus necesidades exigen. De acuerdo con la finalidad de todos los socialistas, el objetivo de las Bolsas del Trabajo es el de sustituir la propiedad individual y su triste cortejo de miserias e infamias, por la vida libre sobre la tierra.

⁷ No es inútil recordar que cuanto hace Pelloutier lo hace en tanto que secretario del Comité de acción de la Cristalería obrera, y asume enérgicamente la defensa de cuatro trabajadores, despedidos por haberse manifestado contra el reglamento demasiado draconiano de la fábrica.

Por ello y conscientes de que la energía del hombre es proporcional a la suma de su bienestar, las Bolsas del Trabajo se asocian a todas las reivindicaciones susceptibles, al mejorar siquiera gradualmente la condición inmediata del proletariado, de liberarlo de las preocupaciones envilecedoras del pan cotidiano y de aumentar, en consecuencia, su parte solidaria en la común obra emancipadora.

Reclamamos la reducción de la jornada de trabajo, el establecimiento de un salario mínimo, el respeto del derecho de resistencia a la explotación patronal, la concesión gratuita de elementos indispensables para la existencia: pan, alojamiento, instrucción, abastecimientos. Nos esforzaremos por sustraer a los miembros de las Bolsas, de la angustia del paro y de las inquietudes de la vejez, arrancando al Capital el diezmo inicuo que obtiene del Trabajo.

Ahora bien, tengamos en cuenta que nada de esto puede resolver el problema social; que nunca el proletariado saldrá triunfante de la lucha si opone solamente al formidable poder del dinero la pasividad adquirida en siglos de sufrimientos y privaciones. Por ello recomendamos a los trabajadores que han permanecido hasta hoy aislados, que se adhieran a las Bolsas del Trabajo y que aporten el apoyo de su número y de su fuerza. El día, no lejano, en que el proletariado consiga crear una gigantesca asociación consciente de sus intereses y del medio para asegurarse el triunfo, ese día ya no habrá capital, ni miseria, ni clases, ni odio. ¡La Revolución social se habrá cumplido!

En 1896 l'Art Social publica un interesante trabajo de Pelloutier sobre l'Organisation corporative et l'anarchie. Establece aquí Pelloutier la concordancia existente entre la unión corporativa que se va elaborando y la sociedad comunista y libertaria en su período inicial.

Nosotros queremos -dice- que todas las funciones sociales se reduzcan a la satisfacción de nuestras necesidades, asimismo la organización corporativa afirma la necesidad de liberarse de la creencia en la necesidad del gobierno; nosotros queremos el libre acuerdo entre los hombres; la unión corporativa (esto lo vemos más claro cada día que pasa) no puede existir sino a condición de expulsar de su seno cualquier autoridad y cualquier constricción; nosotros queremos que la emancipación del pueblo sea obra del pueblo mismo y la organización corporativa lo quiere también: se advierte más cada vez la necesidad, se experimenta más cada vez el deseo de gestionar por nosotros mismos nuestros intereses; el gusto por la independencia y el impulso de revuelta fructifica; se sueña con talleres libres donde la autoridad dejará su lugar al sentimiento personal del deber. Este se expresa en el rol de los trabajadores en una sociedad armoniosa, cuyas bases serán sorprendentemente libres y creadas por los propios trabajadores. En suma, los trabajadores, después de creerse durante largo tiempo condenados al papel de meros instrumentos, quieren convertirse en factores inteligentes, con el fin de ser al mismo tiempo inventores y creadores de su propia obra. Que amplíen luego sin cesar el campo de aplicaciones abierto ante sí. Que, conscientes de tener en sus manos toda la vida social, se habitúen a no aceptar otra obligación que la de su deber, a detestar y a rechazar cualquier autoridad que les sea extraña. El cometido final de los trabajadores es el de lograr la anarquía.

En l'Art et la Révolte, aparecido el mismo año, Pelloutier nos describe a la burguesía, que desaparece poco a poco como una realidad turbia que arrastra con ella en caótica mezcolanza prejuicios, creencias y principios morales.

Existen en los países tropicales frutos malsanos que maduran rápidamente y se gastan del mismo modo; vegetaciones inigualables cuya vida no es otra cosa que un afanarse hacia la muerte y que brillan con intensidad tanto más viva cuanto más efímera. Esta vegetación, estos frutos, son nuestra burguesía. Apenas nacida, ya es rica y poderosa. En un tiempo en que razas y castas se protegen todavía generalmente contra los altibajos de la fortuna y la inestabilidad de los poderes, ella ya estaba en plena posesión de su fuerza. Ha gozado por espacio de

cincuenta años y héla ahora moribunda. ¡Es una lección tremenda! En vano buscaremos fuera de ella misma la razón de su agonía. Hace cien años los pueblos tenían todavía hacia los jóvenes, las religiones, las familias, la patria, el mismo respeto que hace treinta siglos. Ellos habían derribado dinastías, cortado cabezas coronadas, destruido altares y violado territorios, pero seguían humillando la cabeza ante la autoridad. Muerto el amo, gritaban: *¡Viva el amo!* Desaparecido un dios doblaban la rodilla ante otros dioses, y la patria constituía para ellos el motivo capaz de satisfacer los apetitos sanguinarios y los dones apasionadamente deseados. Después de cien años todo esto ha desaparecido. Se aceptan todavía los gobiernos, pero la autoridad es aborrecida y se escupe a los amos en la cara. Las religiones viven, pero Dios ha muerto y el ateo ha sustituido al escéptico. La familia subsiste; la autoridad ha sido proscrita y el hombre dice: *Amor a quien me ama, indiferencia hacia quien, aunque sea de mi sangre, exige mi afecto sin merecerlo.* Las naciones permanecen y tal vez se afirma el odio entre las razas; el patriotismo ha muerto y, *el dedo pequeño que sirve para desprender la ceniza del cigarro, aparece en fin más precioso que la conquista de un imperio.*

En 1897 Fernand Pelloutier fundó *l'Ouvrier des Deux-Mondes*, revista mensual de economía social, que recoge numerosos estudios de auténtico valor debidos a su pluma. Y sin embargo, las miserables condiciones en las cuales se vio frecuentemente obligado a hacer esta revista, no eran las más a propósito para predisponerle en favor de ese trabajo del espíritu. Cuando las facturas de los impresores llegaron a ser fantásticas para el bolsillo de un proletario, Pelloutier tomó una decisión heroica: componer él mismo por entero su revista, por lo que llegó a consagrar a ese trabajo demoledor hasta diez horas diarias, después de las cuales, como diversión, se veía en la obligación de dedicar otras tantas horas a la dilatadísima correspondencia de la Federación. Mientras tanto, todavía encontraba tiempo para colaborar en varias revistas francesas y extranjeras. Es en esta época que escribe, con su hermano Mauricio, su *Vie Ouvriere*⁸, que sería publicado en 1900, pocos meses antes de su muerte.

Era imposible que su constitución, minada por la tuberculosis, resistiese mucho tiempo a esos múltiples trabajos. Ya a su regreso del congreso de Rennes tuvo una primera hemoptisis que lo dejó completamente extenuado. Sin embargo, se restableció y como se hallaba en situación financiera difícil se vio obligado a solicitar algunos trabajos de caligrafía. Yo recuerdo que - mientras hubiera debido hacer reposo- se dedicaba en el mes de noviembre, en la calle de *Deux-Ponts* y envuelto en una manta, a copiar un curso de economía política, para traducir acto seguido del inglés una obra de mecánica. Por consejo de los médicos aceptó sin embargo el trasladarse al campo; en abril de 1899 ocupaba en Bruyeres-de-Sèvres un pabellón compuesto de dos estancias, en una de las cuales instaló su seleccionada biblioteca, a la que había dedicado tanta atención y que había conseguido reunir con muchos sacrificios. Allí, en un ambiente encantador, a dos pasos del bosque de Meudon, su salud pareció mejorar algo. Cuando menos así lo parecía, porque nadie le oyó quejarse nunca. Pelloutier no hubiera permitido que nadie sorprendiese en él la menor debilidad y, de hecho, ni los sufrimientos más atroces le hicieron proferir jamás un lamento. Sólo en los últimos días de su vida, postrado por la enfermedad, deprimido por efectos de la morfina, llegó en alguna ocasión a derramar lágrimas, lágrimas de pesar por cuanto dejaba incompleto, sobre todo aquella Federación que había sido su criatura y que amó hasta el punto de sacrificarle su propia vida.

En agosto del mismo año, una segunda hemoptisis, mucho más grave que la precedente puso en peligro su vida. Se pensó que no podría recobrase. Los cuidados amorosos de su familia y, sobre todo, su resistencia verdaderamente asombrosa, superaron a la enfermedad una vez más. Poco tiempo después, y por medio de un buen amigo suyo, obtuvo un modesto empleo como inspector en la Oficina del Trabajo (Ministerio del Comercio), que le salvó de la miseria, pero que después debía serle injusta y amargamente reprochado. Se sabe que, en efecto, en el

⁸ Fernand y Maurice Pelloutier, *La Vie Ouvrière en France*, 344 págs. Schleicher, París. 1900. (Nota del traductor de la edición italiana).

8° congreso de las Bolsas del Trabajo, celebrado en Lyon en 1900, un guesdista planteó la cuestión de la presencia de Pelloutier en el ministerio. La cuestión puso en dificultades al encarnizado interpelante. El congreso no había olvidado que en su sesión del 25 de marzo de 1900, el Comité federal tuvo que ocuparse del problema de las reglamentaciones de las huelgas y del arbitraje obligatorio y que Pelloutier, como delegado de Nevers y secretario del Comité, había combatido violentamente el proyecto y fue en gran parte debido a sus esfuerzos que la cuestión se rechazó por amplia mayoría. No había tampoco olvidado que el proyecto ministerial sobre colocación y descanso de los obreros había sufrido la misma suerte, siempre gracias a la perseverante energía de Pelloutier. Y mientras éste asumía en la *Oficina del Trabajo* las funciones de inspector, contribuía a la derrota de los híbridos proyectos del ministro pseudo-socialista Millerand.

El invierno de 1899 pasó relativamente bien para el enfermo, aunque le sobrevino una tos incesante, resultante o bien de la laringitis derivada de la tuberculosis, o del exceso del trabajo, el abuso de hablar en público, y acaso también el abuso del tabaco, pero debido sobre todo a la evolución del lupus, el cual por infiltración se había instalado en la laringe. Sin embargo él continuaba sus trabajos. A lo largo de todo 1900 estuvo absorbido por la creación del *viaticum* o socorro de viaje, por la creación de la *Oficina Nacional Obrera de Estadística y de Colocación*, por los preparativos del congreso de aquel año y la publicación de su bello libro: [La Vie Ouvrière en France](#). Apenas se puede imaginar lo que debió sufrir en este período: crisis prolongadas de asfixia, exasperantes accesos de tos, sudoración copiosa y continua le debilitaron cada vez más. Apoyado en su bastón, se paraba para respirar a cada paso. Se le hubiera tomado por un viejo. La vida parecía sin embargo haberse refugiado en su cabeza, que había asumido con relación al cuerpo una dimensión exagerada, y todavía consiguió, a fuerza de voluntad, asistir a este congreso donde en el curso de cuatro jornadas, participó activamente en la discusión de todas las cuestiones del orden del día, y donde todavía hubo de defenderse contra los ataques de enemigos siempre derrotados, pero siempre renovados.

Este fue su último esfuerzo, al día siguiente del congreso se metió en el lecho para no volver a levantarse. Por espacio de seis meses soportó un auténtico martirio, esputando sangre casi sin interrupción. La respiración le faltaba casi por completo y obtenía algunos instantes de tranquilidad y alivio sólo recurriendo a repetidas inyecciones de morfina. Sin embargo, hasta el último momento no dejó de interesarse por la Federación, orientando a su hermano, que se ocupaba de la correspondencia y le sustituía en todo lo concerniente a la secretaría. Algunas semanas antes de morir, se hizo trasladar a su estudio, donde junto a su querida biblioteca se había instalado un lecho y donde experimentó su última alegría, auténtica alegría infantil, al hallarse de nuevo en medio de sus libros. El 13 de marzo, a las 11 de la mañana, expiraba después de una agonía comenzada a media noche y durante la cual ya no recobró la conciencia.

Llegados a este punto sólo nos queda reafirmar la perfecta comunidad de ideas y la indestructible solidaridad que unió a nuestro valeroso compañero al Partido de la Revolución Social, al Movimiento Libertario Internacional. Nos hacíamos cargo de las grandes leyes del progreso y no teníamos derecho a dudar. [De acuerdo con Augusto Comte nosotros creemos que la humanidad demuestra más apego a sus muertos que a sus vivos y que, cada vez que el trabajo, la miseria o la enfermedad devastan nuestras filas, volvemos a nuestro deber más fuertes y más capaces, porque nos acompañan los espíritus de nuestros muertos.](#)

En el corazón de la vieja sociedad que tantos elementos engangrenados contribuyen cada día más a disolver, una sola clase permanecía a los ojos de Pelloutier pura y digna de interés: la clase popular; según él, la sociedad en que vivimos, que exhibe sus nauseabundas lacras con orgulloso cinismo a la luz del día, será salvada y regenerada sólo mediante la energía y el valor de las clases trabajadoras. Por ello nuestro amigo dedicó a los desheredados todo su espíritu,

todo su corazón. Tuvo sólo fe y esperanza en las luchas de las clases populares, y el pueblo, que lo estimó profundamente, nunca olvidará su nombre.

Al adoptar rigurosamente todas las deducciones derivadas de la experiencia y de la observación, Pelloutier no permitía que su imaginación se abandonara a los sueños desordenados de lo suprasensible. Su espíritu era demasiado positivo para sentirse atraído por los milagros de la metafísica. Por eso murió como había vivido, sin amo y sin Dios, como verdadero libertario.

INTRODUCCIÓN

FERNAND PELLOUTIER Y EL SINDICALISMO

Por Max Nettleau

En los años que precedieron al sitio de París y a la *Commune* (1870-71), los sindicatos obreros de la capital de Francia pasaron de la dirección ideal de los proudhonistas a la de los colectivistas antiautoritarios de la *Internacional*, de los que fue a la vez alma y cabeza Eugenio Varlin, martirizado en mayo de 1871. Durante la represión de todo el movimiento avanzado, los sindicatos vegetaban bajo la tutela de hombres de los partidos republicanos, siendo poco menos que conservadores. A partir de 1876, con el socialismo renaciente, los jefes socialistas se hacen los amos. En cuanto a los anarquistas, a partir de los alrededores de 1880, algunos pequeños sindicatos, muy militantes, pero que no tienen relación alguna con la gran masa de los sindicatos moderados. Emilio Pouget, que en persona había sido el espíritu inspirador de los empleados de comercio, organizados desde 1879, y de la acción de los anarquistas entre los sin trabajo, en su *Padre Peinard* -en ocasión de las grandes persecuciones de París, que pusieron en desorden a los grupos anarquistas-, aconsejó a los camaradas la entrada en los sindicatos para combatir la sumisión a los políticos. Esto fue a principios de 1894, y él ya había observado cómo se elevaba una protesta contra los políticos en los sindicatos; ello ocurrió con motivo de la entrada de la idea de *la huelga general* en la mentalidad obrera, hacia 1890 (el primero de mayo), al quebrantarse la fe en los políticos por los escándalos de la política ambiente y la vehemente propaganda anarquista de entonces, y también al originarse las tendencias antiparlamentarias y de lucha económica en la fracción más avanzada de los posibilistas, el partido que se agrupaba en torno de Juan Alleusane, un comunero deportado, repatriado y director de una imprenta social.

Pero el que se interesó más en los sindicatos, a partir de 1892, venía del campo socialista, y en 1893 se convirtió en un anarquista-comunista convencido; éste fue Fernando Pelloutier. Por su acción, desde 1893 a 1900, y por la de Pouget, Greffuelhes, Yvetot y un número muy reducido de otros hombres, de 1900 a 1908, el sindicalismo francés fue, durante estos quince años, en marcha ascendente, un factor emancipador que se hubiera hecho revolucionario, apareciendo como todopoderoso, la fuerza y forma mismas de la revolución social que estaba próxima. Estas esperanzas quedaron frustradas desde 1909, 1908, hasta desde 1906, para los más clarividentes, pero Pelloutier, al cabo de su corta vida, en 1901 veía subir el movimiento, y si él hubiera seguido viviendo, puede que hubiera sabido impedir que se subiera con aquella precipitación, ya que las catástrofes son igualmente grandes y rápidas.

Fernando Pelloutier, nacido en París el 1º de octubre de 1867, ligado por su familia al oeste de Francia, a las ciudades del Havre y Saint-Nazaire, joven, de buena educación, sin medios,

habiendo reaccionado vivamente contra el ambiente conservador que le rodeaba, se había lanzado al periodismo radical local de las ciudades del Oeste, pero personalmente se hizo socialista. No se apartó por entonces de la política socialista, pero hizo muchas lecturas sólidas, entre otras, la de Proudhon, y se iba interesando en la vida misma de los trabajadores en sus luchas económicas, lo cual era la última preocupación de los políticos socialistas, que sólo se cuidaban de sus votos.

Antes de esta evolución, en 1889 ya, en una hojita radical, sostuvo la candidatura de Aristides Briand, abogado desconocido y sin compromisos entonces, que buscaba abrirse paso. Pelloutier, sin hacerse ilusiones, le prodigó su apoyo intelectualmente, mientras le pareció que era útil para su carrera. Briand comprendió las probabilidades de adelanto político que el socialismo electoral ofrecía a sus diputados, pero los primeros lugares estaban ocupados por candidatos de antigua fecha. No teniendo aún probabilidad alguna de ser uno de ellos, permanecía independiente y decía lo que los otros socialistas, por mil razones electorales, no osaban decir, y se impuso también a la atención de los socialistas con proezas y audacias que los otros no se atrevían a imitar. Pelloutier debió divertirse tirando de los hilos de Briand. Así, cuando Pelloutier, en un Congreso socialista, verificado en Tours del 3 al 5 de septiembre de 1892, había hecho votar en pro de un proyecto completo para la *huelga general*, que se elaboraba para el Congreso internacional de 1893, Aristides Briand, en el Congreso de los guedistas, presentó la misma proposición el 14 de septiembre, y en el Congreso de la Federación de Sindicatos, del 19 al 23 de septiembre, también en Marsella, hizo un gran panegírico de la huelga general. Este discurso -que no debe ser confundido con un discurso parecido pronunciado en septiembre de 1899 en París y que está muy esparcido en folleto- hizo sensación en el mundo socialista y fue el primer escalón de la alta carrera de Briand que, en adelante, no tenía ya necesidad de Pelloutier.

En febrero de 1893, Pelloutier dejó la provincia para establecerse en París, donde Agustín Hamon y Gabriel de La Salle, compatriotas del oeste, fueron los puntos de apoyo para su primera orientación. Hamon se había dedicado a reunir, de año en año, los hechos que se prestan a la crítica social, y Pelloutier colaboró con él. En los datos reunidos metódicamente examinó la psicología del militar profesional y, un poco más tarde, la del anarquista socialista. Según los textos impresos describió, como más tarde el doctor Eltzbacher, las teorías y la táctica anarquistas, y estas sobrias exposiciones imparciales hicieron mucho bien frente al horroroso lombrosismo que se imponía entonces y que, aparte de ser reaccionario y ruin, era fundamentalmente superficial y estaba mal informado. La Salle fue un poeta que publicó la revista literaria *El Arte social* -desde noviembre de 1891 a febrero de 1894-, órgano de los mejor inspirados. Por mediación de Hamon, pues, conoció Pelloutier las publicaciones anarquistas ampliamente y, como ha relatado Hamon, llegó a un antiguedismo -antimarxismo- apasionado; como era un organizador, trató de reemplazar la organización estadista central con una organización federalista, y el resultado fue el sindicalismo.

Puede que hubiera que añadir que Pelloutier conocería entonces a la vez el comunismo anarquista de Kropotkin, en boga en aquellos momentos a su alrededor, el colectivismo de la *Internacional*, por las actas de los Congresos de 1867 a 1869, la intriga marxista en aquella organización y la concepción económica de la misión de los trabajadores en las luchas sociales, que la *Memoria* de la Federación Jurásica, escrita por Jaime Guillaume, con los escritos de propaganda obrera de Bakunin, 1869, publicada en 1873, daba a conocer. Aún habría conocido la misión de los sindicatos y de su centro: la *Cámara Federal de las Sociedades obreras* *l'Commune les inspiraban, y pudo completar su estudio de Proudhon.*

Con todas aquellas impresiones pudo trazar, con su imaginación clara, una renovación del vigor de la Agrupación local de los sindicatos, es decir, inspirar a los sindicatos locales reunidos por la influencia de un Varlin, las ideas del comunismo libertario, aspiraciones de cultura, preconizadas por el Arte social, federar aquellos grandes organismos, como había aconsejado

Proudhon, y hacerles tomar una posición cada vez más importante frente al estadismo y la burguesía que, privados de su concurso, se estrellarían. Tal fue, en suma, el ideal social de Pelloutier y su proeza histórica no es que fuera invención suya, su descubrimiento -porque todas las fracciones componentes existían ya y eran accesibles a que cualquiera hubiera dedicado algunas horas a estudiar las publicaciones conocidas-; tampoco era una novedad el haber llenado el antiguo cuadro de concepciones comunistas libertarias más recientes - Kropotkin y todos los demás habían hecho lo mismo-; pero su misión histórica sólo consiste en su voluntad de poner manos a la obra para realizar, desde aquel momento, lo que podía conducir a la verdadera unión de las fuerzas determinadas para entablar la gran lucha social, sobre aquellas bases apenas entrevistadas en 1869- 70 y completamente obstruidas después por la política y el reformismo.

Pelloutier era, desde principios de 1894, el delegado de la Bolsa del Trabajo de Saint-Nazaire en la Federación de las Bolsas, y en junio de 1895 fue nombrado secretario de aquella Federación, de la que tuvo lugar un Congreso entonces en Nîmes. ¿Cuál era entonces la situación de las organizaciones francesas?

En octubre de 1886, la Federación Nacional de los Sindicatos había sido fundada en Lyon; en aquel mismo año fueron fundadas las Bolsas del Trabajo de París y Nîmes. Las Bolsas de Francia se federan en febrero de 1892, en Saint-Etienne. En julio de 1893, un Congreso general celebrado en París ordena a los sindicatos: primero, entrar en las Bolsas y su Federación, y segundo, agruparse en Federaciones industriales que, con las de los otros países formarían las Federaciones internacionales, un doble cuadro organizador que corresponde exactamente al que Anselmo Lorenzo, en nombre de la Conferencia de Valencia, de la Internacional española, de septiembre de 1871, propuso a la Conferencia de Londres, aquel mismo mes, y dicha Conferencia clasificó el proyecto en sus carpetas (y yo le he publicado por la vez primera en los Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España, en 1930, págs. 50-53).

Pero se estaba bien lejos de una cooperación de las Bolsas y las Federaciones. Estas últimas eran el elemento retardatario, el feudo de los políticos quedistas, y las Bolsas fueron el elemento de vanguardia, inspirándose en el sentimiento comunalista: estado de cosas inevitable, ya que los hombres de una localidad, que se conocen, desarrollan el sentimiento social de una manera muy diferente que los hombres dispersos de las Federaciones industriales, que no se conocen siquiera entre ellos en las localidades múltiples, y el interés especial de la corporación, separa los intereses colectivos de su ambiente local. La mentalidad de las Federaciones está, pues, aferrada a las cuestiones presentes del oficio, y la mentalidad amplia y generosa de los hombres resueltos a luchar por el porvenir se forma en las Bolsas, término prosaico mal elegido, pero que la tradición ha consagrado en Francia. En septiembre de 1894, los dos elementos se reunieron en Congreso, en Nantes; se juntaron 21 Bolsas (776 sindicatos), 30 Federaciones (682 sindicatos) y 204 sindicatos que tenían delegados directos. Allí estaban tanto Pelloutier y Briand como Guesde y Lafargue, y por 67 votos contra 37 fueron derrotados los adversarios de la huelga general, que se retiraron del Congreso. En fin, en 1895, en el Congreso de Limoges fue fundada la *Confederación General del Trabajo*, organización bien nominal entonces, puesto que de sus primeros años, 1895-1900, Pouget mismo ha escrito:

Durante los cinco años que siguieron, la CGT permaneció en el estado embrionario. Su acción fue casi nula y su más grande suma de actividad se empleó en mantener un lamentable antagonismo surgido entre ella y la Federación de las Bolsas del Trabajo. Esta última organización, que era entonces autónoma, concentraba toda la vida revolucionaria de los sindicatos, mientras que la CGT vegetaba penosamente, ya que en aquellos momentos no englobaba más que a las Federaciones corporativas. En dicho lapso de tiempo, la impulsión y la orientación le fue dada a la Confederación por los elementos que, después, se han clasificado particularmente con la etiqueta reformista... (Véase *El Partido del Trabajo*, 1905). Hasta la celebración del Congreso de Tolosa, en 1897, no se pudo apreciar una ligera mejoría, y desde

entonces a 1900 -Congreso reunido en París, en septiembre- hubo una infiltración de elementos revolucionarios en la CGT, de manera que el Congreso de París les dio la supremacía, pero Pelloutier estaba moribundo entonces y falleció en marzo de 1901. Su actividad en las Bolsas se produjo, pues, frente a la enemistad confederal y, necesariamente, ésta implicaba también la oposición o enemistad de numerosos sindicatos, que estaban afiliados a los dos organismos.

Pelloutier pasó, pues, sus varios años de trabajo intensivo, como secretario de las Bolsas, frente a dichas animosidades y aun tenía otros obstáculos muy fuertes contra él. En el fondo de la fundación de las Bolsas del Trabajo estaba a menudo el deseo de municipalidades radicales o de políticos locales, de asegurarse los votos de los obreros; ellos daban el local y subvenciones, lo que desacostumbraba a los sindicatos a reglamentar sus cotizaciones, si es que habían tenido alguna vez dicha costumbre. En total, que aquello fue una independencia precaria y desmoralizadora. Pero los medios para pasar sin aquellas subvenciones nunca fueron fáciles de encontrar, puesto que el estado de subvencionados no fue considerado oneroso y contrario a la dignidad por muchos, que creían tener derecho a los fondos públicos, como ciudadanos. Pelloutier sufría mucho en aquel estado de cosas, pero ¿qué podía hacer él, que fue apenas tolerado y que tenía tantos enemigos?

Sus ideas sobre la huelga general están expresadas en su primera Memoria del 3 de septiembre de 1892; en su ensayo histórico de 1893, *La huelga general*, que demuestra cómo ha conocido las discusiones en la *Internacional*, en 1869 y 1873; el diálogo *¿Qué es la huelga general?* (en colaboración con Henri Girard), en 1894.

La organización corporativa y la anarquía apareció en el *Arte social*, en 1896, *Los Sindicatos en Francia* (1897), *El Congreso general del Partido Socialista francés*, 3-8 de diciembre de 1899, precedido de una *Carta a los anarquistas* (1900), IX, 72 páginas en 18°. *Método para la creación y funcionamiento de las bolsas del trabajo* (octubre 1895) y otros documentos de la práctica de la organización. Dejó un manuscrito publicado por su hermano Mauricio, como *Historia de las bolsas del trabajo* (las páginas 33-171 de un volumen de 1902, conteniendo también trabajos sobre el conjunto de su actividad, por Georges Sorel y Víctor Dave, y los documentos complementarios, 1902). La revista mensual *El obrero de los dos mundos*, más tarde. *El mundo obrero*, fue producida por él con grandes dificultades y, a veces, hasta llegó a trabajar en su composición tipográfica. Colaboró en el *Diario del Pueblo*, cotidiano anarquista de 1899, del que fueron los principales redactores Sebastián Faure y, después, Pouget.

Sus trabajos descriptivos de la vida de trabajo están reunidos en el volumen *La vida obrera en Francia* (1900). Había ayudado a Hamon a componer el volumen *El socialismo actual*, que no ha llegado a publicarse. Escribió mucho en *Los tiempos nuevos*, el semanario de Juan Grave, a partir del 26 de junio de 1895, y en 1896, para presentar el sindicalismo de entonces a los anarquistas y discutir su crítica. *El arte de la revuelta*, conferencia pronunciada el 30 de mayo de 1896 (editada en folleto por el *Arte Social*); *La anarquía burguesa*, que se encuentra traducida en *Ciencia social* (Barcelona), analizando los orígenes del centralismo en Francia, en la Revolución del 93; el despotismo de París, etc., tales escritos demuestran lo que hubiera podido decir como observador, a tener las manos libres y una buena salud.

Pero, desde su adolescencia, un lupus tuberculoso roía su rostro y, en los últimos años, la tuberculosis descendió a la laringe y pasó algunos años sintiéndose morir. En aquella situación, como secretario de las Bolsas del Trabajo, no ganaba sueldo alguno, al principio; más tarde, 300, 600 y, al final, 1.200 francos al año, cantidad insuficiente para subsistir en un lecho de enfermo, teniendo una esposa a mantener. Entonces Sorel, viendo su miseria, habló a Jaures, quien no pudo hacer nada mejor que hablar a Millerand, ministro entonces, quien le nombró informador (provisional, externo) del Departamento del Trabajo, que formaba parte del Ministerio de Comercio, y Pelloutier, enfermo entonces, se enteró de ello cuando ya estaba todo hecho, y aceptó el puesto, haciendo durante nueve meses trabajos a base de materiales

estadísticos reunidos por el Departamento, con una paga de 1.800 francos anuales. Cuando acudió la última vez a un Congreso, en septiembre de 1900, los delegados guedistas se ocuparon del asunto, y Pelloutier, con el cuello sangrante y sin poder hablar un rato sin tener que tragar trozos de hielo, hubo de defenderse contra aquella malevolencia. Seis meses después murió auténticamente.

Era necesario un inmenso idealismo en este hombre, cuyo espíritu estuvo dirigido hacia el porvenir, y la voluntad hacia la gran lucha; tenía ideas muy serias sobre la huelga general, y las Bolsas del Trabajo fueron para él los hornillos locales de la revolución; era necesario un idealismo inmenso para trazar las primeras líneas de la tarea de apartar a los militantes de los sindicatos, poquito a poco, de los consejos municipales, diputados de la localidad, candidatos socialistas y de las pequeñas guerras entre las organizaciones sociales, que perduraban de año en año, desde 1880, y que los esfuerzos de unificación de veinte años después no han hecho más que transportar al interior de los unificados.

Pelloutier no pudo vencer; solamente consiguió dejar entrever la idealidad que se podría imprimir a la vida obrera local, si se quisiera solamente y se aplicara sin reservas. Casa del Pueblo, Centro de cultura obrera, Centro de relaciones para la lucha, una de las partes del Municipio libre del porvenir, en todo esto eran susceptibles de convertirse las Bolsas del Trabajo y su pensamiento, su palabra escrita, nos lo dice siempre. Pero, hasta en el caso de que hubiera podido ver realizarse un poco de sus sueños, se hubiera encontrado frente al pensamiento y la voluntad de los que querían actuar por medio de las Federaciones industriales. Si en los años que siguen a 1900, Federaciones y Bolsas han establecido un *modus vivendi*, ello fue posible porque las Bolsas se han resignado a ceder el paso a las Federaciones. Pelloutier no estaba ya allí; ¿hubiera sacrificado él toda su obra, o hubiera luchado, como los que después de él se han ocupado de las Bolsas no han sabido luchar? Descuidando las Bolsas, la vida local, los que llegaron al Poder por medio de las Federaciones, han realizado bien pronto una política de pujanza, de prestigio y esplendor, jugándose todo a la única carta del Primero de Mayo de 1906, y perdiendo en este Primero de Mayo, y puestos a la defensiva desde aquel momento, primero contra el socialismo (Jaurés), luego contra toda la represión del Estado (Clemenceau), más tarde contra el reformismo (Briand) y llegando así a la catástrofe de los años 1908-1909 -de la CGT, de Pouget y Grifuelles, a la CGT, de León Jouhaux-. Si Pelloutier hubiera vivido, ¿hubiera podido evitar este desastre?

Algunos extractos del diálogo sobre *La huelga general* (últimos meses de 1894):

Esto sería por todas las partes a la vez, no ya la revuelta, sino la amenaza de la revuelta, es decir, la obligación para el Gobierno de inmovilizar sus guarniciones. En vez de poner frente a frente, como en la revolución clásica, 30.000 insurrectos y 100, 150 ó 200.000 soldados, según las necesidades, evolucionando en un espacio de treinta y nueve kilómetros de circunferencia (París y sus alrededores), la huelga general enfrentaría aquí 200.000 obreros contra 10.000 soldados; allá, 10.000 contra 500; en otros sitios, como en Decazeville, en Trignac, 1.000 o 1.200 contra una brigada de gendarmería. ¿Comprendes la diferencia? ¡Y qué de recursos para los huelguistas! Paralización de los transportes, supresión del alumbrado público, imposibilidad de avituallamiento de los grandes centros...

... Cada uno de ellos (de los huelguistas) permanecería en su barrio y realizaría su toma de posesión, al principio, de los pequeños talleres, de las panaderías, después, de los talleres más importantes y, en fin, pero únicamente después de la victoria, de los grandes establecimientos industriales...

... Es que, debiendo ser una revolución en todas y en ninguna parte la huelga general, debiendo realizarse la toma de posesión de los instrumentos de la producción por barrios, por calles, por casas, por decirlo así, nada de constitución posible de un Gobierno insurreccional ni dictadura

del proletariado; nada de cráter del motín ni de centro de resistencia; la asociación libre de cada grupo de panaderos, en cada panadería, de cada grupo de cerrajeros, en cada taller de cerrajería: en una palabra, la producción libre...

En La organización corporativa y la anarquía de 1896, Pelloutier dice:

... Por consiguiente, no podemos imaginarnos la sociedad futura (sociedad transitoria, pues, por viva que sea nuestra imaginación, el progreso lo es aún más y mañana puede que nuestro ideal presente nos parezca bien vulgar), no podemos imaginar la sociedad futura más que como la asociación voluntaria, libre, de los productores.

... Restablecida así la función racional de la Humanidad (por la supresión de las leyes), queda a instituir la asociación de los productores: asociación consentida libremente, siempre abierta, hasta limitada, si los asociados lo creen útil o simplemente lo desean, a la ejecución del objeto que la hizo nacer, tal, en una palabra, que nadie tenga que temer las obligaciones morales, no menos penosas que las obligaciones materiales; las violencias individuales, más sensibles aún que las violencias colectivas.

¿Cuál debe ser la misión de estas asociaciones?...

Después de haberlas diseñado, Pelloutier continúa:

Pues bien, estas Asociaciones, las actuales Bolsas del Trabajo (nombre desdichado: Cámaras del Trabajo sería más digno), ¿no nos dan una idea? Sus funciones ¿no son las que tienen que cumplir o que aspiran a realizar las Federaciones corporativas que en diez años habrán unido a los trabajadores del mundo entero...?

Continúa elaborando este paralelo relativamente a las Cámaras del Trabajo (nombre usado desde el tiempo de la Internacional), para concluir:

Entre la unión corporativa que se elabora y la sociedad comunista y libertaria, en su periodo inicial, hay concordancia...

Y termina diciendo a los obreros:

... Que amplíen, pues, el campo de estudio abierto así ante ellos. Que, comprendiendo que tienen en sus manos toda la vida social, se acostumbren a no poner más que en ellos la obligación del deber, a detestar y romper toda autoridad extraña. Esta es su misión, éste es también el objeto de la anarquía.

Es, más bien, un paralelo educativo y persuasivo lo que Pelloutier me parece elaborar aquí, que una continuidad formal, pues él profesa la ignorancia ante todas las posibilidades del porvenir. Fue un hombre de amplios horizontes, como ha habido pocos en nuestras filas, antes ni después de él. Su entrada elevó el nivel del sindicalismo muy alto, de un golpe; su muerte prematura dejó un vacío muy grande. Yo no lo vi más que en 1896, cuando venía al Congreso Internacional de Londres, vivo, serio, inteligente y cruelmente enfermo, así me pareció entonces.

Viena, diciembre 1932.

CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS DE LA COMUNA

La situación del proletariado al día siguiente de la derrota de la Comuna era como sigue: la sección francesa de la *Internacional* disuelta, los revolucionarios fusilados, enviados a presidio u obligados a exiliarse; los diversos círculos dispersos, las reuniones prohibidas; el terror hacía refugiarse en el escondite de las casas a los pocos hombres escapados de la masacre.

Por el contrario, la burguesía se sentía eufórica. Sin duda que la industria y el comercio sentían aún las consecuencias de la guerra. Muchos talleres -cuyos mejores operarios, como ocurriera con el éxodo de los protestantes, se habían marchado a Londres, Bruselas o Ginebra, aportando aquí su espíritu de iniciativa y su habilidad técnica⁹ -estaban aún cerrados y a pesar de la arrogancia que la fácil victoria de los *soldados del orden* parecía haber infundido en los hombres de negocios, no dejaba de existir cierta aprensión en las miradas que dirigían tanto hacia Alemania como hacia aquel pueblo que, una vez más, había mostrado las energías de que era capaz.

No obstante, la asociación de los sindicatos patronales, conocida por el nombre de *Unión Nacional del comercio y de la industria*, adquiría cada día una mayor extensión y, al no hallar enfrente ninguna potencia obrera antagonista, fijaba a su arbitrio el valor y la duración del trabajo.

⁹ Las obras relativas a las exposiciones de Lyon (1872), Viena (1874) y de Filadelfia, coinciden en señalar el daño inferido a la industria francesa por la expatriación de los participantes en la Comuna (18 de marzo de 1871). He hablado -dice M. L. Cambrión, carroceros- de las diversas categorías de trabajadores que han abandonado su patria para marchar al nuevo continente, donde han trasladado todas las industrias en las que Francia poseía el monopolio en el mundo entero, y algunas de las cuales no eran conocidas, o muy poco en América, al comienzo de la segunda mitad de nuestro siglo (siglo XIX). A éstas pertenece la carrocería, que se implantó sólidamente a partir de esa época, gracias a la emigración voluntaria o forzada de quienes, como consecuencia del golpe de Estado de diciembre de 1851, pudieron escapar a las persecuciones del poder en esa latitud. Siguió otras guerras (Crimea: 1854-56, la segunda guerra italiana de independencia, 1859; después conquistas coloniales en Argelia, Senegal, Siria, creación del imperio indochino; siguen la *aventura mejicana* en 1863 y sobre todo la revolución de 1871. Todas ellas produjeron los mismos resultados: las consecuencias han sido incalculables desde el punto de vista industrial y para nuestro comercio de exportación, que tiende a ir de mal en peor sobre todo después de que los acontecimientos últimos a que nos hemos referido, han obligado a numerosos operarios a abandonar París... (Delegación obrera a la Exposición Universal de Filadelfia, p. 49). ... Las diferentes fluctuaciones políticas sufridas por nuestro país han inducido en épocas diversas a muchos compatriotas nuestros a trasladarse definitivamente a los Estados Unidos. Por ello, Nueva York y Newark han contado y cuentan todavía con cierto número de operarios parisinos, que han contribuido a mejorar la industria americana... (Ibíd., Delegaciones de los sombrereros, pág. 51). ... Por otra parte, las persecuciones políticas obligan a un cierto número de ciudadanos a buscar asilo en esta tierra hospitalaria. Limitándonos a Francia, ¿quién no recuerda la solicitud demostrada por los industriales extranjeros, entre los que se hallan los estadounidenses al acoger a aquellos de nuestros colegas de diversas profesiones despedidos después de pasar por los consejos de guerra, en ocasión de nuestra última lucha reivindicativa? ... (Ibíd. Mecánicos, pág. 119). ... La industria (de los Estados Unidos) ha cobrado un desarrollo notable, sobre todo después de la revolución de 1871, cuando millares de obreros parisinos, temiendo ser objeto de persecuciones por parte de la contrarrevolución triunfante, se vieron obligados a llevar con ellos al extranjero el secreto de sus industrias. Todos los informes constatan que esta emigración demostró ser funesta para la industria francesa y que el exilio de los trabajadores expatriados fue lo suficientemente largo como para permitir que los capitalistas del Nuevo Mundo crearan, por así decirlo, nuevas industrias y hacer llegar a los mercados de Europa productos capaces de soportar ventajosamente la competencia... (Ibíd. Examen general, pág. 131). ... Después de una serie de cálculos aproximativos de los costos de los productos, ellos (los estadounidenses), comprueban que la emigración de 1871 ha aportado 281.000.000 de dólares (1.425 millones de francos) a su riqueza nacional... (Delegación obrera libre a la Exposición de Filadelfia, pág. 185).

Entonces, algunos hombres que tras haber fundado la [Internacional](#) se habían apartado de toda actividad por temor a la revolución, intentaron reemprender el trabajo durante cierto tiempo abandonado. Creyendo haberse librado de los revolucionarios, sin dejar de deplorar la horrible represión de 1871, pero satisfechos en lo íntimo de que la casta burguesa hubiera sentado la base del camino que podía conducir a la *conciliación entre el capital y el trabajo*, crearon los fundamentos de nuevas asociaciones en las cuales los obreros, absteniéndose de cualquier crítica al gobierno y a las leyes, se dedicaron a estudiar la situación del trabajo en relación con las leyes del intercambio económico. De esta primigenia tentativa nace el [Círculo de la Unión Sindical Obrera](#), *el cual debía, en opinión de Barberet, uno de sus fundadores, reunir sólidamente a todos los sindicatos obreros para hacer de contrapeso a La Unión nacional del comercio y de la industria.*

No hay duda de que esta asociación era poco subversiva al tener como fin [llevar a cabo por el estudio, la concordia y la justicia el convencimiento de la opinión pública sobre la moderación mantenida por los trabajadores en la reivindicación de sus derechos.](#)

Sin embargo, por muy moderados que fueran, por muy sensatos que demostraran ser, los fundadores del [Círculo](#) resultaban siempre demasiado avanzados a juicio del Orden moral. De cualquier manera se proclamaban republicanos, de ese tipo de republicanos que se ocupaban de la economía social con la intención de no discutir, pero la política de De Broglie¹⁰ podía llegar a ser peligrosa. Por esta razón el [Círculo de la Unión Sindical Obrera](#) fue disuelto, y si el poder no tomó la misma actitud contra las *Cámaras Sindicales*, ello se debió a que estas cámaras, poco numerosas, sin una existencia segura y sin relación de ningún tipo con el [Círculo](#), parecían destinadas a la impotencia y a una desaparición próxima.

¿Cómo consiguieron sobrevivir? ¿Cómo pudo ocurrir que en 1875 se contaran ya 135 cámaras, de las cuales algunas, sobre todo las ubicadas en Roubaix, mostraban una actividad de cierta importancia? Parecía seguro que tras la hecatombe de 1871 cualquier tentativa de liberación del proletariado se había hecho imposible y que el pueblo, aunque en verdad no hubiera perdido el gusto por la libertad, con frecuencia adormecido pero nunca muerto, cuando menos estaba condenado a sufrir por mucho tiempo el yugo del capital. Sin embargo, aún no habían pasado cuatro años de la derrota de la insurrección, dos desde la dispersión final de toda la intelectualidad, de todas las energías obreras, y he aquí que empiezan a revelarse nuevas fuerzas y nuevas energías, he aquí que la muchedumbre obrera, detenida un instante, reemprende su marcha hacia la emancipación. ¿No se debe este fenómeno a que la intuición popular entrevé en la asociación de la clase el único medio de transformación social? ¿No es acaso porque a pesar de sus posiciones conciliantes y su aparente indiferencia política, en cierto modo bajo el peso de una perspectiva irracional, el obrero percibe en el comunismo ideas e intereses propios y al mismo tiempo el instrumento para destruir el despotismo y para edificar la armonía en el campo económico?

Como quiera que sea, hacia 1875 existían ciento treinta y cinco cámaras sindicales, reglamentadas por el artículo 291-294 del código penal, de acuerdo con la ley de 10 de abril de 1834 y de los decretos del 25 de marzo y de 2 de abril de 1852. Durante todo este periodo de reacción las cámaras sindicales, felices por no haber sido disueltas, se sometieron al precario régimen que las tenía bajo la amenaza constante de un acto de fuerza. Mas cuando en Francia se empezó a respirar y a poder hablar abiertamente de asociaciones profesionales, de

¹⁰ Aquí se alude al episodio de la Comuna durante el cual fueron fusilados 64 rehenes con el arcipreste de París a la cabeza, en respuesta al terror desencadenado por Thiers y los versalleses contra los comuneros. Sobre los acontecimientos de la Comuna, véase sobre todo la obra de Marx-Engels: [La Comuna de París](#); Lissagaray: [La Comuna de París](#) y las dos obras colectivas de gran formato, [La Comuna](#), de Bourgin, Lissagaray, Dolleaux, Reclus y otros; también de Jean Bruhat y otros, [La Comuna de París](#), con centenares de ilustraciones en facsimil de documentos originales y proclamas.

representación obrera en el parlamento, de cooperación, sin resultar sospechosos de haber fusilado a los rehenes, las cámaras sindicales reivindicaron sus derechos, reclamaron en primer lugar la supresión de las leyes y de los decretos a que estaban sometidas, al mismo tiempo que el reconocimiento legal de su existencia. Después discutieron y condenaron el proyecto de ley que Lockroy, entonces diputado por Bouches-du-Rhone, había elaborado en relación con ellas, y por fin celebraron en París el congreso nacional.

Apenas constituida por iniciativa de la *Cámara sindical* de las flores¹¹ una delegación obrera se dirigió a la exposición universal de Filadelfia. Luego, un congreso obrero se llevaba a cabo en Bolonia. El 19 de junio de 1896 el periódico *La Tribune* publicaba el siguiente artículo:

Ahora que la delegación obrera a Filadelfia ha partido de Francia, es necesario añadir un nuevo punto al orden del día de los trabajadores de París y de la provincia. ¿Qué pensarían nuestros amigos de un congreso obrero en París en agosto o septiembre, algunas semanas después del regreso de los delegados, para discutir las bases de un programa socialista común?

Por el momento nos contentamos con lanzar la idea, que nos ha sido sugerida por el congreso de Bolonia. A nosotros nos parece excelente y estamos persuadidos de que un congreso obrero podría tener para la emancipación económica de todo el proletariado francés una influencia considerable.

Esta proposición levantó en la clase obrera un entusiasmo comprensible si se piensa en el silencio observado en los cinco años precedentes. En la prensa radical aparecieron sobre este caso numerosos artículos. Adhesiones masivas llegaron de París y de la provincia, y después de algunas reuniones sostenidas por los delegados a la *Exposición de Viena*, por los miembros de la comisión obrera para la *Exposición de Filadelfia*, por los síndicos de las corporaciones, etc., se encargó a un comité de iniciativa la organización del congreso y la confección del orden del día.

Este comité estaba compuesto por los ciudadanos André, di Chaben, A. Corsin, Delion, Deville, Eliézer, Gauttard, Guérin, Guillon, Yernet. El programa del congreso afrontaba otros problemas: el trabajo femenino, las cámaras sindicales, el aprendizaje y la enseñanza profesional, la representación directa del proletariado en el parlamento, las asociaciones corporativas, las cajas de pensiones, la asociación agrícola y la utilidad de las relaciones entre trabajadores agrícolas y trabajadores industriales.

El congreso se inicia el 2 de octubre de 1876 en la Salle des Ecoles, calle de Arras. De entre los delegados destacaban los ciudadanos Chausse, Chambert (por aquel tiempo implicado en actividades de socorros mutuos), Isidore Finance, V. Delahaye, Masquin, Simon Söens, Barberet, Narcisse Paillot, Aimé Lavy, Feltesse (que no pudo tomar la palabra debido a su nacionalidad). La mayoría del congreso estaba compuesta por cooperativistas y mutualistas. Sin embargo se notaban algunos colectivistas (estatistas y anarquistas), los cuales no vacilaron en exponer sus teorías, al tiempo que se formulaban vivas protestas contra la presencia del ciudadano Barberet.

Por lo demás, el informe presentado en la sesión de apertura del comité de iniciativa indica claramente cuál era el espíritu del congreso.

Lo que queremos -dice este informe- es que el trabajador no carezca en lo sucesivo de trabajo, que el precio del trabajo sea verdaderamente remunerador, que el trabajador tenga los medios para precaverse contra la desocupación, la enfermedad, la vejez... Hemos querido igualmente,

¹¹ Cámara Sindical Obrera de las flores: este organismo agrupaba a los trabajadores del sector de la floristería, jardinería, etc.

de acuerdo con el congreso, mostrar a nuestros gobernantes, a todas nuestras clases dirigentes que disputan y luchan entre sí por el poder y por mantenerse en él, que existe en el país una fracción enorme de la población que sufre, que tiene necesidad de reformas, de las cuales no se ocupa lo necesario.

Hemos querido que el congreso fuese exclusivamente obrero, y todos han comprendido de inmediato nuestras razones. No es necesario negarlo, todos los sistemas, todas las utopías que han sido propuestas a los trabajadores jamás surgieron de ellos. Proviene todas de la burguesía, bien intencionada sin duda, pero que trataban de buscar soluciones y remedios a nuestros males en base a elucubraciones, en lugar de partir de nuestras necesidades y de la realidad. De no haber decidido, como medida precautoria, que se necesitaba ser obrero para hablar y votar en el congreso, habríamos asistido a la repetición de lo ya ocurrido en otros tiempos, es decir, la intervención de los defensores de sistemas burgueses para imponer en la reunión un carácter que nosotros habíamos rechazado. Es necesario que una cosa quede clara: el propósito de los trabajadores no es querer mejorar su condición a expensas de los demás. Ellos desean que los economistas, que sólo se preocupan de los productos y nada del hombre, consideren en igual medida al producto y al hombre. Así, esperamos de la nueva ciencia económica todos los mejoramientos que consisten en la solución de la cuestión social.

Las inexactitudes de este documento demuestran bastante bien cuál fue el carácter -si no de los 360 delegados presentes en el congreso, o de la totalidad de la comisión de promotores- por lo menos sí del comité organizador. Los miembros de este comité no solamente se preocuparon de calmar las inquietudes que el congreso podía provocar en los gobernantes e industriales, sino que, para asegurarse la protección capitalista, no vacilaban en calumniar (confundiéndolos con los políticos del tipo de Louis Blanc) a proletarios de vanguardia como Varlin, César de Paepe, Emile Aubray, Albert Richard, Dupont, etc. que habían profesado y difundido la doctrina de la [Internacional](#).

Sin embargo, a pesar de la aprobación dada a este informe por parte del congreso, los organizadores pudieron de inmediato comprobar que aunque muchos trabajadores quedaron al margen del movimiento de la Comuna, la propaganda de la [Internacional](#), por responder a los intereses populares, había dejado profunda huella. Sobre el primer punto (relativo al trabajo de las mujeres) el congreso sostuvo el principio de: *a igual trabajo igual salario*, recomendó la creación de sindicatos femeninos y la reducción legal del trabajo a 8 horas sin disminución del salario. Sobre este problema, Isidore Finance se pronunció enérgicamente contra la cooperación. Después de subrayar el fracaso desde Buchez en adelante, de las diversas formas de asociación cooperativa, concluye:

En este caso, sobre la base del ahorro llevado a cabo a expensas de un mísero salario, podría el propietario de la ciudad y del campo hacer pasar a sus manos la propiedad del suelo, de las materias primas, del equipo industrial y equilibrar la influencia del capital acumulado por espacio de siglos. Pero a su vez cabe preguntarse: ¿Cuántos siglos les llevará alcanzar su objetivo? Esto no se dice. Si esto es lo que se llama ser prácticos, ¿qué será entonces la utopía...?

La cooperación sacrifica forzosamente la independencia individual y el tiempo libre necesario para adquirir una instrucción, a una esperanza de beneficio material, cuya naturaleza comercial hace por otra parte incierta. Tiende a privar al proletariado de sus generosas aspiraciones para infundirle las preocupaciones propias de la burguesía mercantil y egoísta. En consecuencia, la cooperación es el mayor obstáculo para esta regeneración intelectual y moral que, según confiesan los mismos cooperativistas, debería preceder al bienestar material de los trabajadores. Un delegado se pronunció contra cualquier forma de limosna o subsidio, porque el subsidio parece testimoniar que la desocupación es un hecho necesario o inevitable, cuando en realidad compete al proletariado hacerlo desaparecer. Igualmente otro delegado condena la sociedad de socorros mutuos por no aportar medio alguno para realizar la abolición del trabajo

asalariado, y sancionar su existencia, afirmando por el contrario que lo que debe absorber nuestros pensamientos y dirigir nuestras acciones es practicar una salida hacia nuestra emancipación económica. Finalmente, el delegado Hardy, de los trabajadores del bronce de París, después de aceptar la petición de las cajas de pensiones, a condición de que se sostuvieran exclusivamente por medio del balance militar, exclamó sin suscitar la menor protesta, a pesar de la proximidad de la derrota de 1870:

Poco nos importa que Francia sea pequeña y Alemania grande. El congreso pide la institución de pensiones cuya administración sería sustraída a la independencia del Estado.

Seguía el problema de las cámaras sindicales. Como hemos dicho, el congreso debía examinar un proyecto de ley sobre asociación obrera presentado por Lockroy. Según los artículos 5 y 6 de ese proyecto, cualquier cámara sindical debía presentar en el momento de su fundación y luego todos los días 1 de enero, ante el alcalde, el prefecto de policía, o bien el procurador de la República, además de la dirección de la sede social, una declaración con los estatutos, el número de miembros, así como sus nombres y direcciones. Estas prescripciones, que levantaron vivas discusiones en la clase obrera, conturbaron asimismo al congreso.

Aquellas constituían, afirmó el delegado de los mecánicos de París una trampa semejante, en cuanto a circunstancias y agravantes, a las leyes de 22 de junio de 1855 a propósito de las documentaciones personales; es una ley policíaca de nuevo tipo y no haremos a los consejos sindicales la ofensa de creer que consentirán en convertirse en los auxiliares de la prefectura de policía y de los magistrados.

El proyecto de *ley Lockroy*, dice el ciudadano Daniel impone a las asociaciones de trabajadores condiciones que nunca se reclaman a las asociaciones capitalistas, a las asociaciones religiosas o civiles.

¿Qué representaba, pues, para los miembros del congreso la cámara sindical? ¿Cuáles debían ser sus funciones y cómo su composición?

Las cámaras sindicales, dice Charles Bonne, delegado de Roubaix, son más bien comités organizadores de otra sociedad. Deben ocuparse para empezar, de la cuestión de la mutua ilustración; luego deben por supuesto proceder a la organización de bibliotecas populares y de asociaciones entre consumidores, con el fin de impedir la explotación del trabajador por parte de los capitalistas. Las cámaras sindicales deben por otra parte esforzarse por crear cajas de compensación en provecho de las familias trabajadoras... Deben, finalmente, ocuparse de la reorganización de los consejos de síndicos o inspectores, cuyo funcionamiento es muy precario...

Y Bonne concluye: para crear esta organización tenemos varios sistemas: unos quieren que las cámaras sindicales operen con una corporación única, pero en provincias este sistema ofrece bastantes dificultades, dado que una sola corporación no siempre consigue formar una cámara sindical que ofrezca garantías válidas... Por tanto creo que consiguiendo reunir los diferentes grupos de oficios que tienen intereses similares, es más fácil llegar a constituir cámaras sindicales. Cada grupo de oficio elige un número de representantes proporcional al número de ciudadanos que forman parte de la corporación... Creo además que las cámaras sindicales, para avanzar en esta dirección deben publicar un informe administrativo de las operaciones de su sociedad y enviarlo a una oficina creada a este fin. Esta oficina se hará cargo de los diversos informes administrativos de todas las cámaras sindicales de Francia. Con este sistema se podrá estar al corriente de los progresos realizados...

Según Charvet (de Lyon), las cámaras sindicales no deben ser mixtas; deben hacer respetar los intereses de los trabajadores, y hacer cesar los abusos existentes en las corporaciones. Pueden

asimismo, después de estar legalizadas, establecer con asentimiento de los patronos, las normas que tienen fuerza de ley y que marcarán la línea de conducta de los consejeros inspectores...

Para terminar, Dupire (de París) propone: Las cámaras sindicales obreras quedan invitadas a concentrar todos sus esfuerzos con el fin de disminuir la duración general y normal del trabajo en todas las profesiones y hacer aumentar a la vez el salario del obrero. Aquellas deben utilizar toda su influencia para obstaculizar la concurrencia de las mujeres y de los niños en las fábricas, establecimientos, oficinas y manufacturas, colocados frente a los hombres. Se servirán igualmente las cámaras de toda su influencia para hacer penetrar esta idea en su mentalidad y hacer aceptar estos principios a la opinión pública.

Estas opiniones traducen elocuentemente el sentimiento del congreso: las cámaras sindicales deben ser centros de estudio libremente constituidos. De aquí se infiere la acogida que se hizo al proyecto de ley de Lockroy. En efecto, el informe de las comisiones, adoptado sin debate, formuló las siguientes conclusiones:

1. Derogación de los artículos 291, 292, 293, 294 del código penal, lo mismo que las demás leyes cuyo objeto sea el de limitar la libertad de reunión y de asociación.
2. Retirada del proyecto de ley sobre cámaras sindicales presentado en la Asamblea.
3. Nombramiento de una comisión encargada de hacer conocer a la Asamblea las deliberaciones del congreso.

Esta fue la obra del primer congreso obrero celebrado en Francia después de la Revolución del 18 de marzo de 1871.¹² Sin duda que sus reivindicaciones fueron bastante tímidas, e incluso se puede constatar que sus miembros, lejos de hacer causa común con los heroicos trabajadores caídos bajo el plomo de los versalleses, no tenían otra preocupación que poner de relieve su distanciamiento de cualquier tentativa de subversión social. No obstante, este congreso se manifestó a favor de relanzar las asociaciones profesionales y de crear un nuevo contacto entre los trabajadores para obligarles a estudiar el problema social y es evidente que antes o después los explotados, tras haber propiciado de buena fe la conciliación entre el capital y el trabajo, habían comprendido que esta conciliación es imposible y que uno de los dos factores de la política económica oficial debía prevalecer.

Apenas concluido el congreso, los sindicatos parisinos nombraron una comisión de 62 miembros encargada de regular del modo más favorable para los intereses obreros la cuestión de las cámaras sindicales. Esta comisión puso de inmediato manos a la obra y, para empezar, intentó reconstruir el **Círculo de la Unión Sindical Obrera**. Pero el gobierno velaba, especialmente el ministro del Interior, para que el prefecto de policía se opusiera al proyecto de la comisión. Esta empezó entonces a elaborar un proyecto susceptible de reemplazar al de Lockroy. Pero esto no se llevó a cabo fácilmente, pues los colectivistas hacían observar con gran oportunidad que los sindicatos no debían ofrecer su colaboración al ministro y que, por otra parte, estando reconstituidos los sindicatos a pesar de la ausencia de cualquier ley relativa al caso, no se veía ninguna necesidad de modificar el *statu quo*. También se estimó que el proyecto de ley de Lockroy era poco seguro y convenía por ello aplazar cualquier decisión y continuar desenvolviéndose como se había hecho hasta entonces. En poco tiempo, esos esfuerzos se vieron coronados por el éxito: el proyecto que finalmente aprueba la comisión de los 62 y luego enmiendan los sindicatos, se convierte en la carta de estos últimos.

¹² Fecha de iniciación de la Comuna de París.

Por otra parte, los colectivistas habían tenido una visión certera. El proyecto Lockroy fue rechazado. Los sindicatos se multiplicaron y dado que la propaganda que desarrollaban los obreros más avanzados era silenciosa y no llamaba demasiado la atención pública y dado, por otro lado, que los acontecimientos políticos acabaron por absorber toda la atención de las *esferas oficiales*, como entonces se decía, la idea socialista se difundía cada día más.

En esta situación transcurrieron dos años, y luego se celebró en Lyon, en 1878, un segundo congreso obrero. En este tiempo, algunos hombres que habían desempeñado un papel en la *Internacional*, pero muy secundario en la Comuna¹³, habiendo conseguido por ello escapar a las represiones, intentaban organizar, al margen de las cámaras sindicales, un partido socialista. Entre estos hombres, llamados Guesde, Lafargue, Chabert, Paulard, Deynaud, algunos tenían vínculos familiares o de amistad con Marx, Engels y los supervivientes del congreso de La Haya de 1872. La propaganda desarrollada por ellos dio tales frutos en los meses precedentes que habían podido anunciar el propósito de celebrar en París, durante la Exposición, un congreso socialista internacional. Sin embargo, este proyecto era aún prematuro y los promotores del mismo fueron perseguidos y reprimidos por la policía.

En esta circunstancia, y a pesar de la aversión profesada por los socialistas revolucionarios hacia los trabajadores inscritos en los sindicatos, aquéllos pensaron aprovechar la celebración del congreso mutualista de Lyon para catequizar a los trabajadores que debían participar en el mismo.

En verdad, su exiguo número les impidió modificar el carácter del congreso, pero a pesar de todo hicieron declaraciones de especial interés, sobre las cuales es conveniente detenerse, sobre todo para mostrar las teorías que en aquel tiempo profesaban los colectivistas... y luego para hacer comprender los acontecimientos que acabarían por cavar un foso insalvable entre los partidarios de la acción legislativa y de la conquista de los poderes públicos y los partidarios de la acción económica y corporativa.

Respecto al tema de la instrucción, Calvinhac, delegado de la *Unión democrática de trabajadores* de París, dijo: *Hallaréis el remedio a todos los males sociales y a cualquier explotación en la colectividad, es decir, en la institución de la industria y de la propiedad colectiva.* Acto seguido Calvinhac habló del Estado. En aquella época todos los colectivistas franceses eran no sólo defensores de la abolición del Estado, sino que además se mostraban hostiles a cualquier idea que presentara al Estado como favorable a los trabajadores. Los revolucionarios que algunos años después se dividirían en estatistas y anarquistas, coincidían ahora por completo sobre ese punto. Por esto, Calvinhac al hablar del Estado se expresa en los siguientes términos: *¡Vamos! Aprendamos a hacer con este elemento lo mismo que con la burguesía, cuya actitud de sostén incondicional del gobierno es notorio. Este es nuestro enemigo y sólo interviene en nuestros problemas para imponer reglamentaciones, y dad por sentado que las reglamentaciones las hará siempre en beneficio de los dirigentes. Nosotros reclamamos solamente la libertad completa y conseguiremos realizar nuestros sueños cuando estemos plenamente decididos a gestionar los problemas nosotros mismos.*

El congreso debía examinar y por cierto aprobó, una resolución ya tomada en el congreso de París relativa a la representación directa del proletariado en los cuerpos electivos. Pero es conveniente que oigamos también al delegado Ballivet, de los mecánicos lyoneses, el cual la emprende con elocuencia contra la participación de los revolucionarios en las luchas electorales.

¹³ Véase: Gustave Lefranc, *Etude sur le mouvement communaliste a Paris en 1871*, reimpresso en 1970. Este volumen es uno de los más interesantes sobre el tema. El más reciente es *La révolution communaliste de Paris 1871* (Hechos y documentos), de Pierre Rimben. pág. 96. Spartacus, París 1971.

Para nosotros, dice, la cuestión debe plantearse en los términos siguientes: ¿Es una ventaja, o por el contrario un inconveniente el hecho de que el proletariado se haga representar en nuestras asambleas legislativas? A tal pregunta nosotros contestamos claramente: el proletariado sólo obtendría de esta representación ventajas ilusorias, éxitos aparentes, que implicarían inconvenientes muy graves. Entre los socialistas que se pronuncian por la representación del proletariado en el parlamento... los más ilusos esperan llegar a conquistar legalmente la mayoría en nuestra asamblea política. Una vez que pongan las manos en el aparato gobernante, ellos cuentan con hacerlo funcionar en provecho de los trabajadores, aunque siempre y hasta hoy ha funcionado constantemente contra ellos.

Algunos mantienen esperanzas más modestas. Esperan hacer penetrar en las asambleas una minoría de diputados lo bastante fuerte como para arrancar a la mayoría burguesa un mejoramiento material en la situación del trabajador, o bien nuevos derechos políticos que les permitan proseguir la obra de emancipación con mayor probabilidad de éxito. Los más experimentados, los socialistas alemanes, por ejemplo, ya no creen en la conquista del poder político por la vía electoral. Al adoptar esta táctica (la candidatura obrera) se propone solamente como objetivo un fin propagandístico y organizativo. Nosotros refutaremos uno después de otro, todos los argumentos de las diversas categorías de partidarios de la representación directa del proletariado en el Parlamento.

¿Cómo puede ser que aquí en Francia nos dejemos mecer por la absurda ilusión de que la burguesía contemple con los brazos cruzados, con el mayor respeto a la legalidad, su misma expropiación llevada a cabo por medios legales?... El día en que los trabajadores sugieran tan sólo la posibilidad de tocar a sus privilegios, no habrá ley que la burguesía no viole, sufragio que no se manipule, prisiones que no se abran, proscripciones que no se organicen, ni ejecuciones que no se lleven a cabo.

La esperanza formulada por otros socialistas en el sentido de hacer penetrar en la asamblea legislativa una minoría de diputados lo suficientemente fuerte como para obtener algunas concesiones, es igualmente ilusoria. Esa minoría, por el hecho mismo de serlo, no podrá nada por sí misma. Se verá forzosamente constreñida a establecer alianzas con las fracciones burguesas del Parlamento... No obstante, diréis vosotros, ciertas reformas políticas como la libertad de asociación y de reunión pueden acelerar nuestra emancipación y si los diputados que podíamos enviar al Parlamento consiguieran solamente esas dos reformas, se podría decir que valía la pena haberlos enviado. Ahora bien, ¿hay verdaderamente necesidad de enviar allí alguno de los nuestros para obtener esta libertad? ¿No tendrá acaso la burguesía republicana el mismo interés en concedérsela cuando nosotros la exijamos?... Aquel arma, que en sus manos es eficaz, en las nuestras se hace por completo inútil. ¡Libertad de prensa! Mas, ¿qué importa el derecho de hacer una cosa si carecemos de los medios para ello? ¡Libertad de reunión! ¿Para escuchar a los oradores las bellas frases que la burguesía nos autoriza? ¡Libertad de asociación! Asociar la miseria a la miseria total no es sino miseria. Tales libertades, ciudadanos, serán la consecuencia y no la causa de nuestra emancipación.

Algunos que dentro del campo socialista conocen bastante a la burguesía como para saber que por vía legal no se le podrá arrebatar ninguna reforma seria, arguyen empero que *la participación de los obreros en las elecciones nos dota de un excelente medio de propaganda...* ¡Pues bien!, nosotros sostenemos que la representación directa no dota a los obreros de un buen medio de propaganda, y que si puede llevar a la formación de un partido numeroso, conduce también a la formación de un partido sin organización y sin fuerza real. Cuando se habla de propaganda es necesario aclarar dos cosas: en primer lugar, cuáles son los principios que se quieren propagar y luego si el medio elegido es lo suficientemente eficaz para el objetivo propuesto.

... ¿No sabemos acaso que la causa real de nuestra miseria reside en la acumulación en pocas manos de toda la riqueza social? ¿Y acaso no queremos poner fin a este estado de cosas sustituyendo la forma individual de apropiación por el modo colectivo de producción?... ¿No sabemos también que quien mantiene esta injusticia económica es la organización política centralizada, en otras palabras, el Estado, y debemos por consiguiente proclamarnos antiautoritarios y antiestatales?

Los dos principios que por consiguiente es necesario difundir en la propaganda son los de la propiedad colectiva y la negativa completa del Estado. ¡Pues bien! Durante un período electoral no se abre la boca para nada de esto. Durante una campaña electoral es ante todo imprescindible hacer vencer al candidato propio... Por tanto, ¿qué queda en los programas electorales? La grandilocuencia de la forma y el inocuo radicalismo de fondo...

Ahora bien, se dirá, una vez elegido, el diputado obrero desarrollará su programa utilizando la resonancia de la tribuna francesa y lo difundirán miles de veces todos los periódicos, con lo que alcanzará gran audiencia. ¡Otro error! Cuando un diputado obrero haga su aparición en la tribuna será objeto de increpaciones, de interrupciones groseras y de todo tipo... ¿Acaso reproducirán los periódicos sus intervenciones? Sí, todos los periódicos de la burguesía lo falsificarán y harán circular las caricaturas. Sólo los periódicos socialistas insertarán los discursos en su autenticidad, y entonces, este discurso de un diputado cuya elección ha costado miles de francos a los pobres bolsillos de los trabajadores no tendrá ni mayor ni menor importancia que un artículo normal susceptible de redactarse e imprimirse mucho más barato y sin tantos fracasos.

Admitimos que haciendo ver lo menos posible el radicalismo de nuestro programa... llegaremos en Francia, como han llegado en Alemania, a constituir un partido numeroso;... pero el día en que nos hagamos peligrosos a los ojos de la burguesía... será precisamente el de la intervención violenta, brutal, ilegal, de la burguesía, y entonces ¿será este partido numeroso también un partido fuerte, capaz de resistir? ¡Creemos que no!, y esto hemos de decirlo francamente. Cuando un instrumento ha sido construido para un fin no es posible exigirle que cumpla otro cometido. Este partido constituido de cara a la acción electoral tendrá solamente engranajes electorales. Sus soldados serán electores y sus jefes abogados. Esto permitirá hacer emerger de su seno a los héroes, a los mártires que sabrán morir por el derecho. Pero este ejército completamente pacífico y legal no poseerá la organización que le es necesaria para resistir a la violencia de los ejércitos del Estado...

El efecto producido por este discurso fue tal que la comisión organizadora del congreso amenazó con retirar la palabra a cuantos a partir de ese momento hablaran de colectivismo. Y a partir de entonces ya nada subversivo se dijo en el congreso, excepto cuando llegado el momento de las resoluciones el congreso rechazó una proposición de Dupire y Ballivet, que auspiciaba la apropiación colectiva del suelo y de los instrumentos de producción.

Para concluir con el congreso de Lyon añadiremos que además se abordó la cuestión de una legislación relativa a los sindicatos, pero sin nada que ver ya con la propuesta precedente.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS PARTIDOS OBREROS Y LOS SINDICATOS

No debemos engañarnos: en el preciso momento en que algunos oscuros miembros de la rama colectivista afirmaban en el *congreso de los cooperativistas y mutualistas proudhonianos* su fe revolucionaria y testimoniaban ante las cámaras sindicales el disgusto que sentían porque grupos de obreros desearan dar pruebas de excesiva moderación en las confrontaciones con el Estado y con el capital, los jefes del partido socialista a la sazón naciente, ya habían modificado sus propios principios y tácticas. Bajo inspiración de Carlos Marx y Federico Engels, elaboraron en la sombra un nuevo plan de acción y cuando se inicia en Marsella en 1879 el tercer congreso obrero, ya estaban dadas todas las condiciones para una ruptura definitiva entre socialistas y sindicalistas, de modo que los primeros pudieran eliminar del partido a todos cuantos siguieran rechazando la teoría, cara a Marx, de la conquista del poder político.

En efecto, el congreso de Marsella da el visto bueno a la constitución del Partido obrero con un doble programa: político y económico. El programa político (objeto principal del interés de los fundadores del Partido) comportaba las siguientes reivindicaciones: abolición de todas las leyes sobre imprenta, reuniones y asociaciones, supresión del libreto personal, supresión de los privilegios religiosos y devolución a la nación de aquellos bienes llamados de *mano muerta*, pertenecientes a corporaciones religiosas; supresión asimismo de la deuda pública, abolición de los ejércitos permanentes y armamento del pueblo; se solicitaba también dominio comunal de la administración y de la policía. El programa económico, de importancia secundaria y que tenía sobre todo por objeto la conquista de las masas obreras para el método de acción preconizado al objeto de lograr *la apropiación colectiva de los medios de producción*, reivindicaba los siguientes puntos: prohibición legal a los patronos de imponer a los obreros más de seis días semanales, la fijación legal de un salario mínimo, la prohibición legal a los patronos de emplear obreros extranjeros con un salario inferior al de los obreros franceses; además, la instrucción científica y profesional de todos los niños por parte del Estado y por parte de la Comuna, etc. Esencialmente y apenas nacido el Partido reclamaba: en materia política la depuración -o por decirlo de otro modo- la moralización del Estado. En materia económica la extensión de sus poderes hasta los extremos límites de la libertad individual.

Aunque fue obra de hombres inteligentes e instruidos, este programa, como se puede apreciar, era de una simplicidad poco común; al mismo tiempo ponía de relieve un notable arcaísmo, puesto que la mayor parte de sus artículos ya habían sido asumidos por diversas fracciones republicanas que una y otra vez, y especialmente después de 1848, habían ambicionado el poder. Esto poseía por otra parte la doble ventaja de dispensar a sus adeptos de cualquier esfuerzo mental y de ponerlos al resguardo de cualquier responsabilidad en caso de fracaso. En rigor, estas realizaciones estaban subordinadas a la conquista del poder político. Ahora bien, ¿qué había que hacer para consumir esa toma del poder? Organizar el proletariado en partido político distinto, es decir, haber reunido en torno al socialismo un número de electores suficientes para obtener en el Parlamento la mayoría absoluta. La acción necesaria (que podía extenderse a lo largo de muchos años) debía limitarse en lo sucesivo al comentario, mediante los periódicos, las publicaciones del partido y las reuniones electorales, de los 17 artículos del programa y era suficiente, para facilitar este cometido, para poner a disposición de todos los militantes del Partido un arsenal para su lucha cotidiana contra el orden vigente, aprenderse el programa artículo por artículo, frase por frase, y demostrar su razón tanto desde el punto de vista científico como desde el punto de vista táctico.

¡En cuanto a la educación económica del proletariado, a la formación de su espíritu de iniciativa, a su adaptación a las motivaciones de un organismo socialista, todo esto no eran otra cosa que estupideces!

La emancipación social subordinada a la apropiación colectiva de los medios de producción; esta apropiación subordinada a la acción revolucionaria del proletariado organizado en partido socialista distinto. He aquí lo que importaba conocer. A nosotros nos cumple confirmar, siguiendo la expresión de Filippo Turati, la directriz que sigue la evolución de las bases graníticas de la lucha de clases.

A pesar de su sencillez este programa encontró un obstáculo imprevisto. No exigiendo la menor reflexión, ningún estudio, prometiendo a cualquiera que tuviera la palabra fácil el éxito de los charlatanes populares, quedaba empero abierto el camino a cualquier ambición y atraía a cualquier mediocridad. Por tanto, cada uno de los hombres colocados a la cabeza del Partido aspiraba a dirigir solitariamente la acción colectiva del mismo. Y con el pretexto de que la división de la fuerza era la condición misma del desarrollo del Partido, no tardaron unos y otros en separarse, arrastrando en pos suyo a sus fieles para constituir pequeñas sectas sin principios.

¿Qué había ocurrido? Por una parte que, preocupados los propagandistas por el número en las elecciones más que por su propio valor, y creídos (acaso de buena fe) que la elección de un candidato importante sería suficiente para caracterizar, en ausencia de principios, cualquier éxito electoral, no vacilaron en atenuar el programa de transición del Partido, llegando a suprimir este o aquel artículo, según los lugares y circunstancias. Por otra parte las masas, tenidas en la ignorancia de los verdaderos principios socialistas, no veían en los candidatos del nuevo partido más que una nueva categoría de aspirantes políticos, no muy diferentes de los radicales y desprovistos del prestigio, a la sazón incontestable, de los diputados de la extrema izquierda. Además, el cuerpo electoral, para el que la palabra *socialismo* no constituía una idea nueva, se abstenía de confiar su voto a unos desconocidos, colocando de este modo al Partido en la imposibilidad de ofrecer alguna de las ventajas prometidas.

Para completar el descrédito del parlamentarismo preconizado por el Partido, ya no era suficiente la adopción por parte de la Cámara de algunas leyes *sociales*. Por vía experimental el pueblo se había convencido, no solamente de que estas leyes eran insuficientes o inaplicables, sino de que era imposible de otro modo si se ponía el dinero y los hombres por encima de las leyes, sometiendo a aquéllos todos los poderes, tanto jurídicos como políticos y (asimismo por falta de estas prerrogativas), con lo que se les daba la posibilidad de hacer gravitar sobre la clase que produce el peso de los gravámenes legales. Esto se pudo constatar, efectivamente, además de en el caso de la ley de 19 de mayo de 1874 sobre el trabajo de los niños y de los adolescentes, en la del 12 de julio de 1880, que suprimía la prohibición acordada por la ley del 18 de noviembre de 1874 en determinados períodos del año; también en lo relativo a la de febrero de 1883, que volvía a poner en vigor la ley del 9 de septiembre de 1848 sobre duración del trabajo y que jamás había sido aplicada; o la del 19 de diciembre de 1889, que aportó excepciones al artículo 1 de la ley de septiembre de 1848; el decreto del Consejo de Estado fechado el 21 de marzo de 1890, relativo a los trabajos públicos comunales; la ley del 8 de julio de 1890, concerniente a la seguridad de los menores de edad; por fin, la ley del 2 de noviembre de 1892 sobre el trabajo femenino, de los niños y de los jóvenes.

Todas estas leyes quedaron sin aplicación por el fariseísmo de las interpretaciones y los recursos de imaginación de los patronos (siempre dispuestos a sustituir unos medios de explotación prohibidos por otros medios aún más opresivos) y contribuyeron a iluminar a los hombres que componían las diversas fracciones del Partido sobre el valor de la acción parlamentaria. Insensiblemente, pero de modo incesante, los notables tomaron conciencia, los miembros de los grupos más moderados entraron en contacto con los grupos más

revolucionarios y, una vez esclarecidos, se dedicaron por entero a la acción económica, convirtiéndose poco a poco en negadores de cualquier acción legislativa. Después fueron sustituidos por pequeños burgueses, deseosos de medrar a expensas de las masas y de brillar en el juego político.

En resumen, en el proceso de renacimiento del mundo del trabajo, dos concepciones relativas al modo de organización y de lucha de la colectividad socialista se presentaron como alternativas. Una de ellas la profesaban hombres ignorantes y rutinarios (pese a sus conocimientos en el campo económico), que se inspiraban sólo en los hechos visibles, consideraban el Estado como instrumento indispensable para el perfeccionamiento social, y se mostraban por ello partidarios de acrecer sus atribuciones, añadiéndole las de productor y repartidor de la riqueza pública.

La otra alternativa era sostenida por hombres en los que la intuición suplía a la falta de ciencia económica y se basaban (en una línea de paralelismo con Proudhon) en que las funciones sociales pueden y deben limitarse a la satisfacción de las necesidades humanas de cualquier tipo y en que el Estado tiene como razón el ser exclusivamente la salvaguardia de los intereses políticos superfluos o nocivos. Por esta razón concluían pidiendo la sustitución del Estado por la libre asociación de productores. [La primera de estas concepciones recomendaba la conquista sistemática, pero legal, de cualquier función electiva, la sustitución de los personajes políticos capitalistas por los personajes políticos socialistas, comportando esto la transformación del sistema económico. La segunda hablaba de mutualismo, de cooperación, de crédito, de asociación y afirmaba que el proletariado posee en sí mismo el instrumento de la propia emancipación.](#)

Sin duda, se podía reprochar a las uniones profesionales una excesiva tibieza. Estas negaban que pudieran estar defendiendo el socialismo y no habían estado lejos de celebrar la derrota súbita de los revolucionarios en mayo de 1871. Se buscaban abiertamente los medios para *conciliar el capital y el trabajo* y esto se pretendía obtenerlo por medio de la sensatez de ambos y por la moderación de los salarios constantemente adecuados al costo de la vida. Además, se pretendía obtener del propio fondo del trabajo una protección suficiente contra la desocupación, los accidentes, la enfermedad, la vejez. El sindicato, que rechazaba desde siempre cualquier forma de sociedad de resistencia, limitaba su ambición a instituir comités arbitrales, encargados de resolver con los empleadores las cuestiones profesionales y de organizar una enseñanza técnica integral que permitiera al obrero especializarse en el campo de la mecánica y dominar todos los secretos del oficio. Con ello ofrecería a la industria nacional una superioridad que determinaría, con el aumento del precio de venta, el aumento de los salarios. La Asociación cooperativa de consumo tenía por objetivo principal la disminución del precio de las cosas necesarias a la existencia; la asociación cooperativa de producción, la de elevar al rango de los patronos a pequeños grupos de obreros; la sociedad de socorros mutuos, las cajas de resistencia, de viaje, etc., no pretendía otra cosa que obtener para el obrero una previsión, una autoprotección que él mismo debía crear, y los miembros de estas sociedades se prosternaban en testimonio de agradecimiento cada vez que un patrono tenía a bien proclamar su personal *solicitud en las relaciones con los trabajadores*.

Mas como los redactores del programa socialista, a pesar de su erudición económica, se habían mostrado inhábiles economistas en esa obra al tratar altaneramente a las asociaciones obreras, las desconocieron (aunque no las ignoraban) en las confrontaciones surgidas de la normal tendencia de la humanidad hacia la renovación de las ideas y opiniones, derivadas del progreso. Aquellos que afirmaban la imposibilidad en régimen capitalista de cualquier conciliación entre el trabajo y el capital, los mismos que proclamaban la ineluctabilidad de la lucha de clases, no tuvieron presente que eran los propios acontecimientos los que se encargaban de modificar las moderadas resoluciones tomadas por las asociaciones obreras, y los que podían permitir conquistarlas para el socialismo en un período de tiempo determinado.

No advirtieron tampoco que los miembros de las asociaciones preferían la experiencia práctica y personal a las fórmulas de los partidos, y tal vez hubiera sido conveniente desde el punto de vista político tratarlos con guante blanco, de modo que pudieran, llegado el día de su adscripción al socialismo, reforzar la organización política del Partido (en caso de aceptar afiliarse al mismo) mediante su organización administrativa.

A consecuencia de estos errores se ahondan cada vez más las diferencias administrativas entre el Partido y las asociaciones obreras. De vez en cuando algunos socialistas propiciaban un entendimiento, pero el fracaso de esta política resultaba más evidente cada día y las disensiones introducidas en el ambiente de los sindicatos por las discusiones sobre acción electoral disuadían a estos últimos de un acercamiento en el que confusamente se adivinaban como víctimas. Los jefes del Partido pretendían que los sindicatos les estuvieran subordinados y la emancipación económica, afirmaban, debía ser no la causa sino la consecuencia de la emancipación política. Por esta razón debían permanecer separados los esfuerzos de las dos formas de organización proletarias, que posteriormente se convertirían en claramente antagónicas.

CAPÍTULO TERCERO

NACIMIENTO DE LAS BOLSAS DE TRABAJO

Mientras las diversas fracciones socialistas se dividen a partir del congreso de Saint-Etienne, 1882, hasta su fraccionamiento, viéndose luego condenadas a atenuar y a limitar cada vez más sus reivindicaciones, lo que pone de relieve la impotencia reformadora de la acción proletaria, las organizaciones obreras empiezan a reconocer cuánto había de quimérico en sus proyectos de conciliación entre quienes producen y los patronos. ¿Qué resultado habían dado aquellos comités que tantas esperanzas suscitaron? Ninguno. Los patronos se negaban incluso a discutir las condiciones de trabajo. Por otra parte, la huelga que ciertos sindicatos habían rechazado porque por su naturaleza comprometía a la industria francesa, sin aportar ninguna ventaja para los trabajadores, se reconocía como el arma necesaria y se la declaraba no sólo permitida sino imprescindible, porque de lo contrario los trabajadores se veían amenazados por una disminución de salario. El divorcio entre las corporaciones y los poderes públicos, ya denunciado en 1876 por la negativa de los obreros parisinos de aceptar la subvención de 100.000 francos en ocasión de la Exposición de Filadelfia, había consumado definitivamente la ruptura de cualquier relación entre los sindicatos *barberetistas*¹⁴ y los socialistas. Entonces fue cuando, dejándose llevar por la ilusión de que resultase posible el acuerdo entre ellos y los empresarios, se adentraron por la segunda fase de su evolución.

Creando que el fracaso completo de la escuela socialista se debía a la inadecuación de su táctica, proyectaron una acción sindical propia, basada en la organización del empleo, instituciones de socorro mutuo, etc. y se decidieron a ejercer función de legisladores y a presentar en el Parlamento por medio de diputados distinguidos y sometidos a su control, proyectos de reforma económica elaborados en su seno.

¹⁴ Secuaces de J. Barberet, sociólogo que publicó entre 1886 y 1890 *Le travail en France*, siete volúmenes de monografías sobre diversas profesiones.

¿Cuáles eran estas demandas? Se trataba de la reducción a ocho horas como máximo de la jornada de trabajo, con fijación de un salario mínimo determinado por el precio de los productos de consumo en cada región; también la obligatoriedad de un día de descanso semanal, la aplicación del decreto ley del 2 de marzo de 1848, que vetaba *la explotación del obrero por medio del trabajo a destajo*; se pedía la supresión de las oficinas de colocación libres, la supresión de las asignaciones que comportaban o bien la disminución de los salarios o los beneficios ilegales y la sustitución de los mismos mediante el trabajo económico; también el reconocimiento de la responsabilidad patronal en materia de accidentes de trabajo, la sustitución de las compañías aseguradoras por cajas financiadas por los patronos y administradas por el municipio; nombramiento de inspectores de trabajo a través de los sindicatos, supresión del trabajo en las prisiones, conventos y talleres de costura, (se trataba del trabajo realizado en conventos de frailes o en instituciones de beneficencia) y asimismo la institución de una garantía para todos los asalariados. Finalmente la adopción por parte de las comisiones sindicales de las medidas de higiene a tomar en los tajos y talleres.

¿Quiere esto decir que el programa mostraba, explícita o implícitamente, una adhesión al método de propaganda recomendado por el Partido? De ninguna manera. Aparte de que los sindicatos revolucionarios persistieran en creer que la salvación social, lejos de consistir en la toma del poder político por vía parlamentaria, se hallaba en la destrucción violenta del Estado, había entre el programa económico del Partido y el de las asociaciones obreras, estas dos diferencias fundamentales: que uno de ellos era considerado como accesorio y el otro constituía el único objetivo. Si el Partido obrero contaba exclusivamente para realizar el suyo con la constitución de una mayoría parlamentaria, los sindicatos, por el contrario y haciendo distinciones, dejaban a *la vigilancia y a la solicitud de los poderes públicos*, solamente aquellas cuestiones de las que les parecía imposible ocuparse directamente. En cuanto a las demás, manifestaban su pretensión de hacerlas respetar con ayuda de sus propios medios, ya que tenían sólo una confianza limitada en el celo de la administración pública.

Por otra parte, [la reforma preconizada por los sindicatos, contrariamente a la sostenida por el Partido obrero, se inspiraba no en una división teórica de la sociedad en clases, y por tanto platónica, sino en una división real, creada por los sufrimientos materiales y morales de todos los días y especialmente apta, en consecuencia, para agudizar el conflicto social.](#) Por fin, (y es inútil repetirlo) los sindicatos no creían del todo, como creía el Partido obrero, que la propaganda especial, necesaria para conseguir la jornada de ocho horas o de un día de reposo semanal, los dispensara de cualquier otro tipo de actividad. Ellos no dejaban de perfeccionar la maravillosa red de instituciones de base mutualista que, mientras esperaban una problemática protección gubernamental, les permitía protegerse ellos mismos contra la explotación capitalista.

Esta era la situación en 1886. Entonces fue cuando algunos hombres que eran a la vez miembros de las asociaciones obreras y del *Parti ouvrier français*, creyendo entrever en el nuevo programa sindical la prueba de que las organizaciones obreras estaban definitivamente conquistadas por el socialismo parlamentario y comprendiendo al mismo tiempo que los sindicatos constituían una fuerza que era pueril desdeñar, proyectaron reunir a todos los sindicatos en una asociación nacional.

En realidad una unión general de los sindicatos era necesaria, porque era cierto que las diversas instituciones creadas por las uniones, habían decepcionado un tanto las esperanzas de sus fundadores. En verdad, la ignorancia de las formas de organización y del funcionamiento de estas instituciones, que variaban según los lugares en que habían surgido y según los resultados obtenidos, e incluso por fin la propia existencia de aquéllas, impedían a los sindicatos obtener todo el provecho posible de sus experiencias, provocaba la creación de servicios inútiles o rechazables, o retrasaba la de aquellos otros servicios reconocidos como excelentes. En resumen, se originaba una dispersión considerable de fuerza y los sindicatos,

aun considerando que su propio esfuerzo favorecía incluso más el objetivo socialista de lo que pudiera hacerlo el Partido obrero, se mostraban incapaces de adquirir la solidez imprescindible para multiplicar su energía. Guiados por la idea general de la libre asociación y de la iniciativa individual, ignoraban los resultados adquiridos y se veían amenazados con quedar bloqueados sobre el camino ya recorrido. Solamente la unión federativa podía hacerles recobrar su original ardor.

Sin embargo, la nueva federación no confirmó las esperanzas de los trabajadores, ni tampoco las de sus fundadores. ¿Y por qué? Porque en vez de ser una unión corporativa fue desde su inicio una máquina de guerra puesta al servicio del *Parti ouvrier français* para facilitar el éxito de la acción electoral en la que se hallaba empeñado. Concebida y dirigida por hombres que tendían, no a establecer paciente y silenciosamente una serie de instituciones económicas socialistas, con el fin de eliminar mecánicamente las instituciones capitalistas correspondientes, sino a aportar al movimiento político en fase decreciente un importante tributo, la nueva federación se dio un programa elemental.

El fin de la Federación -dice su Declaración de Principios¹⁵- es alcanzar la liberación de todos aquellos que trabajan, mantener de modo más eficaz la lucha entre los intereses de los patronos y de los trabajadores, y reanimar las energías de estos últimos abriendo un frente de resistencia más amplio. Esta era una declaración bastante vaga, pero este defecto tenía como causa la ignorancia económica de los administradores de la Federación (los cuales por lo menos pudieron parafrasear la parte económica del *Parti ouvrier*), más que su desprecio por la acción corporativa o su deseo exclusivo de hacer entrar a escondidas en el *partido* a las masas realmente obreras.

Las funciones de la Federación no quedaron mejor precisadas. De las tres comisiones que debían formar el consejo nacional, una de ellas, la comisión de propaganda, encargada *de todo lo que podía dar a conocer la Federación y su cometido*, no funcionó nunca. La misión de la segunda era la de publicar un boletín mensual: este boletín jamás publicó una estadística, ni presentó ningún plano de organización o de acción. La tercera comisión, llamada *de estadística*, debía recoger todos los documentos útiles sobre la producción francesa y sobre la extranjera, aclarar el precio de costo de las materias primas, indicar el precio de venta de las materias elaboradas y calcular, teniendo en cuenta los precios de producción, los beneficios obtenidos por el capital; hacer asimismo el cálculo comparativo para cada localidad, entre salarios y bienes de consumo, y dar a conocer luego la diferencia entre el salario recibido y el salario realmente necesario. ¿Qué misiones competía a esta comisión? ¿Cuáles de ellas llevó a efecto? En este sentido debemos confesar nuestra ignorancia, pero el hecho es que, como hemos dicho, el boletín de la Federación, principal instrumento de publicidad de que disponía el consejo federal, no ofreció jamás a los sindicatos la menor información económica. En fin, en lo concerniente a los objetivos, los estatutos dicen que las organizaciones adheridas tienen la responsabilidad de fijar sus objetivos, quedando solamente obligadas a informar al consejo nacional sobre la decisión tomada, en previsión de que *si la caja lo permitía* se pudieran tomar las medidas necesarias para asegurar el éxito de la acción emprendida. Pero la caja no lo permitía nunca.

La *Fédération des Syndicats et groupes corporatifs de France* no sólo carecía de un programa. Le faltó también durante toda su breve existencia un modo de organización susceptible de suplir la insuficiencia de sus defectos estructurales. Nunca pudo crear entre ella y los sindicatos que la componían, uniones locales o regionales que, en relación directa con los sindicatos y en buena posición para conocer y formular cuanto fuera necesario acerca de los recursos y necesidades de la vida obrera local, le permitiera acometer una parte de los objetivos que le encomendara el congreso de Lyon. En consecuencia, la federación había estado siempre sin medios ante un

¹⁵ Véase, *Les Congrès Ouvriers*, de León de Seilhac.

cometido gigante, y ante la realidad de un organismo central débil, que pretendía administrar una nación sin ayuda de instancias o asambleas intermedias.

Finalmente, ni sus propios congresos aportaron nunca a las organizaciones corporativas el menor progreso. Por una parte la unidad sindical, a causa de su aislamiento y su falta de informaciones sobre los servicios instituidos por cada una de aquéllas, estaba condenada, sin merecer el menor reproche, a reproducir siempre las mismas reivindicaciones y a reclamar constantemente el estudio de problemas cien veces resueltos. Por otra parte, los miembros de los consejos nacionales (los cuales en situación de obtener de la correspondencia recibida información sobre las tendencias económicas de los sindicatos, hubieran podido imprimir un impulso de renovación a los congresos corporativos y hacerlos receptivos al desarrollo de las líneas asociativas), esos consejos, decimos, no teniendo ninguna confianza en la eficacia de la acción sindical, no se preocuparon en ningún momento de estudiar qué pudiera hacerse para reforzar los sindicatos. En fin, los congresos de la federación, organizados siempre en el mismo sitio y al mismo tiempo que se desarrollaban los congresos políticos del *Parti ouvrier français*, dirigido, además, por los mismos líderes, no tenían otro objetivo que aumentar la notoriedad del citado partido haciendo creer que los sindicatos representados se adherían al mismo. De aquí el hecho de que estas reuniones federales anuales se ocuparon casi exclusivamente de temas ya inscritos en el programa del Partido obrero y se limitaban a confirmar las resoluciones simples que éste había adoptado.

Por ello la *Fédération des Syndicats* estaba condenada a la disolución. Dos circunstancias aceleraron su fin.

El mismo año en que se constituía la Federación nacía la *Bourse du Travail de Paris* (Bolsa del Trabajo de París). El nombre de *Bolsa del Trabajo* deja traslucir claramente el carácter de la nueva institución. El Consejo Municipal había declarado¹⁶: La experiencia de las cámaras sindicales será siempre precaria porque los límites que éstas imponen mantendrán siempre alejados a la mayoría de los trabajadores. Por esta razón es necesario que dispongamos de locales y de oficinas a los que todos puedan venir sin el temor de tener que sacrificar tiempo o dinero por encima de sus propios recursos. La libertad y situación de disponibilidad permanente de las salas de reuniones consentirá a los trabajadores discutir con mayor madurez y precisión las múltiples cuestiones que interesan a su industria e influirán sobre su salario. Dispondrán los trabajadores para orientarse y esclarecerse, de todos los medios de información y de correspondencia, así como los elementos aportados por la estadística, una biblioteca económica, industrial y comercial, el movimiento de producción de cada industria, no sólo en Francia sino en el mundo entero.

De esta forma la Bolsa del Trabajo, centro de reunión de las organizaciones obreras, obtenía como primer resultado el de anudar entre sí relaciones sólidas y permanentes, cuya ausencia había constituido hasta entonces el obstáculo insuperable para su desarrollo y eficacia. Gracias a la Bolsa del Trabajo los sindicatos podían unirse, primero por profesiones similares para la conservación y defensa de sus intereses profesionales, para estudiar los recursos específicos de su industria, la duración del trabajo y la situación de los salarios (en el caso de que la duración de aquél fuera excesiva y éstos irrisorios), e investigar la proporción en que una reducción del trabajo aumentaría el valor de su fuerza productiva. Por otra parte la nueva situación permitía federarse sin distinción a los sindicatos, evidenciar los datos fundamentales del problema económico, estudiar el mecanismo de cambio, buscar en resumen en el actual sistema social, los elementos de un sistema nuevo y al mismo tiempo, evitar los esfuerzos incoherentes realizados hasta entonces y que habían acabado por dejar a los trabajadores indefensos ante los poderes políticos, financieros y morales del capital.

¹⁶ 5 de noviembre de 1886, según informa Mesureur.

La Bolsa del Trabajo legitimaba por tanto las más brillantes esperanzas y nadie dudaba de que aportaba una auténtica revolución en el ambiente de la economía sindical, pero ¿qué ambiciones no podían fundarse al ver aparecer las Bolsas del Trabajo en Béziers, Montpellier, Sette, Lyon, Marsella, Saint-Etienne, Nimes, Toulouse, Burdeos, Toulón, Cholet?

Además de correr a su cargo el servicio fundamental de colocación de los obreros, todas estas Bolsas del Trabajo habían constituido bibliotecas, organizado cursos profesionales, económicos, científicos y técnicos, servicios de asistencia a los compañeros en viaje. En fin, habían permitido con su lanzamiento la supresión de servicios en los sindicatos, los cuales, necesarios debido al aislamiento de aquéllos, se hacían ahora superfluos al aparecer unos servicios y una administración comunes. Contribuyeron las Bolsas a coordinar las reivindicaciones, casi siempre incoherentes y tal vez también contradictorias, establecidas por grupos corporativos sobre la base de datos económicos insuficientes. En menos de seis años habían asumido cada una de las Bolsas en su ámbito, un cometido cuyo alcance, importancia y oportunidad había escapado sin embargo a la *Fédération des Syndicats*.

La idea de federar esas Bolsas del Trabajo era inevitable. En verdad, debemos reconocer que se trató de una iniciativa política antes que económica. Fue obra de algunos miembros de la Bolsa del Trabajo de París, los cuales, adheridos a grupos socialistas rivales del Partido obrero francés, se mostraban descontentos por el hecho de que aquella Federación de sindicatos estuviese en manos de ese Partido, y auspiciaban la creación de una organización adversaria que, asentada en París, se podría convertir en una criatura propia. La Bolsa del Trabajo de París patrocinó la idea, la presentó al congreso celebrado en Saint-Etienne el 7 de febrero de 1892 y obtuvo el acuerdo de la creación de la Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia.

A partir de este momento existieron dos organizaciones corporativas centrales. Mas la diferencia en sus recursos y sus medios de acción era considerable. Recordemos que la Federación de Sindicatos se resentía de dos taras: una el no ofrecer un programa ni una organización federalista susceptible de interesar por su contenido a los sindicatos; luego, la de ser una máquina política, es decir, aspirar a una función que dejaba fuera de las uniones corporativas a la inmensa mayoría de los operarios; por otra parte, los sindicatos, que asistían a los congresos de la Federación porque no había otros, parecían olvidar por completo su existencia el resto del año.

Por el contrario, la Federación de Bolsas del Trabajo poseía todos los elementos para lograr el éxito. Se trataba de uniones locales que unían al atractivo de la novedad, la ventaja de responder a una necesidad que se dejaba sentir y en la que la administración estaba personal y directamente interesada, la de desarrollar los sindicatos y hacer progresar los estudios económicos. En consecuencia, estas uniones no sólo podían contar con el apoyo de la unidad sindical, porque a su vez el Comité federal estaba cierto de hallar en las uniones una colaboración fecunda e incesante. Además, cualquier Bolsa del Trabajo, al disponer de recursos superiores a los que podían disponer los consejos locales de la Federación de Sindicatos, y al prohibirse cualquier acción política, se veía en cierto modo obligada a desarrollar sobre el terreno económico algunas iniciativas, por modestas que fuesen. Por su lado, el Comité federal, si quería legitimar su propia existencia, tenía que dar a conocer a todas las cámaras de trabajo los resultados obtenidos por cada una de ellas. A partir de este momento y debido a la emulación, fueron evidentes los progresos de las uniones sindicales adheridas a la nueva federación. Así las cosas, ¿cómo habría podido evitarse la disolución de la Federación de Sindicatos, a menos que se operase en ella una profunda transformación?

Tal disolución era inevitable: una causa aún más seria que la rivalidad ya expuesta, le dio el golpe mortal. Convencidas como estaban después de diez años de no haber obtenido por parte de los empleadores el respeto a sus derechos ni a sus intereses, escépticas en cuanto a la realización de sus programas económicos por parte del Parlamento, las asociaciones obreras,

al alcanzar el término de su evolución, buscaban incesantemente un medio de acción que, provisto de caracteres específicamente económicos dinamizara sobre todo la energía obrera. Liberándose, por así decirlo, de los políticos y fortalecidos por las importantes instituciones debidas a su propia iniciativa, aquéllas aspiraban a convertirse en los agentes de su propia emancipación. Ahora, el medio que se buscaba con obstinación, apareció súbitamente¹⁷ en septiembre de 1892 en el orden del día del congreso celebrado por la Federación de Sindicatos en Marsella.

Algunos días antes (4 de septiembre), las Bolsas del Trabajo de Saint-Nazaire y de Nantes ya habían hecho adoptar por parte de un congreso celebrado en Tours una resolución¹⁸ que proclamaba la necesidad, como medio de acción revolucionaria, de la huelga general, es decir de la paralización del trabajo en el mayor número posible de industrias y, sobre todo, en las industrias esenciales a la vida social. Se trataba de un medio puramente económico, que excluía la colaboración de los socialistas parlamentarios, de los cuales sólo se utilizaba el esfuerzo sostenido en el campo sindical, y por ello la huelga general tenía que corresponder necesariamente al secreto deseo de los grupos corporativos.

El ciudadano Briand comentó en el congreso de Marsella el proyecto de resolución ya adoptado en Tours y expuso las incomparables ventajas ofrecidas por la idea de la huelga general, tanto desde el punto de vista del desarrollo de la organización como para reanimar las energías individuales. Seducidas en cierto sentido, las asociaciones aclamaron con entusiasmo un medio de acción que se adaptaba a sus propios principios.

Esta decisión constituía la más grave manifestación pública del desacuerdo existente entre la táctica del Partido obrero y la de los sindicatos. No obstante, el Partido obrero francés, cuyo congreso seguía, como ya hemos dicho, las huellas del congreso de la Federación de Sindicatos, no le atribuyó excesiva importancia. Al no poder admitir -aunque menos de un año después se vieran obligados a hablar con amargura del camino emprendido por los sindicatos- que el proletariado juzgaba inútil cualquier llamamiento a los poderes públicos en el futuro, y convencido el Partido de que una advertencia *ex cathedra* sería suficiente para llevar de nuevo

¹⁷ Insistimos en estos términos, dado que aunque la idea de la huelga general era bastante conocida desde hacía mucho tiempo, ésta no había sido seriamente propagada entre la clase obrera, y el debate suscitado en 1892 en Tours y Marsella, representó para las agrupaciones sindicales una auténtica revelación.

¹⁸ Esta resolución estaba concebida en los siguientes términos: Considerando: Que la formidable organización social de que dispone la clase dirigente hace impotentes y vanas las tentativas de emancipación completa por la vía amistosa practicadas desde hace medio siglo por parte de la democracia socialista. Que existe entre el capital y el trabajo asalariado una oposición de intereses que la actual legislación, que se pretende liberal, no ha podido destruir. Que después de haber dirigido a los poderes públicos numerosos e inútiles llamamientos para obtener el derecho a la existencia, el partido socialista ha llegado a la certeza de que sólo la revolución podrá darnos la libertad económica y el bienestar material conforme a los principios más elementales del derecho natural. Que el pueblo no ha conquistado nunca ninguna ventaja por las revoluciones sangrientas, las cuales sólo han beneficiado a los agitadores y a la burguesía. Que en presencia, por otra parte, de la potencia militar puesta al servicio del capital, una insurrección a mano armada ofrecería solamente a las clases dirigentes una nueva ocasión para sofocar en sangre las reivindicaciones de los trabajadores. Que entre los medios pacíficos y legales inconscientemente acordados por el Partido obrero para hacer triunfar sus legítimas aspiraciones, no aparece ni uno capaz de asegurar la transformación económica y asegurar, sin posible reacción, el triunfo del Cuarto estado. Que este medio es la interrupción universal y simultánea de la fuerza productiva, es decir, la huelga general, la cual, aunque limitada a un periodo relativamente restringido, conducirá inevitablemente al Partido obrero al triunfo de las reivindicaciones formuladas en su programa. El congreso regional obrero del Oeste, reunido en Tours los días 3, 4 y 5 de septiembre de 1892, toma en consideración la propuesta de huelga general presentada por el ciudadano Fernand Pelloutier y declara procedente ir a una especial organización del Partido obrero francés, con el fin de llevar al congreso internacional de Zurich, en 1893, un proyecto completo de huelga universal. El autor de esta propuesta cree útil hacer notar que en 1894, es decir, dos años después del congreso de Tours se habían modificado algunos puntos y que hoy los mismos habrían rechazado diversos párrafos.

al carril político a los trabajadores por un instante desmandados, se limitó pura y simplemente a declarar utópica la idea de la huelga general.

Sin embargo, tanto en los grupos políticos como en el resto de las sociedades corporativas se soslayaba la aclaración de por qué se había producido semejante divergencia en un punto tan esencial. Si, como afirmaban los miembros del Partido obrero francés, las asociaciones obreras y la Federación de los sindicatos aceptaban no solamente su carácter profesional, sino también el espíritu político del partido, no había la menor duda de que en el próximo congreso (fijado para 1894 en Nantes) **no sería reconocido el error cometido** en Marsella y se abandonaría un medio de acción contrario a los principios del *Partido*. Mas si, por el contrario era cierto que la federación estaba animada de un espíritu nuevo, ésta mantendría su decisión y entonces se separarían sus destinos de los del Partido, o éste mismo se alejaría de la Federación. De cualquier modo la asociación obrera francesa había llegado a una etapa decisiva en su trayectoria.

Aproximadamente al mismo tiempo, las Bolsas del Trabajo reunidas en Toulouse decidían organizar en París durante el mes de junio de 1893, un congreso general de sindicatos. Retrasado en algunas jornadas por el conflicto surgido entre el gobierno y aquellos sindicatos parisinos que se negaban a reconocer la ley del 21 de marzo de 1884, el congreso no pudo reunirse hasta el día siguiente de la clausura de la Bolsa del Trabajo de París. El congreso supo comprender la importancia y la gravedad excepcional de este acto de fuerza y la irritación de los sindicatos contra el gobierno era tan viva que un entusiasmo aún mayor que el del año anterior acogió la propuesta de huelga general inscrita en el orden del día, y veinticuatro delegados llegaron a reclamar una inmediata declaración de huelga.

¿Era, pues, la prueba definitiva? No del todo, porque el voto del congreso podía ser considerado mero efecto de la cólera, del mismo modo que las manifestaciones podían ser producto de una momentánea fiebre de revuelta. Esta interpretación del voto era tanto más admisible desde el momento en que un reciente manifiesto, invitando a los sindicatos parisinos a abandonar en masa los lugares de trabajo, llevaba incluso la firma de los notables del Partido obrero francés, quienes sin embargo eran teóricamente opuestos a la suspensión general del trabajo.

Pero apenas concluido, el congreso había transmitido a la Federación de las Bolsas del Trabajo el encargo de reunir un nuevo congreso en Nantes al año siguiente. Como la Federación de Sindicatos había tomado el año anterior una resolución idéntica, las deliberaciones de los dos futuros congresos podían dar al proletariado informaciones precisas tanto sobre la importancia numérica de las dos federaciones rivales como en relación al estado de ánimo de los sindicatos obreros. La organización misma de estos congresos permitía una especie de previa auscultación de los sindicatos. La Bolsa del Trabajo de Nantes, considerando por completo superfluo la celebración de dos congresos y teniendo por el contrario en cuenta que el sentir general era favorable a una asamblea única, solicitó de ambas federaciones autorización para unir a todos los sindicatos. La Federación de Bolsas del Trabajo acordó sin dificultad tal autorización, pero tal como se esperaba la Federación de Sindicatos la rechazó obstinadamente, formulando amargas recriminaciones contra las *intenciones inevitables que se tenían de suprimir a la federación*, llegando incluso a acusar a la comisión de Nantes de traición al tiempo que, por otro lado, intentaba obtener de la Bolsa de Saint-Nazaire que ésta organizara el congreso de la federación (a lo que aquélla se negó). La Bolsa de Nantes, perseverando en sus propósitos cogió al toro por los cuernos y consultó a los sindicatos obreros. Dado que éstos aprobaron el proyecto, la Federación de sindicatos tuvo finalmente que dar el visto bueno a la iniciativa y aceptar el *VI Congreso Nacional de los Sindicatos de Francia*.

Se trataba de un envite un tanto duro, que hacía presagiar pruebas aún más difíciles. El Partido obrero francés lo comprendió bastante bien y esta vez celebró su propio congreso antes que el

congreso corporativo y repitió, sobre la huelga general, su opinión ya expresada hacía dos años, esperando de este modo influir en los miembros del congreso corporativo. ¡Vana esperanza! A pesar de la agria batalla que libró durante tres días el estado mayor de la Federación de Sindicatos, a pesar de los consejos de guerra celebrados al término de cada sesión entre Guesde y Lafargue por una parte, y Delcluze, Fouilland, Salambier, Jean Coulet, Raymond Lavigne, etc., por otra, representando estos últimos en el congreso corporativo el elemento trabajador del Partido obrero, a pesar de la incalificable denuncia de un delegado anarquista por parte de los primeros, los políticos sufrieron una derrota irreparable. El congreso rompió con todos: Federación de sindicatos, dirección del Partido obrero, reivindicaciones parlamentarias. **La ruptura con la teoría de la emancipación política fue tajante, podemos decir casi brutal, hasta el punto de que los jefes de la Federación de Sindicatos no tomaron ya parte en las últimas deliberaciones del congreso... su VI congreso.** Desaparecieron, llevándose con ellos el nombre de una asociación digna de mejor suerte, pero a partir de entonces relegada a los anales de la historia. La Federación de Bolsas del Trabajo continuó como única organización representativa.

CAPÍTULO CUARTO

CRÓNICA HISTÓRICA DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

Aunque de reciente creación, las Bolsas del Trabajo tienen un origen lejano. En el aspecto social tanto como en el resto del orden físico no se dan generaciones espontáneas, y las Bolsas del Trabajo obreras constituyen la más alta y definitiva aplicación de los consejos de grupo y de solidaridad dados treinta años antes al proletariado por la **Internacional**.

Políticamente las Bolsas del Trabajo existían ya hacía un siglo, es decir, el 2 de marzo de 1790, cuando un informe (hoy imposible de hallar) de De Corcelles promueve el proyecto. Sometido a examen por el departamento de los Trabajos públicos, el proyecto desaparece, como es costumbre, en los archivos nacionales, donde se enterraron tantos excelentes proyectos. Por espacio de cincuenta años el nombre de *Bolsa del Trabajo* desapareció del vocabulario. En 1845, De Molinari, redactor jefe del *Journal des Economistes*, reencontró -o tal vez la concibió- la idea de una Bolsa del Trabajo obrera sobre la base del modelo que De Corcelles había trazado en su famosa obra¹⁹ y para desarrollarla se puso en relación con las asociaciones populares y con los empresarios parisinos. ¿A qué se debe que ni unos ni otros aceptaran su idea? ¿Acaso les pareció a los empresarios capaz de comprometer el derecho de cualquier patrón a fijar por sí mismo y soberanamente el límite de los salarios? ¿La creyeron por su parte las asociaciones inconciliable con el desarrollo de la cooperación productiva a la que dedicaban casi por completo su esfuerzo? Sea como fuere, De Molinari, que había tropezado aquí con la indiferencia y por otra parte contra una evidente hostilidad, tuvo que aplazar primero y después (siete años más tarde intentaría publicar un periódico, el *Bulletin de la Bourse du Travail*) abandonar definitivamente el proyecto.

Sin embargo, en este período la cuestión de una Bolsa de los trabajadores halló cierto eco tanto en el Consejo municipal de París como en la Asamblea legislativa. En el Consejo municipal, Decoux, a la sazón prefecto de policía presentó (1848) un proyecto muy detallado. El 3 de febrero de 1851 el mismo Decoux, convertido en representante del pueblo sostenía lo siguiente

¹⁹ *Les Bourses du Travail*, vol. I.

en la Asamblea, en relación con la *Bolsa* de los valores: Poco importa que vuestros agitadores se paseen en un suntuoso palacio. Nosotros debemos acordar un modesto asilo, un lugar de reuniones para los trabajadores. ¡Vana súplica! Ni aquel día ni el siguiente obtuvo Decoux la institución que había solicitado.²⁰

Todavía transcurrieron veinticuatro años antes de que esta cuestión, ya tratada por el Consejo municipal de París, fuera de nuevo presentada. El 24 de febrero de 1875. En esta fecha se trataron dos interpelaciones, una relativa a la construcción en la Avenida Laumiere, de una amplia rotonda acristalada; la otra, la creación en la Rue de Flandre de una Bolsa del Trabajo, o cuando menos de un lugar cerrado y cubierto, a fin de proveer resguardo a los numerosos grupos obreros que se reúnen allí por la mañana para la contratación en los trabajos portuarios y otros. Estas dos reclamaciones, en fin, como ocurriera con la efectuada en otro tiempo por De Corcelles, cayó en el olvido de las Comisiones, y a ellas se reunieron en los años siguientes otras, inspiradas por el mismo espíritu. Todavía se necesitarían once años para que apareciese sobre las mesas de la oficina del Consejo municipal (5 nov. 1886) el siguiente informe debido a Measureur:

El Consejo, vistas las resoluciones propias relativas a la creación de una Bolsa del Trabajo, considera:

El Prefecto del Sena es invitado a negociar inmediatamente con la asistencia pública para el arrendamiento o adquisición del inmueble dicho de la Redoute y a someter al Consejo los resultados de esta gestión con el presupuesto para adecuación de dicho inmueble, al objeto de instalar en él una de las sucursales de la Cámara del Trabajo.

Siguiendo igualmente sobre el terreno de la libertad estipulada en los contratos, decía Measureur, vosotros tenéis el derecho, si no el deber, de permitir a los trabajadores los medios para luchar con armas iguales y legales con el capital. Sin la Cámara del Trabajo la existencia de las cámaras sindicales resultará siempre precaria, porque los resultados obtenidos por éstas distan de ser representativos de la gran mayoría de los obreros. Por esto es necesario, que tengamos locales y oficinas suficientes donde todos puedan acudir sin temor de tener que enfrentarse a sacrificios de tiempo y de dinero por encima de sus posibilidades. El libre uso y permanente disposición de las salas de reuniones permitirá a los trabajadores discutir con

²⁰ Esta propuesta *tendiente* a facilitar las relaciones entre propietarios, patronos y obreros, es presentada el 12 de junio de 1851 y estaba concebida de la manera siguiente: Artículo 1. En todas las comunas con una población de por lo menos 3.000 habitantes se crearán oficinas de información para los propietarios y patronos que deseen procurarse obreros, y para los obreros que quieran encontrar ocupación. Oficinas similares se crearán en comunas con población inferior a 3.000 habitantes si los consejos municipales lo juzgan útil para la agricultura y para las clases obreras de la localidad. Artículo 2. Estas oficinas sean instituidas bajo supervisión de comisiones especiales nombradas por los consejos municipales representados en el campo del comercio, de la industria y de la propiedad. Artículo 3. Estas comisiones procurado asimismo que en las comunas se abran registros en los que se hagan constar, en base a las categorías profesionales, las demandas de empleo, el nombre y la dirección de los obreros y asalariados, el nombre y domicilio de los patronos y propietarios, así como el empleo u ocupación ofrecidos. Artículo 4. En las ciudades con población superior a 20.000 habitantes se designarán uno o varios empleados (según la importancia de la ciudad) para atender los registros, que serán inspeccionados por uno de sus miembros. Estos empleados serán retribuidos con fondos municipales. Artículo 5. En las ciudades superiores a los 20.000, los registros serán atendidos por los secretarios de los sindicatos, con la ayuda y cooperación de los miembros de la Comisión especial de turno. Artículo 6. En las ciudades en que existan consejos municipales los miembros de los mismos formarán parte por derecho de la Comisión especial. Artículo 7. En París habrá una Comisión para circunscripciones y oficinas especiales para las industrias importantes. Un cuadro sumario del número de las inscripciones recibidas se transmitirá quincenalmente por los sindicatos al prefecto del Sena, para publicación de las mismas, en interés de la industria y de la clase obrera. Artículo 8. Las ordenanzas establecidas por las Comisiones especiales y adoptadas por los consejos municipales de las ciudades con una población de 100.000 habitantes o más, serán sometidos a la aprobación del ministro del Interior. Artículo 9. Un reglamento de administración pública determinará el modo de correspondencia entre las oficinas de información.

mayor madurez y precisión las múltiples cuestiones que afectan a su industria e influyen sobre sus salarios. Tendrán para informarse y esclarecerse todos los medios de información, de correspondencia, los elementos provistos por las estadísticas, una biblioteca industrial o comercial, el movimiento de producción de cada industria, no solamente en Francia, sino en el mundo entero. Tal vez entonces veremos consolidarse a las verdaderas representaciones del trabajo...

Esta vez la causa de la Bolsa del Trabajo por fin vencía y el 3 de febrero de 1887 el Consejo municipal ponía solemnemente en manos de los sindicatos parisinos el inmueble de la calle Jean-Jacques Rousseau, al cual más tarde debía unirse (1892) el palacio de la calle del Château-d'Eau.

Este es el origen aparente de las Bolsas del Trabajo, aunque hay que consignar que la iniciativa del Consejo municipal de París no fue imitada en ninguna otra parte, teniendo que organizarse primeramente los sindicatos de provincias como Bolsas del Trabajo libres, antes de poder obtener un mínimo de ... favores comunales. Las Bolsas del Trabajo tal como hoy existen, salvo el nombre, son muy anteriores a la inauguración del inmueble de la calle Jean-Jacques Rousseau. Los equivalentes de las mismas se pueden hallar en dos o tres federaciones obreras creadas por la [Internacional](#) y en la mayor parte de las uniones locales o regionales de los sindicatos que se constituirán después del Congreso obrero de Francia, celebrado en París en 1876. Cuando por fin los sindicatos socialistas aparten definitivamente de sus filas a algunos sindicatos mutualistas, los cuales gracias a una subvención gubernativa intentaron en 1886 (congreso de Lyon) un último esfuerzo para recobrar la dirección del movimiento obrero, se constituirán algunos sindicatos locales nuevos, tal vez departamentales, los cuales, provistos de servicios de colocación, de socorros en caso de paro y de huelga, de comisiones de estudios, etc., constituirán una prefiguración de las Bolsas del Trabajo.

Hemos expuesto los motivos que impidieron a la Federación Nacional de Sindicatos y los grupos corporativos obreros unir sus esfuerzos en torno al objetivo para el que la había creado el congreso de Lyon. Los principales fueron el error inexplicable que consistía en querer afiliarse directamente a una federación nacional que tenía la evidente necesidad, para gestionar convenientemente los propios intereses, de conservar federaciones lo más restringidas posibles: regionales, departamentales e incluso locales. De aquí la imposibilidad, debida a este error, en que se encuentra el Consejo nacional de la federación de ofrecer a los centenares de grupos obreros dispersos sobre el territorio el mínimo servicio.

Y en fin y sobre todo, la manifiesta intención de este Consejo de hacer de la Federación, no un instrumento de emancipación económica obteniendo exclusivamente sus medios del movimiento corporativo, sino un vivero de militantes guesdistas, interesados sobre todo por la acción parlamentaria, por la [conquista de los poderes públicos](#) y dispuestos a arrastrar a toda la clase obrera. Las uniones sindicales cuyos miembros no habían rechazado por completo la propaganda electoral, pero que consideraban que debía proibirse del sindicato, donde esta cuestión originaba disputas y disensiones, para confinarse en *círculos de estudios políticos*, prosiguieron por tanto su trabajo económico libres de cualquier tutela de *escuela* y reagruparon a los elementos que habían dado vida a las Cámaras del Trabajo de Lyon, de Nimes y de otras veinte ciudades.

En 1892 existían catorce Bolsas del Trabajo. El personal de élite que las administraba había tenido tiempo de comprobar en ocasiones cómo, faltando una unión entre ellas, su desarrollo material y moral se daba con excesiva lentitud. Efectivamente, en el aislamiento no podían utilizar su experiencia recíproca y en consecuencia se encontraban condenadas, bien a perder un tiempo precioso en tentativas que se consideraban irrealizables o imperfectas, o a desechar iniciativas que tal vez hubieran dado excelentes resultados. La idea de una federación nacional de las Bolsas del Trabajo no debía tardar mucho en surgir y vio la luz en febrero de 1892, en el

curso del primer congreso (Saint-Etienne), en el que se reunieron las Bolsas del Trabajo. Al mismo tiempo se venía elaborando el pacto federativo que dos años después (congreso de Nantes, 1894)²¹ debía sancionar la ruptura total y definitiva entre el partido socialista político y la organización socialista económica. Las Bolsas del Trabajo se declararon determinadas (declaración que no fue del todo platónica) a rechazar, bajo cualquier forma que se presentara, la ingerencia en su administración de las autoridades gubernativas y comunales.

A partir de ese momento el número y la importancia de las Bolsas del Trabajo se acrecienta con maravillosa rapidez. En junio de 1895 las federaciones contaban²² con 34 Bolsas del Trabajo y 606 sindicatos adheridos, y en 1896 con 46 Bolsas y 862 sindicatos. Este desarrollo pareció incluso inquietante al Comité federal porque las Bolsas del Trabajo le parecían constituidas sin poseer una fuerza sindical suficiente, lo que le exponía a una disolución o al embate de huelgas peligrosas, o también porque existiendo problemas momentáneos en las Bolsas del Trabajo de Rouen, Cholet y Burdeos, era de temer que este ejemplo se contagiara, de tal modo que la mayoría de ellas quedarán mortalmente afectadas. Por tanto el comité juzgó prudente, si no moderar el ardor organizativo de los militantes obreros, por lo menos reclamar su atención sobre la utilidad de extender a las circunscripciones administrativas (*arrondissements*) e incluso a un departamento entero, la propaganda hasta entonces circunscrita a las locales cercanas. **Dos o tres Bolsas por departamento**, escribía entonces justamente el Comité, **reagruparían de modo más rápido a los trabajadores y a cambio de menores esfuerzos que siete u ocho insuficientemente utilizadas y necesariamente débiles.**

Efectivamente, este consejo fue escuchado y, en los años sucesivos, al mismo tiempo que se registraba la creación de otras once nuevas Bolsas del Trabajo, el Comité federal aprendía que Rouen se había anexionado la mayor parte de los sindicatos del Sena inferior, que desde el norte se extiende hasta Dijón e incluso hasta Montceau-les-Mines, mientras Amiens abrigaba la ambición de federar a todos los sindicatos del Soma y Nimes, todos los del Gard y, sobre todo, a los sindicatos de los obreros agrícolas, y otros.

En la apertura del VII congreso, celebrado por la federación el 21 de septiembre de 1898 en Rennes, el comité anunció la asistencia de cincuenta y una Bolsas del Trabajo, con un total de 947 sindicatos. Y en el curso del año 1899, otras tres Bolsas del Trabajo con un total de 34 sindicatos vieron a aportar a la asociación federativa una colaboración especialmente preciosa, porque una de ellas administraba sobre todo intereses marítimos (todavía insuficientemente representados en las uniones corporativas) y porque las dos restantes eran de regiones diferentes, pero hostiles hasta entonces a la federación.

En breve, hacia el 31 de junio de 1900, es decir, hasta la víspera de la apertura del VII congreso (París, 5-8 septiembre) se podían contar cincuenta y siete Bolsas del Trabajo con un total de 1065 sindicatos, es decir, el 48 por ciento del número total de los sindicatos obreros industriales esparcidos por el territorio francés. De estas cincuenta y siete Bolsas del Trabajo, cuarenta y ocho formaban parte de la Federación y agrupaban a 870 sindicatos.²³

²¹ Véase el artículo de Felix Roussel, *Revue politique et parlementaire*, nov. 1898.

²² Declaraciones hechas en la prefectura del Sena, número de registro 2.012.

²³ El número de Bolsas del Trabajo aumentó sensiblemente en lo que quedaba del año. De ellas existen actualmente 614, de las cuales 65 pertenecen a la Federación. Véase los [Documentos complementarios](#); la situación en la fecha del 30 de junio de 1901. (Nota de Maurice Pelloutier).

CAPÍTULO QUINTO

CÓMO SE CREA UNA BOLSA DE TRABAJO

Hemos dicho que el cuarenta y ocho por ciento de los sindicatos obreros se reagruparon bajo la égida de las Bolsas del Trabajo. A pesar de su auténtico valor esta cifra sólo tendría un significado incompleto si no añadiéramos que, estando por necesidad subordinada la apertura de una Bolsa del Trabajo a la existencia en la localidad de sindicatos afines, con por la menos una cuarta parte de ellos inscritos en la carta sindical, no se reunían por aquel tiempo los requisitos exigidos. Debemos añadir también que allí donde existían sindicatos de este tipo, la constitución de las Bolsas del Trabajo dependía, además, de la unión preliminar entre los sindicatos. Estas indicaciones quieren subrayar que después de 1895, el desarrollo numérico de las Bolsas del Trabajo ha continuado expandiéndose hacia su punto culminante y que la creación de nuevas Bolsas del Trabajo debía verse precedida por la creación de nuevos sindicatos o por la extensión, tal vez exagerada, de la *jurisdicción* de algunas de las Bolsas existentes. Se podía concebir el brillante porvenir reservado a estos centros de reagrupación de los efectivos sindicales cuando digamos que al lado de los 250.000 obreros industriales ya federados, otros 100.000 (casi el remanente de los sindicatos franceses industriales) sólo esperaban la ocasión de tener su propia Bolsa del Trabajo o bien de afiliarse a las Bolsas del Trabajo vecinas.

El método empleado para crear una Bolsa del Trabajo difería según que los sindicatos de la localidad estuvieran aislados, o que por el contrario constituyeran una unión federativa.

En el primer caso, el secretario de uno de los sindicatos o cualquier otro adherido al sindicato, convocaba una asamblea plenaria de los sindicatos, o por lo menos de su consejo de administración, al objeto de exponer la utilidad de la Bolsa del Trabajo. *En la sociedad actual la Bolsa del Trabajo debía ser en primer lugar una asociación de resistencia. Asociaciones de resistencia contra las reducciones de trabajo, contra la prolongación excesiva de la duración del trabajo y también contra el aumento, o mejor dicho (dado que el mecanismo hace inevitable estos aumentos) contra un aumento exagerado del precio de los objetos de consumo.* La función inmediata de las Bolsas del Trabajo consiste en mantener lo más posible el equilibrio entre los precios pagados al trabajo y el precio de adquisición de los productos. Si la asamblea, después de informada acepta esta proposición, procede luego a nombrar una comisión compuesta por un representante por lo menos de cada una de las entidades reunidas y encargadas de realizar el proyecto.

Lo primero que estas comisiones deben estudiar es, por una parte, los gastos que se originarán y, por otra parte, los recursos con los cuales la futura Bolsa podrá contar.

Los servicios esenciales de una Bolsa del Trabajo son: la secretaría, la tesorería, los archivos y la biblioteca, la constitución y mantenimiento del registro general de desocupados y, eventualmente, la habilitación de una caja de socorro para los operarios de paso y para la enseñanza profesional. Pero es evidente que el número de estos servicios y su respectiva importancia están subordinados a los recursos de la institución. Algunas Bolsas los poseen todos, mientras otras sólo algunos. Aludimos aquí al caso de unas posibilidades financieras mínimas y suponiendo que la futura Bolsa del Trabajo no reciba alguna subvención comunal o departamental y funcione solamente gracias a las suscripciones de los adherentes de los sindicatos que están federados.

Entre los gastos indispensables nos encontramos sobre todo el arrendamiento del inmueble. Este inmueble comprende por lo menos: una sala para la secretaría, las reuniones del comité general y de la comisión ejecutiva, una sala para la biblioteca y los archivos y dos o tres para las reuniones sucesivas de los sindicatos. Los gastos del local pueden calcularse, en general, en 800 francos anuales.

Los gastos de iluminación y calefacción se aproximarán a los 300 francos. Viene luego el pago de los funcionarios de la Bolsa del Trabajo: secretario y tesorero. Algunas Bolsas del Trabajo no pagan salarios, y entonces aquéllos acuden dos o tres horas cada tarde para llevar las cuestiones corrientes, escribir la correspondencia, recibir las cuotas de los sindicatos y cuidarse del servicio de biblioteca. Otras Bolsas del Trabajo que utilizan funcionarios por ese mismo lapso de tiempo, les conceden una gratificación, proporcionada a la magnitud del trabajo, unas veces fijas y otras según las horas. En este segundo caso el total de la gratificación se eleva a cerca de 300 francos anuales para el secretario y a 200 francos para el tesorero. En fin, las Bolsas del Trabajo más ricas tienen un secretario permanente y emplean al tesorero tres horas diarias. El modo de pago más usual es entonces de un franco por hora de trabajo. El número de horas exigidas al secretario varía según la importancia del servicio; pero de cualquier modo, las percepciones salariales mensuales nunca son inferiores a 250 francos en las ciudades que tienen de 20.000 a 30.000 habitantes (salvo en algunas ciudades lejanas del sur), a 200 francos en las ciudades que llegan hasta 100.000 habitantes, o a ocho francos diarios en las ciudades superiores a 100.000 habitantes. El promedio salarial varía pues de 1800 a 2700 francos para el secretario y de 900 a 950 para el tesorero. Las funciones del secretario permanente son: expedir la correspondencia, redactar las actas del comité general (a cuyas sesiones ellos acuden como funcionarios, pero no como miembro deliberante), el cuidado del registro de los desocupados, la inscripción de la oferta y la demanda de empleo, y, en fin, el servicio de la biblioteca.

Otros gastos son los correspondientes a la oficina, que suelen ascender de 200 a 500 francos, y las adquisiciones de libros, que generalmente se cubren con un crédito mensual fijo. Las Bolsas del Trabajo suelen dividirse en cuatro categorías, en base a la importancia de la localidad y en general los gastos esenciales de las Bolsas del Trabajo alcanzan respectivamente (excluyendo los cursos profesionales) 1620, 2300, 5350 y 8700 francos.

Al comienzo, las Bolsas del Trabajo sólo podían contar al objeto de sufragar sus gastos, con sus propios recursos, es decir, los aportados por los sindicatos. Una Bolsa del Trabajo cuyos gastos alcanzan los 1600 francos, y que cuentan entre 700 y 900 adherentes repartidos en una quincena de sindicatos, puede fijar una cuota mensual a cada uno de sus adherentes de 20 a 30 céntimos, es decir, una media de 10 francos por sindicato, y conservar de este modo en sus relaciones con los poderes públicos y con los patronos la más completa independencia. No obstante, al agotar el número creciente de conflictos entre el trabajo y el capital las reservas de los sindicatos, las Bolsas del Trabajo se ven constreñidas a reclamar casi a diario de las comunas y de los departamentos subvenciones de las cuales hablaremos ahora.

Algunas Bolsas obtienen una subvención totalmente otorgada en dinero contante por medio del comité general o de la comisión municipal de finanzas. Otras reciben las subvenciones una parte al contado y otra en elementos diversos. En cuanto al alquiler del inmueble se adoptan tres procedimientos: a veces el arrendamiento viene a cargo de la administración de la Bolsa del Trabajo y la totalidad del alquiler lo paga la oficina de impuestos municipales, o bien la propia administración municipal. Con frecuencia la Bolsa del Trabajo se halla instalada en una propiedad comunal. Algunas municipalidades pagan sus gastos de calefacción, iluminación y oficinas, sobre la base de una factura presentada mensualmente por el consejo de administración de la Bolsa de Trabajo. Y, en fin, con la subvención aportada para el funcionamiento administrativo, la mayor parte de los municipios acuerdan créditos

extraordinarios para los servicios de colocación, adquisiciones de libros, de material para los cursos, etc.

La suma media a que ascienden las subvenciones en dinero o en materiales aportadas a las Bolsas del Trabajo de las cuatro categorías precedentes, varía de 900 a 20.000 francos, dependiendo la cantidad obtenida bastante menos de la densidad de la población que de la importancia del movimiento sindical y, sobre todo, de los sentimientos de la municipalidad en relación con las Bolsas del Trabajo. En general, las Bolsas consiguieron que las subvenciones se establecieran cada año y fueran abonadas, ya no mensualmente, sino trimestralmente.

Establecidas así las cosas y arrendado el local, la comisión redacta un borrador preliminar de los estatutos. Hecho esto, se convoca nuevamente la asamblea plenaria de los sindicatos adheridos y se le someten los resultados de su trabajo. Si los planes preliminares y los estatutos son aprobados, la asamblea nombra un comité general o consejo de administración, compuesto por cierto número de delegados de cada sindicato.

En este momento las funciones de la comisión han terminado. El comité general nombra a su vez y de su propio seno, una comisión ejecutiva encargada de llevar a cabo sus acuerdos y de elegir a los funcionarios. Tras esto y después de reclamar la subvención necesaria a su desarrollo ya no le queda a la nueva asociación más que atenerse a las formalidades prescritas por la ley del 12 de marzo de 1884.

Como ya hemos dicho, el modo de constituir la Bolsa difiere si ya existe entre los sindicatos de la localidad una unión federativa. En este caso el trabajo preparatorio se simplifica o, mejor, se suprime. Estas uniones poseen efectivamente, además de los estatutos, una dinámica, un local, un consejo, y funcionarios. ¿A qué se reduce entonces su trabajo? A tomar el nombre de Bolsa del Trabajo, por lo que obtendrá del municipio una ayuda financiera que anteriormente no podía esperar y que demuestra una vez más la complacencia con la cual consideran los sindicatos a la institución de las Bolsas del Trabajo. No obstante, es necesario poner de relieve que, a partir del día en que una federación local de sindicatos, subvencionada, se convierte de verdad en Cámara del Trabajo, sus estatutos y sus funcionarios cesan de ser al mismo tiempo los funcionarios y los estatutos de la Bolsa del Trabajo. Al tener los dos organismos ciertos intereses distintos, puede darse el caso de sindicatos dispuestos a adherirse a la Bolsa del Trabajo sin querer por ello entrar en la Federación, o de sindicatos que prefieran retirarse de la Federación sin abandonar la Bolsa del Trabajo. Esto sólo lo pueden hacer si la administración de la Bolsa del Trabajo es diferente de la perteneciente a la Federación.

CAPÍTULO SEXTO

LA ACTIVIDAD DE LA BOLSA DE TRABAJO

Los servicios creados por la Bolsa del Trabajo pueden subdividirse en cuatro clases:

1. *El servicio de socorro mutuo*, que comprende la colocación, el subsidio de desempleo, el socorro de viaje, o el socorro en caso de accidente.
2. *El servicio de enseñanza*, que comprende la biblioteca y la oficina de informaciones, el museo social, los cursos profesionales, los cursos de enseñanza general.

3. *El servicio de propaganda*, que comprende los servicios estadísticos y económicos preparatorios, la creación de sindicatos industriales, agrícolas y marítimos, de hogares del marino, de sociedades cooperativas, la reclamación de consejos de síndicos o inspectores.
4. *El servicio de resistencia*, en fin, que se ocupa del modo de organización de las huelgas y de la agitación contra los proyectos de ley para la acción económica.

Lo que importa en esta enumeración es la diversidad de servicios y la multiplicidad de requisitos a que ellos alcanzan. ¿Dónde y cómo reclutan las Bolsas del Trabajo a los hombres en posesión de los conocimientos específicos necesarios para la creación del socorro mutuo, de la experiencia pedagógica requerida para el control de los cursos, así como la capacidad administrativa y organizativa, indispensable para la propaganda? Los encuentran en su propio seno, entre los obreros manuales (pero obreros ávidos de saber y que no ahorran esfuerzos ni sacrificios para el triunfo de sus ideas y de sus empresas) que componen su administración. Sin duda, se encuentran habitualmente en ese comité general dos o tres empleados, representantes de su sindicato profesional. Mas, ¿qué representa esta cifra ínfima en relación con los veinte, treinta o cuarenta obreros que forman el resto del comité? Además (y salvo excepciones) ¿qué ayuda podían representar para la Cámara del Trabajo los hombres más solventes dedicados a descubrir, fuera de los secretos de los libros de contabilidad, el medio para desembarazar a sus patronos de la concurrencia de los vendedores ambulantes? En ocasiones se detecta también, aunque raramente, la presencia de personajes híbridos, sin profesión determinada, atraídos a la organización corporativa por la seducción que ejerce sobre cualquier individuo curioso por la psicología social, un movimiento que de forma evidente sacude el viejo edificio público y económico. Pero estas excepciones no invalidan la regla totalmente.

Porque nadie que no esté adherido al sindicato puede llevar a cabo una función administrativa en la Bolsa del Trabajo y nadie tampoco puede inscribirse si no ejerce efectivamente la profesión indicada. Por consiguiente son los obreros (obrerros de élite, cultivados por lecturas y también por medio de frecuentes controversias sobre los más variados problemas) quienes administran las Bolsas del Trabajo, controlan los cursos y dan vida a la biblioteca, fundan las asociaciones y organizan la resistencia contra la depresión económica.

¿Qué resultados se han obtenido? Antes de obtener una visión de las interesantes particularidades, vamos a ofrecer con ayuda de los estatutos de una de las Bolsas del Trabajo existentes, una idea general de estas instituciones:

La Bolsa del Trabajo (se trata en este caso de la de Saint-Etienne) está administrada por una delegación compuesta por dos miembros de cada sindicato. Las reuniones de todos estos delegados toman el nombre de *Administración general*. Después ésta se subdivide en tantas subcomisiones como exigen las necesidades del servicio. Actualmente estas comisiones son cinco, distribuidas como sigue:

1. Subcomisión administrativa, encargada del ejecutivo.
2. Subcomisión de control de las finanzas y de la estadística, encargada de verificar las cuentas, los datos estadísticos anuales y relativos a las colocaciones.
3. Subcomisión de control de los cursos profesionales. Esta comisión se encarga del control de los alumnos que siguen los cursos profesionales, de garantizar la regularidad y el buen funcionamiento de los mismos.

4. Subcomisión de propaganda. Esta comisión está encargada de recoger toda la información útil a los trabajadores para organizarse sindicalmente y ayudarlos en cualquier circunstancia para llevar a buen fin la acción emprendida. La información está a disposición de los interesados, incluidas las reuniones corporativas, cuando éstas lo reclaman.
5. Subcomisión de prensa y de biblioteca. Esta comisión tiene a su cargo la redacción del órgano oficial de la Bolsa. Es misión suya la clasificación de los textos oficiales y la de los artículos. Al mismo tiempo recibe la correspondencia relativa al periódico, así como las suscripciones al mismo. Además se encarga también de la adquisición y control de los libros de la biblioteca. Cuando lo juzga necesario la administración general nombra subcomisiones extra-administrativas... pero estas comisiones desaparecen una vez terminado el mandato recibido...

Dados estos datos generales podemos exponer el funcionamiento interno de algunos de estos servicios:

1.- SERVICIOS DE SOCORRO MUTUO

a) Colocación: Las Bolsas del Trabajo dedican un cuidado muy especial a la colocación de sus miembros. La oficina de colocación constituye, efectivamente, la primera y más importante de las ventajas que la agrupación federativa pueda ofrecer a los trabajadores, y representa un poderoso medio de reclutamiento. Como consecuencia de la inestabilidad de los empleos, las oficinas privadas de colocación, a las que hay que pagar, se convierten pronto en carga onerosa, hasta el punto de que muchos trabajadores, exasperados ante la idea de tener que deducir de sus futuros salarios, cada vez más reducidos, descuentos considerables, buscan ellos mismos el trabajo que les permitirá sobrevivir. Por otra parte se sabe (y la tribuna parlamentaria nos ha aportado pruebas fehacientes) que la práctica habitual de los empleadores consiste en facilitar los empleos más precarios, de modo que se multipliquen las visitas que el obrero se verá obligado a hacer a sus oficinas. Por tanto se comprende la solicitud con que el obrero desafortunado viene a la Bolsa del Trabajo, que le ofrece gratuitamente el deseado empleo, de tal modo que hombres a los que la ignorancia o la indiferencia habían mantenido alejados de los sindicatos, encuentran allí trabajo y un tipo de información cuya utilidad e interés ignoraban poco antes.

Por el contrario, es todavía muy elevado el número de patronos, comerciantes, industriales que ignoran o quieren ignorar el camino que conduce a las oficinas sindicales de colocación. Por otra parte, el parlamento vacila, no se sabe por qué, en hacer desaparecer, por extinción, las oficinas privadas de colocación. Por ello las Bolsas del Trabajo tuvieron en lo sucesivo que buscar los medios de inutilizar todas las oficinas de colocación extrañas a ellas mismas.

De tratarse sólo de la supresión de las oficinas privadas, el empeño hubiera sido relativamente fácil. Hubiera bastado con reclamar la creación, si no en su jurisdicción, sí al menos en las localidades en que se desarrollara cierta actividad, de oficinas municipales de colocación. Pero este medio presentaba por sí mismo un doble peligro. En primer lugar la posibilidad de una temible concurrencia, porque cualquier patrón que tuviera problemas con los sindicatos dejaría de frecuentar las oficinas de las Bolsas del Trabajo para reclamar en las municipales la mano de obra deseada. Por otro lado, las Bolsas del Trabajo que, como veremos más adelante, aspiran, conscientemente o no, a crear un Estado dentro de otro Estado, intentarían monopolizar cualquier servicio relativo al mejoramiento de la suerte de la clase obrera. Partiendo de esta primera consideración ellas combatían por tanto el servicio de colocación con el mismo ardor que ponían en combatir la libre colocación. En segundo lugar, la extensión de la colocación podía llegar finalmente a comprometer la existencia de las Bolsas del Trabajo o, cuando menos, a impedir la creación de otras nuevas. En efecto, fuera porque la gestión de las

oficinas municipales se encomendara a empleados de la ciudad, o bien como ocurría en ciertos sitios, a obreros sindicados, el buen funcionamiento de estas oficinas daría el pretexto a las municipalidades, para las cuales la razón de ser de las Bolsas del Trabajo es la colocación de los trabajadores, para rechazar la creación de otras nuevas. Entonces ¿qué les cabía hacer a las Bolsas del Trabajo? Unas se esforzaron (aquellas que se hallaban lejanas del centro) en organizar el servicio de colocación por correspondencia. Directamente, o a través de los sindicatos adheridos de las localidades vecinas, se pusieron en contacto con los obreros o patronos interesados. De este tipo era la de Nîmes, la cual eximía a sus corresponsales obreros de pagar el franqueo de las cartas. Las otras entraban en relación con sindicatos aislados, les animaban a crear su propio servicio de colocación, de modo que privaran a su municipio de cualquier pretexto para abrir una oficina de ese tipo. Finalmente, la colocación, no sólo se estudia entre Bolsas del Trabajo situadas en ocasiones a considerable distancia unas de otras²⁴, como las de Nantes y Angers o Tours, o las de Tours y París, etc., sino que además otras Bolsas del Trabajo se preocuparon, a partir de 1897, de completar todas las oficinas de colocación con un servicio central confiado al comité de la Federación.

Este sistema de colocación generalizado, extensible a toda Francia, es el que iba a ser creado por el Ministerio de Comercio, de acuerdo con el comité federal de las Cámaras del Trabajo, *La oficina nacional obrera de estadística y colocación* (tal es la denominación del más importante de los servicios de socorros mutuos instituidos por las Bolsas del Trabajo) se verá ampliamente estudiado después del *viaticum* del que deriva y del que constituye el complemento indispensable.

b) El subsidio de paro, después de haber gozado una veintena de años de gran boga, cae luego momentáneamente en el descrédito, debido a los inconvenientes que ello imponía a los sindicatos y tiende, después de la institución de las Bolsas del Trabajo, a recobrar su función privilegiada. Pero ya no se practica, como en el pasado, con la finalidad de socorro. **Las Bolsas del Trabajo rechazan ahora el mutualismo humillante y por otra parte ineficaz de los sindicatos de 1875, para adoptar el mutualismo proudhoniano. El subsidio de paro es considerado como el abono de un deber de solidaridad contraído entre los sindicatos y, sobre todo, como medio para sustraer a los desocupados a las ofertas del trabajo depreciado.**

Las cajas de parados de las Bolsas del Trabajo se sostienen por medio de subvenciones especiales o con descuentos sobre la base de las subvenciones normales, o bien por medio de suscripciones de los sindicatos y el producto de las colectas reunidas durante las fiestas o las reuniones corporativas. Por otra parte es necesario aclarar que las subvenciones acordadas con estos fines eran raras y que los municipios tenían una tendencia a suprimirlas... sin duda porque veían en ellas un medio de propaganda política que les parecía más oportuno reservarse para sí mismos. En 1896, por ejemplo, la Bolsa del Trabajo de Angers recibía una subvención de 2.000 francos, destinada principalmente a subsidios de socorro a los obreros sin trabajo. Esta suma, luego aumentada con el producto de algunas fiestas, le permitió distribuir 152 bonos de 5, 10, 15 e incluso 20 francos. Después se echaba mano de los recursos propios...

Brest creó una sociedad de socorros mutuos que agrupaba, en septiembre de 1898 a cerca de 300 miembros y había entregado posteriormente al 1º de mayo de 1896 (fecha de su fundación) 1,190.2 francos en socorros y subsidios. En el mismo lapso de tiempo los ingresos se elevaron a 1.231.50 francos. Los donativos, las subvenciones y suscripciones aportaron entonces 19,445.90 francos. Los depósitos situados en la Caja de Ahorros ascendían a 1,881.70 francos. Esta sociedad admitía miembros honorarios, pero no tenían derecho a intervenir en el

²⁴ El número de obreros colocados por las Bolsas del Trabajo se estima en poco más de las cuatro quintas partes del número de ofertas de empleo y en la mitad de la demanda. Una Bolsa del Trabajo, la de Marsella, llega a emplear en un año (1895) hasta 21.000 obreros, de ellos la mitad en empleos estables.

funcionamiento ni en la administración del servicio y solamente los adherentes al sindicato (un dato esencial a retener es que para formar parte de la sociedad es necesario pertenecer a sindicatos federados), tienen derecho a las ventajas de la asociación.

c) El *viáticum*, o ayuda a los obreros que van de paso. ¿Qué es el *viático*? Es un subsidio que permite al obrero que busca trabajo permanecer en una ciudad el tiempo necesario para visitar las fábricas y las oficinas de su profesión y (si no encuentra trabajo), trasladarse a una ciudad vecina.

El instituir subsidios para cambiar de domicilio cierto tiempo, no tenía otro objetivo que la guerra al vagabundaje y aportar una ayuda material y moral a los obreros -eran ya muy numerosos y luego lo han sido todavía más, en la medida en que el trabajo mecánico ha eliminado el trabajo manual- obligados a buscar una ciudad que les ofrezca una posibilidad de trabajo para sus brazos. El *viático*, era por esta razón, como el socorro de paro, una aplicación del estricto mutualismo de que hemos hablado. Solamente dos uniones profesionales, *La Sociedad general de sombrereros* y la *Federación de Trabajadores del Libro* al organizar el socorro de viaje, se habían preocupado de proteger a sus miembros provistos de trabajo contra la concurrencia de una mano de obra superabundante y, en consecuencia, desvalorizada, y asimismo contra la tentación de algunos miembros desocupados de trabajar por salarios interiores. En cuanto a las Bolsas del Trabajo, animadas por el mismo sentimiento, y dado que se veían visitadas todavía con más frecuencia, por cuanto que representaban para los viajeros en busca de trabajo referencias visibles desde cualquier punto del horizonte, se vieron obligadas, dados sus propios fines, a acudir en ayuda de los desocupados de paso y buscar en este ámbito recursos y remedios particulares.

Hagamos no obstante constar que, para evitar abusos, se aplicaba siempre una parte del *viático* en dinero y otra en especies. Angers daba 1.5 a los sindicados y 1.25 a los no sindicados, a condición, en lo que concierne a estos últimos, de asumir el compromiso de inscribirse en el sindicato en el curso de los seis meses siguientes a la percepción del socorro. En caso de inobservancia de este compromiso, en lo sucesivo le sería negado todo socorro. Por otra parte, un viajero sin trabajo no podía presentarse de nuevo en demanda de ayuda antes de transcurridos seis meses. Una parte del subsidio se le daba en forma de bonos para alojarse y alimentarse, válidos en un hotel con el que la Bolsa del Trabajo había establecido un acuerdo previo. En 1896 la Bolsa del Trabajo de Angers distribuyó 186 bonos que daban derecho a una comida, a una habitación para pernoctar y a un socorro en dinero por valor de 1.25 francos.

Saint-Etienne había obtenido de su municipio una subvención de 400 francos que convirtió en bonos para alojamiento y alimentación. Dijón entregaba dos francos y además dirigía al viajero al secretario del sindicato de su profesión. Niza consignaba dos bonos para alimentos, cuyo valor se cubría con una suscripción mensual de 1.25 francos para los inscritos.

Tal es la forma de socorro de paso generalmente adoptado por la Bolsa del Trabajo, estableciendo casi todas ellas, como hemos dicho un contrato con un hotelero de la ciudad para el albergue y la comida de los viajeros. Pero algunas, cuyo número tenderá a aumentar, previeron aprovechar la estancia del viajero para exponer los principios de la solidaridad económica y de la fuerza necesaria para llevar a cabo la transformación social. A este fin procedían a alojar a los mismos trabajadores, transformando con hamacas las salas de reuniones en dormitorios. A este tipo responde la Bolsa del Trabajo de Nantes. Hay una, la de Béziers, que llegó aún más lejos: no sólo albergaba a los viajeros, igual hombres que mujeres, destinando especialmente dos salas a estos efectos, sino que incluso ponía a disposición de las mujeres que preferían no ir al restaurante popular *La Fraternelle*, todo el aparato de cocina necesario para prepararse ellas mismas la comida.

A pesar de la excelente organización de cada uno de estos servicios, no dejaban de presentar en su conjunto una serie de inconvenientes, los cuales emergen a poco que se reflexione. En primer lugar las diferencias existentes entre unas Bolsas del Trabajo y otras Bolsas del Trabajo provocaban por parte de vagabundos profesionales -que aparecen, y así hemos de confesarlo, entre los trabajadores- recriminaciones, dirigidas con frecuencia y especialmente, contra los secretarios, que nada poseían. Se gritaba contra el egoísmo sindical, se llegaba a veces a la injuria. Cuando menos se difundían contra las Bolsas del Trabajo, a las cuales sus propios recursos imponían subsidios modestos, propósitos que tenían desagradables consecuencias. Por otra parte, no es posible ningún control sobre las visitas llevadas a cabo por los transeúntes. ¿Qué ocurría entonces? Que dado el gran número de Bolsas del Trabajo y de los sindicatos que concedían subsidios y la facilidad existente para procurarse direcciones, ello permitía a nómadas sin escrúpulo *permanecer en danza* sobre el camino desde abril a octubre todos los años. Finalmente, en el socorro a los no sindicados voluntarios (y lo eran casi todos, dado que pocas personas, incluso las que no tienen oficio, hallan graves impedimentos para sindicarse) se desperdiciaban recursos para la producción, en cuya transformación aquéllos no tenían ni tendrán nunca la menor contribución.

Todos estos hechos hicieron que el Comité federal de las Bolsas del Trabajo se decidiera a sustituir los diversos socorros provistos por cada una de las Bolsas del Trabajo por un *viático* colectivo, reservado para los adheridos al sindicato, regulado por los propios interesados y que suprimían en gran parte, ya que no en su totalidad, los inconvenientes del actual sistema.

La economía de este *viático* no tenía, a decir verdad, nada de original, pues hemos tomado un modelo de servicio similar a los ya existentes. Para tener derecho al socorro de viaje, cualquier adherente al sindicato debía llevar inscrito por lo menos tres meses, haber pagado regularmente sus cuotas, salvo en los casos de desocupación, de enfermedad debidamente certificada, o de servicio militar; no haber abandonado la localidad de residencia, salvo por falta de trabajo o por haber realizado uno de los actos de solidaridad previstos en los reglamentos particulares de los sindicatos. Si el haber prescindido de una Bolsa del Trabajo hacía presumir que el desocupado no carecía de recursos, entonces el subsidio se abonaba solamente por la distancia comprendida entre las dos Bolsas del Trabajo más próximas entre sí. Por tanto, el viajero que llegaba a Angers desde París recibía solamente la ayuda correspondiente a la distancia existente entre Tours y Angers. Al llegar aquél a una ciudad y una vez que el secretario del sindicato de su profesión le ponía en posesión de las direcciones de los talleres y fábricas, debía trasladarse a estos sitios de trabajo y su paso por los mismos debía confirmarse por uno de los adherentes al sindicato de la fábrica designado a estos efectos, o, en ausencia de obreros sindicados, por otros medios que se pudieran arbitrar. Bien entendido que cualquier transeúnte convicto de haber aceptado trabajo a un precio inferior a la tarifa sindical o en un taller puesto en el índice por el sindicato, perdía el derecho de subsidio.

En cuanto a la cuantía del subsidio, éste era de 2 francos para los primeros cuarenta kilómetros a partir de cualquier Bolsa visitada y de 75 céntimos por cada 20 kilómetros o fracción superior. La cuenta de los kilómetros se interrumpía al llegarse a una Bolsa o, en ausencia de ésta, cuando se llegaba a los 200 kilómetros. La percepción de una suma de 150 francos suspendía el derecho a la ayuda por un período de dieciocho meses, salvo el caso improbable en que, durante el tiempo necesario para reunir esta suma, el viajero no hubiera podido hallar ningún empleo.

Cada Bolsa administraba por sí misma la caja, sostenida por una cuota personal mensual de 10 céntimos, obligatoria de cada adherente al sindicato. A fin de trimestre el comité de la Federación sumaba las cantidades pagadas y establecía, al objeto de nivelar las cargas, la aportación correspondiente a cada una de las Bolsas del Trabajo.

Tal era la estructura del proyecto sometido en 1898 a estudio de las Bolsas del Trabajo, el cual todavía está por efectuar. Como ya hemos dicho por otra parte, esto no representa en líneas generales sino una combinación de servicios similares instituidos por la *Union des Travailleurs du Tour de France* y por *La Fédération des Travailleurs du Livre*. Pero lo que estas dos asociaciones no podían indicar, a causa de la desproporción existente entre el número de sus miembros (la primera contaba con 3.000, la segunda con 6.000) y el de los obreros afiliados a las Bolsas del Trabajo (250.000) era la cuantía de la contribución aportada y la de los subsidios y ayudas por los adheridos. Aunque esta cifra sea en definitiva casi similar en los tres casos, la del proyecto que estamos estudiando ha podido ser establecida solamente después de una encuesta y estudio llevado a cabo por el Comité federal de las Bolsas del Trabajo. La indagación realizada consistió en obtener por parte de las Bolsas del Trabajo el número de miembros de cada sindicato, y el porcentaje anual de desocupados de cada corporación. Ahora bien, el resultado evidenciado para toda Francia (con excepción de Argelia, dado que se daba aquí una situación especial por el aflujo de obreros nómadas) era de una proporción media del 15 por ciento en un período de 90 días al año. Por tanto, 15 desocupados que recibieran en el curso de tres meses, 2 francos de socorro mensual no agotarían los ingresos producidos por las aportaciones estatutarias de un centenar de obreros. De cada diez céntimos de la cuota sólo se emplearían 9. Este resultado ha sido después confirmado, en primer lugar por las tablas de la *Federación de los Trabajadores del Libro*, cuya tasa de gastos no ha sobrepasado en ningún caso mensualmente 0.85 francos por cabeza en relación con los adheridos al sindicato. En cuanto a los socorros de viajes concedidos por las Bolsas del Trabajo, su tasa media era de 0.87 francos por cada centenar de miembros.

¿Es todavía necesario señalar las ventajas ofrecidas por el *viático*? En primer lugar la posibilidad para las Bolsas del Trabajo de regularizar el itinerario de cada viajero. Además, porque el subsidio de viaje, al acordarse sólo si el viajero (salvo si obtenía un empleo) no volvía nunca sobre sus pasos-, permitía a las Bolsas del Trabajo mediante la publicación periódica (como veremos más adelante) de las condiciones del trabajo en el ámbito de su jurisdicción, indicar al visitante en qué dirección podría o no hallar un empleo. En segundo lugar esto asegura una seriedad en el control gracias al cual las Bolsas del Trabajo podían disuadir a los nómadas voluntarios. En este sentido el viaje dejará de ser una limosna o un premio a la mutua explotación de los proletarios y se convertirá en la ayuda, procurada a sí mismo por cuantos, adhiriéndose a un sindicato y contribuyendo a la alimentación de las cajas del *viático*, hayan demostrado la energía suficiente para resistir a la influencia de los empleadores. Por fin, la certeza por parte de los obreros no sindicados de hallar dentro de las asociaciones corporativas una ayuda seria en caso de desocupación, les llevará pronto a integrarse en ellas, con lo que se desarrollará de este modo la eficacia de manera incalculable. Si la experiencia que entonces se llevaba adelante justificaba realmente la esperanza de las Federaciones, tal vez un futuro congreso internacional de las Bolsas del Trabajo y asociaciones similares extenderá más allá de Francia la organización de la ayuda a los transeúntes...

d) La Oficina nacional obrera de estadística y de colocación. Los presupuestos de este organismo de estadística y colocación se hallan en las dos siguientes proposiciones adoptadas el 15 de septiembre de 1897 por el VI congreso celebrado en Toulouse. (Informe oficial p. 39):

1. Narbona y Carcassonne proponen que el Comité federal busque el medio para establecer la transferencia de las ayudas que permitan a los sindicatos el trasladarse de una ciudad a otra para procurarse un trabajo.
2. Nevers propone que se confeccione una estadística con las fluctuaciones del trabajo en cada una de las Bolsas del Trabajo, que sea enviada al Comité federal, el cual la dará a conocer por su parte a todas las Bolsas del Trabajo.

En el curso de la misma sesión Saint-Etienne ya había expresado el deseo, por una parte, de que se estableciera un servicio de estadística general para la colocación, de tal modo que cada Bolsa del Trabajo pudiera procurarse en las condiciones necesarias los operarios reclamados; por otra parte que cualquier inscrito, al presentarse en una Bolsa del Trabajo en búsqueda de colocación, pudiera encontrar una ayuda inmediata. [¿No sería bueno por esta razón, declaró un delegado, solidarizar a unas Bolsas del Trabajo con otras, de modo que a través del Comité federal se pudiera repartir el excedente de trabajadores de una localidad a aquella otra donde faltaran brazos? ...](#)

El congreso, tomado aquí de improviso, no tenía una idea clara de la forma que podía revestir la doble propuesta de Narbona y de Nevers. Se limitó por tanto a votar los dos órdenes del día presentados por estas Bolsas del Trabajo cuyo carácter vago demuestra suficientemente la indecisión de los delegados.

Sin embargo, se adoptaba el principio de la creación de la Oficina de estadística y colocación, y si el congreso sucesivo (VIII, Rennes, 1898) no abordaba ningún proyecto en este sentido, esto se debía a que en realidad no se queda complicar inútilmente la difícil misión de los delegados ni perjudicar la solución de la cuestión del *viaticum*. Pero la mejor prueba de que el Comité federal intentaba realizar el proyecto en el congreso de Toulouse está así íntimamente relacionado con el del subsidio de viaje, es que presentó el proyecto en un artículo de los estatutos mismos del *viaticum*, concebido de este modo:

[Todas las Bolsas del Trabajo deberán enviar una vez por semana, de acuerdo con una norma que establecerá el Comité federal, una estadística a cada sindicato... El conjunto de estas estadísticas, comunicado 40 horas después a todas las Bolsas del Trabajo permitirá orientar a los transeúntes hacia los sitios donde haya posibilidad de encontrar trabajo y alejarlos de aquéllos donde exista desocupación.](#)

Este artículo, a pesar de la imprecisión de los términos, contenía en germen todo lo que se realizará después con la *Oficina nacional de estadística y de colocación* que el Comité federal debía crear dos años más tarde y que comenzó hacia 1898 a ocuparse de su función específica.

La primera dificultad aparecida derivaba del carácter que el subsidio de viaje o *viaticum* debía tener, a fin de producir el máximo efecto útil. ¿Debía constituir una simple obra de filantropía? ¿Debía ser una especie de limosna (por otra parte fraterna) aportada por las profesiones exentas de desocupación y de los sindicatos en situación estable a los desafortunados cuya profesión, falta de habilidad, edad, u otras mil causas condenaban a buscarse periódicamente una ocupación? Si la respuesta era afirmativa, el *Comité federal de las Bolsas del Trabajo* no tenía que hacer más que adaptar a las organizaciones representadas los estatutos de los servicios del *viaticum* ya creados por la *Federación francesa de los Trabajadores del Libro*, por la *Unión de Trabajadores del Tour de Francia* y por la *Sociedad General de Sombrereros*.

En caso contrario, aparte de la seguridad creada por los mismos participantes contra las desocupaciones eventuales, ¿sería el medio para atenuar la concurrencia fratricida que, bajo presión de la necesidad se hacen entre sí los desocupados? También cabía preguntarse si serviría para regular en cierto modo el mercado económico permitiendo una confrontación casi inmediata de la oferta y de la demanda, de modo que pudiera evitarse la penuria de brazos, que si bien sirve de momento a los intereses de algunos, lesiona por el contrario los de las multitudes hambrientas; asimismo había que interrogarse si valdría para regular la superabundancia de brazos que contribuyó a la desproporción aparecida después de 1860 entre el precio del trabajo y el de las mercancías.

Estas eran las dos concepciones relativas al servicio decidido sucesivamente en los congresos de Toulouse y de Rennes.

Si las Bolsas del Trabajo no hubieran contado con algunos millares de adherentes, no hay duda que el Comité federal habría adoptado el primer sistema, muy elemental, contrastado durante mucho tiempo, que todos los años contribuía a proteger a centenares de personas contra la tentación de dejarse caer en las aceras de las calles para no tener que luchar contra un tipo de existencia precaria y miserable. Pero las Bolsas del Trabajo reagruparon a más de mil sindicatos, con un número aproximado de 250.000 obreros, es decir, el 65 por ciento de los inscritos en los sindicatos franceses. Con un número tan notable de trabajadores, el Comité federal debía por consiguiente obtener del proyectado servicio los mayores beneficios. Por tanto, al pronunciarse en favor del segundo sistema de asistencia, establece que el socorro de viaje debía completarse con una estadística del trabajo que indicara a los obreros los centros en los que la mano de obra estaba escasa y aquellos otros en que, por su exceso, había pocas posibilidades de hallar ocupación. Con este objeto las Bolsas del Trabajo fueron invitadas a hacer conocer semanalmente el número de empleos vacantes en cada uno de los oficios representados en las oficinas de aquéllas. Estas cifras serían luego sometidas en bloque a la atención del Comité en una lista, de la cual cada Bolsa del Trabajo recibiría en el curso de 24 horas una copia destinada a difundirse.

Se trataba sólo de un principio, pero este primer proyecto levantaba ya una objeción fundamental: si desde el momento en que algunos organismos bien estructurados a duras penas podían aportar con exactitud información mensual sobre las condiciones del mercado, mal cabía esperar que esta información pudiera recogerse cuatro veces al mes. El Comité se mostró lo suficientemente cauto como para no comprometerse en ese sentido. Manifestó sólo la esperanza de un éxito en este problema subrayando sobre todo que las Bolsas del Trabajo han impulsado en el pueblo el gusto por los estudios económicos y estadísticos, desconocidos antes de la aparición de aquéllas, y por tanto despreciados. Luego estimó que la perseverancia aportada en la ejecución de su proyecto había terminado por decidir a los hombres ya entusiasmados con el deseo de conocer su condición verdadera, a escribir la historia con cifras, es decir, a hacerla de este modo palpable para sí mismos y para el resto de la humanidad. Considerando en fin que los sindicatos y las Bolsas del Trabajo, que en definitiva no solamente tienen un interés limitado y retrospectivo en consultar las estadísticas, hasta ahora insuficientemente conocidas, una vez publicadas doquiera, tendrán, con la exactitud de la estadística publicada por la Federación, un triple interés:

1. Impedir, con la reglamentación del *viaje* de los obreros sin trabajo, el despilfarro de los fondos destinados a socorrerlos;
2. Prevenir la afluencia de los brazos disponibles, susceptibles de desvalorizar los salarios;
3. Obtener los trabajadores por sí mismos información lo bastante exacta, a fin de que los miembros de los sindicatos que quieran trasladarse lo hagan sin *verse obligados a emprender el viaje*, sino con pleno conocimiento de causa.

A lo que parece, el Comité tenía razones más que suficientes para confiar en el resultado de su empresa. Por otra parte, además, no pasaba día en que las Bolsas no tuvieran que consultarse unas a otras acerca de la situación del trabajo en cualquiera de las ramas de la actividad industrial. Esta relación era precisamente la que el Comité quería hacer permanente. Establecer un servicio de estadística era más conveniente que buscar la información en otra parte, conociéndose de antemano a quienes se ofrecían para el trabajo.

Una vez resuelta esta dificultad quedaba por conocer las condiciones en que se efectuaría el trabajo. En primer lugar y para alcanzar el objetivo previsto, era necesario dotar a las

indicaciones ofrecidas por las Bolsas del Trabajo de la máxima exactitud, de modo que el obrero de un pequeño taller mecánico, pongamos por ejemplo, supiese si el empleo anunciado como vacante en su profesión se relacionaba con instrumentos de cirugía o de óptica; por otro lado, también se necesitaba que las clasificaciones de los empleos fuesen lo bastante precisas como para evitar lamentables confusiones, especialmente cuando un oficio tiene, de acuerdo con las localidades, diferentes nombres, o cuando se trata de operarios adaptados a diversos trabajos, como el estuquista-pintor, el hojalatero o el especialista del zinc, etc. Otra dificultad era la de ofrecer una lista de oficios realmente representados en las Bolsas del Trabajo, y como el número de estos oficios y el de las propias Bolsas del Trabajo aumentaban cada día, es claro que el primer problema a resolver hubiera tenido que consistir en confeccionar una nomenclatura completa de los oficios, proveyéndose a todas las Bolsas del Trabajo de un ejemplar con la recomendación de designar siempre con precisión los empleos disponibles mediante una de las denominaciones comprendidas en esas nomenclaturas.

En segundo lugar las Bolsas del Trabajo habían llegado a alcanzar el número de 57 y era cuestión de saber de qué modo podía obrar el Comité para poder, en el espacio de 24 horas, resumir toda esa información sobre la situación de conjunto, hacer de este informe 57 ejemplares y remitirlos luego a las Bolsas del Trabajo.

Fiel a sus principios, convencido de que antes de pedir ayuda el hombre debe poner en acción todos los medios de que dispone, el Comité intentó llevar a cabo su programa valiéndose de los propios recursos personales, con el fin de que a pesar del exceso de informaciones transmitidas por las Bolsas del Trabajo en las que los sindicatos son numerosos, el cuadro de conjunto no asumiera nunca proporciones exageradas. Decidió, por consiguiente, que todos los oficios registrados estuvieran precedidos de un número, y que en vez de indicar los oficios, los casos particulares, sólo se indicaran en el cuadro general las cifras, permitiendo ello mediante la yuxtaposición de la nomenclatura y de la lista en la sala pública de cada Bolsa del Trabajo, una traducción inmediata.

De este modo se obtenían indicaciones de este tipo:

Lyon 57/9 78/59 148/17 312/3 522/24

En este cuadro la cifra superior indicaba el número de orden del oficio y la inferior el número de empleos disponibles.

Una vez llegadas al Comité las solicitudes particulares se hubiera debido establecer un cuadro-tipo. Pero, aunque esta operación no podía realizarla una sola persona, ella no era tal que excediera las posibilidades humanas, ni susceptible de exigir un tiempo superior al necesario para la expedición de las copias a las Bolsas del trabajo. Quedaba, en resumen, el problema de la preparación de esas cincuenta y siete copias.

Los recursos financieros de la Federación eran modestos y ésta no tenía autorizados gastos de imprenta. Se trataba de ver si con cualquier procedimiento autógrafo, un hombre podría preparar en pocas horas las 57 copias de que se ha hablado.

En este punto el Comité se vio obligado a reconocer su impotencia. En vano examinó el problema bajo todos los aspectos, imaginó otras numerosas combinaciones, pero le resultó imposible resolver la dificultad y tuvo que convenir que sólo gracias a la imprenta se podría tener en el tiempo deseado los ejemplares indispensables que, por otra parte, no se podrían encargar por la escasez de fondos.

El Comité se encontró pues en la alternativa de tener que abandonar su proyecto o de recurrir a la ayuda del Estado. Confiando en la utilidad de su empresa no vaciló en adoptar la segunda

solución y el 17 de noviembre de 1899 decide solicitar del Estado una subvención anual de 10.000 francos.

Esta demanda, se llevó a cabo en un momento en que un acontecimiento imprevisto hizo posible ampliar el primitivo programa del Comité y, a la vez, llevar a cabo mucho antes de lo previsto la creación de la *Oficina de Estadística y de Colocación*.

Preocupado por proporcionar ocupación a los millares de trabajadores en paro, acto seguido de la clausura de las tareas de la Exposición Universal, el gobierno había hecho indagaciones sobre los talleres o empresas públicas abiertas o destinadas a abrirse en 1900 en diversos puntos del territorio y sobre las condiciones del trabajo y de los salarios en que tales empresas habían reclutado su personal. Ahora bien, ¿cómo relacionar a los desocupados con estas empresas? Para esto se necesitaba un intermediario. El Ministerio de Obras Públicas ofreció esta función a la Federación de las Bolsas del Trabajo. Estas, viendo aquí un esbozo de la Oficina propiamente dicha, aceptó la oferta, no sin antes haber establecido previamente que solamente enviarían obreros allí donde la mano de obra local fuera realmente insuficiente y las condiciones de los salarios y la duración de la jornada laboral fueran iguales a los aceptados por los sindicatos regionales.

Este escrúpulo motivó el envío a las Bolsas del Trabajo de la siguiente circular:

Compañeros,

Adjunto os transmitimos un ejemplar del manifiesto en el que el Ministerio de Obras Públicas informa de los talleres actualmente accesibles a los obreros en este momento, es decir, cuando queden clausurados los talleres de la Exposición.

En este aspecto hemos tomado la precaución de informarnos de si los precios indicados en este manifiesto son cuando menos iguales a los salarios corrientes en la referida localidad, y también de si es cierto que se necesitan allí brazos, de modo que sea de necesidad enviarlos.

Os informamos igualmente que, por medio del desarrollo de la *Oficina de estadística* que acabamos de crear, os daremos a conocer a la mayor brevedad el nivel normal de salarios pagados a los obreros en cada uno de vuestros sindicatos. Esto nos permitirá establecer un fondo de datos para los obreros de cada ciudad y verificar, cuando se nos demande por nuestros adherentes, si el precio ofrecido es el habitual entre los inscritos en los sindicatos.

Una vez hechas las verificaciones se inicia la colocación de los obreros desocupados.

Con este fin los trabajadores llenaban un formulario de solicitud de empleo, el cual, recibido por la Federación y aceptado por los empresarios de la provincia, era transmitido al Ministerio de Obras Públicas, quien lo devolvía acompañado por un permiso de circulación a mitad de precio para la localidad donde el operario era dirigido.

Por desgracia, los interesados tenían que esperar por lo menos dos días antes de que el ministerio devolviera la carta. Esta lentitud en la oficialización de los permisos hacía que buen número de desocupados prefirieran no esperar y emprender el viaje a sus propias expensas antes que permanecer dos o tres días en París, con lo que los gastos no se habrían visto compensados por la reducción del 50 por ciento concedida por las compañías ferroviarias.

Añadamos, para completar el panorama, que hacia el mes de julio, muchos obreros se encontraban en la imposibilidad de hacer frente a todos los costos del viaje. Fue entonces que el Comité federal consideró oportuno hacer valer las palabras pronunciadas ante la Cámara de los diputados por el Presidente del Consejo de Ministros y reclamar la atención del gobierno

sobre la situación de estos obreros y sobre la misión de la Oficina, solicitando que se les concediesen algunas sumas por un total de 1.400 francos.

Mientras llegaba a funcionar este servicio complementario, la Dirección de Trabajo, anexa al Ministerio de Comercio invitaba al Comité federal a precisar, en forma reglamentaria, el funcionamiento de la *Oficina de Estadística y colocación*. Fue en esta ocasión cuando el Comité redactó los estatutos²⁵ que fueron publicados en *Le Travailleur syndiqué* de Montpellier (junio de 1900) y que, tras indicar la formalidad requerida todas las semanas a cada una de las Bolsas del Trabajo para la compilación de la lista general y su envío, especificaban las tres condiciones pedidas por el gobierno para prestar su ayuda.

En resumen, el 5 de julio, y a consecuencia de las declaraciones hechas el 1º de junio en la Cámara por el ministro de Comercio²⁶, el gobierno acordaba conceder a la Federación de las Bolsas del Trabajo una subvención de 5.000 francos²⁷ para el segundo semestre de 1900.

Inmediatamente el Comité federal informaba en los siguientes términos a las Bolsas del Trabajo de los detalles propuestos en relación con el nuevo servicio:

Compañero,

El reglamento de la *Oficina de estadística y colocación*, publicado en *Le Travailleur syndiqué* (junio de 1900), órgano de la Bolsa del Trabajo de Montpellier, ha indicado cómo funcionará este nuevo servicio de la federación de Bolsas del Trabajo.

Sabéis que la misión de la *Oficina* es la de hacer semanalmente la estadística de los puestos disponibles en la jurisdicción de las Bolsas del Trabajo, debiéndose entender que la expresión de *puestos disponibles* señala a aquellos empleos que por una u otra razón no han podido ser ocupados por obreros desocupados de la localidad, o para cuya ocupación no hay ningún empleado disponible.

Tal estadística se redacta de la siguiente manera: el miércoles de cada semana, todas las Bolsas del Trabajo redactan y dirigen a la *Oficina* un escrito indicando el número de los empleos vacantes de que se tiene conocimiento en cada una de las profesiones federadas, añadiéndose, en la posible, el valor de los salarios. Ahora bien, con el fin de evitar una enumeración demasiado larga, todas las Bolsas del Trabajo indican en este escrito no el oficio, sino el número de orden que se le ha asignado en la nomenclatura, de la cual hallará, unida a esta carta, un ejemplar en cualquiera de las Bolsas del Trabajo. Ejemplo: están disponibles: un puesto de tendero, remunerado con cuatro francos; 3 de picapedreros, uno de ellos con 3 francos y 2 con 3.50 francos, y en fin un hojalatero con 5 francos. El secretario de la Bolsa del Trabajo pondrá su escrito de la forma que se indica.

Aquí las cifras superiores indican el número de puestos, las inferiores las correspondientes a las nomenclaturas, 1/27 (4 francos) 3/380 (1 a 3 francos, 2 a 3.50 francos) 1/273 (5 francos).

²⁵ Véanse los Documentos complementarios, en el Apéndice de esta edición virtual.

²⁶ El gobierno se comprometía a procurar permanente y metódicamente los estudios relativos a la apertura de trabajos por parte del Estado, de los departamentos y de las comunas, es decir, a lograr que a la clausura de un taller siguiera la apertura de uno nuevo, de manera que los obreros desocupados, en lugar de verse obligados a entrar en concurrencia con sus compañeros de la industria privada, encontraran rápidamente una nueva actividad. Esto permitía, entre otras cosas *agilizar lo más posible los préstamos que los departamentos y las comunas creyeran conveniente contratar para la ejecución de sus trabajos. Si esta promesa no se mantenía ciertamente no se resolvía el problema de la desocupación, atenuándose sólo ciertas crisis.*

²⁷ A cuenta del crédito asignado a las cooperativas de producción (Nota de Maurice Pelloutier).

Cuando el cuadro que reproduce todos los escritos individuales sea fijado en las Bolsas del Trabajo *junto a las nomenclaturas*, los desocupados que consulten el cuadro, para conocer los empleos indicados en las cifras superiores, sólo tendrán que consultar la serie en la nomenclatura.

Hay un punto en el que insistimos especialmente: las indicaciones de los empleados, para resultar útiles, deberán ser la más recientes posibles. Para esto es necesario, por un lado, que los secretarios de las Bolsas del Trabajo procuren ser informados por los secretarios de los sindicatos en el último momento, es decir, el miércoles, todo lo más el martes por la tarde; por otro lado, que la lista dirigida a la *Oficina* con la correspondencia del miércoles por la tarde, esté en condiciones en la jornada del jueves de componer el cuadro general y llevarlo a la imprenta. Por tanto, compañeros secretarios, os rogamos que nos enviéis vuestros primeros datos el próximo miércoles, para continuar asimismo los siguientes miércoles.

Para concluir recordamos también a las Bolsas del Trabajo la importancia que tendrá la exactitud en esta estadística permanente. El gobierno, la Cámara de diputados, la prensa, la han comprendido plenamente. Los augurios de éxito y la ayuda financiera que han dispensado a la Federación nos obliga a todos, secretarios de las Bolsas de Trabajo y miembros del Comité federal, a poner el máximo interés al objeto de probar que las Bolsas del Trabajo son capaces de crear el mercado nacional del Trabajo.

Por fin, el 9 de agosto las Bolsas del Trabajo recibían el primero de los cuadros generales de los empleos vacantes, los cuales aparecieron ya regularmente después de aquella fecha.²⁸

Debemos añadir que, a fin de ampliar el radio de sus informaciones, así como para facilitar el cometido de las Bolsas, la Oficina invitaba al poco tiempo, por una parte a los prefectos y a los sindicatos, y por otra a los industriales y empresarios de su jurisdicción, a informar a los primeros, *del número de obreros necesarios en cada profesión, la cuantía de los salarios, la duración de la jornada laboral y los períodos en que tenían que empezar y concluir los trabajos*; y a los segundos *del número de obreros que necesitarían, así como la duración aproximada de los trabajos*.

Las respuestas que recibamos de acuerdo con esta circular -escribía a las Bolsas del Trabajo el secretario de la Oficina- serán transmitidas a las Bolsas del Trabajo o a las organizaciones obreras más directamente interesadas, en el sentido de que si nos llega por parte de cualquier localidad la demanda de cierto número de operarios, enviaremos inmediatamente aviso a la Bolsa del Trabajo o las organizaciones más próximas a la localidad en cuestión, las informaciones recibidas, con el encargo para tales Bolsas u organizaciones, de hacer inmediatamente todo lo necesario o indicarnos si procede avisar a otras Bolsas del trabajo.

Este fue el objetivo confiado al Comité federal, confirmado en septiembre de 1900 en el congreso de París.

Antes de llegar a conclusiones damos algunos datos sobre la situación, realmente no demasiado brillante, de la *Oficina de estadística y colocación*.

²⁸ Sería interesante conocer el número de operarios colocados por la *Oficina*, pero tal conocimiento es imposible. En Francia, las Bolsas del Trabajo proveen al obrero que envían a un patrón de un impreso, el cual, reenviado por una de las partes al gerente de colocación, debería informar de si ha habido acuerdo entre el patrón y obrero. Pero los gerentes recibían esta comunicación muy irregularmente. Se podrá objetar que el obrero o el patrón se preocupan poco de adquirir un sello de cinco céntimos para este envío. Pero lo mismo ocurre en las Bolsas del Trabajo de Bélgica, aunque allí *el aviso sólo consiste en una cartulina postal, debidamente franqueada y que contiene la siguiente mención: Si o No.* (Nota de Maurice Pelloutier).

El cuadro indicado señala las primeras previsiones del Comité federal, como las que figuran en el proyecto de Balance anual adjunto al informe presentado al congreso.

De estas previsiones desarrolladas ampliamente por el Comité federal, fiando en las promesas de ayuda recibidas, a fin de dotar a los secretarios de las Bolsas del Trabajo de una indemnización anual por el trabajo suplementario que se verían obligados a hacer para registrar todas las semanas los empleos disponibles en su jurisdicción, de estas previsiones, decimos, hasta entonces sólo se realizó una: la contribución por parte del Estado. Además de que esta contribución sería verosímilmente inferior, en 1901, a la cifra de 10.000 francos considerada indispensable para hacer funcionar la Oficina con la amplitud requerida por sus nuevos cometidos, y el Comité federal tendría que defender enérgicamente la causa de una operación cuya utilidad primordial no había sido suficientemente comprendida por los espíritus.

Ingresos	Francos	Gastos	Francos
Subvención del Estado	10000	Empleados permanentes	3600
Subvención del Consejo municipal de París	2100	Empleados adjuntos (dos días semanales)	800
Subvención de las municipalidades departamentales (60 francos por término medio, anualmente a cada Bolsa de Trabajo)	2820 ²⁹	Impresión del cuadro general	4600
		Envío del mismo	400
		Correspondencia (3500 cartas)	500
		Administración y gastos de oficina	300
		Indemnización anual a los secretarios de las B. de T. federadas	4700 ³⁰
		Excedente de ingresos	20
Total	14920	Total	14920

Sin embargo -y aquí viene nuestra conclusión- el Comité había tenido una visión certera de las funciones presentes y futuras de la *Oficina de estadística y colocación*; el fin propuesto no carecía de ambición (aunque por otra parte es necesario la gran energía y sacrificio que cabe esperar de todos y cada uno) y debía ser alcanzado. Sobre esto no hay duda. La crisis económica arroja cada día a miles de hombres a la calle y la situación de ignorancia en que se encuentra el país en cuanto a las oscilaciones de la oferta y la demanda condena a estos hombres a esperar sobre el terreno (pero, ¿con qué recursos?) a que la crisis amaine o a ponerse en camino sin meta alguna en busca de una ocupación lejana y problemática. Contra las crisis las organizaciones obreras están inermes: sólo la transformación económica hará imposible su repetición. No obstante, se pueden atenuar sus efectos llevando finalmente a cabo lo que, después de la Revolución todos los economistas sociales, todos los gobiernos democráticos, se propusieron efectuar: la creación del mercado de trabajo. y ya es tiempo de que los mercados locales constituidos por medio de los sindicatos y las Bolsas del Trabajo se vean completados por medio de un mercado nacional, y que los trabajadores marseleses que residan en Toulouse o en Nantes puedan saber cuándo y en qué condiciones pueda serles

²⁹ Las sumas más importantes obtenidas por las grandes Bolsas del Trabajo compensaban la indigencia de otras que eran consideradas con malos ojos por las municipalidades.

³⁰ Cifra que se puede mantener dado que se establece un equilibrio entre entradas y salidas solamente si las Bolsas del Trabajo convierten el capítulo tercero de las entradas (subvenciones de los consejos municipales) en una realidad.

ofrecido trabajo en un taller o fábrica de su ciudad natal. Ahora bien ¿hay alguien mejor calificado que las Bolsas del Trabajo para llevar a cabo este cometido?

Y esto no es todo. Las estadísticas de cualquier tipo, periódicas o no, que se vienen publicando por parte del gobierno o de la sociedad de economía política, tiene solamente interés para el economista, quien gracias a ellas formula los principios que resultan útiles a sus propios intereses, o al legislador, que si se inspira en ellos, (por otra parte superficialmente) lo hace para enmascarar la injusticia de los proyectos de ley sometidos a su examen. Por el contrario, la estadística permanente de la Oficina tendrá un interés práctico e inmediato: el de hacer conocer, en primer lugar a cualquier trabajador desocupado o deseoso de cambiar de lugar de trabajo, las indicaciones donde aparezcan los empleos adecuados a sus aptitudes y remunerados de acuerdo con las normas;³¹ también el hacer inmediatamente más homogénea la mano de obra disponible según las demandas de los obreros; y en fin el de ofrecer una posibilidad de éxito a los obreros en las huelgas, permitiéndoles hacer el vacío en torno a las zonas conflictivas.³²

e) Casos diversos. Para agotar la nomenclatura de los servicios de socorros mutuos creados por las Bolsas del Trabajo, nos bastará señalar algunos casos de socorro en caso de infortunio o enfermedad, y la tentativa realizada por el *sindicato de los sastres y cortadores* de Nîmes relativo a una caja de pensiones.

Mención especial merece hacerse en favor de la *Caisse de Solidarité* (Caja de Solidaridad) recientemente fundada por cierto número de sindicatos afiliados a la *Unión de los sindicatos del Sena*. Esta caja, a diferencia de las cajas de socorros mutuos, no impone a sus adherentes ninguna condición de edad o de salud, y no acepta miembros honorarios. No impone ninguna condición de edad o de salud porque sus fundadores tienen en cuenta que es precisamente en los límites de la vejez o cuando una debilidad congénita o adquirida disminuye la fuerza-trabajo, cuando los obreros tienen necesidad de socorrerse. Sin duda se hizo necesario elevar la cuota, superior a la de las sociedades de socorros mutuos. Pero es cosa equitativa que los fuertes presten a los débiles la misma asistencia que ellos mismos recibirán cuando la edad o la enfermedad les lleguen a su vez. Por otra parte no parece, contrariamente a la opinión que se profesa en la Sorbona, que los jóvenes vacilen en adherirse a esta caja. La solidaridad que existe entre nosotros presupone la utilidad.

Las ventajas ofrecidas por la *Caja de Solidaridad* son las siguientes: el socorro en caso de enfermedad, el socorro trimestral a los soldados (testimonio de una solidaridad inédita y en el que la asociación confía mucho para impedir que sus miembros incorporados al ejército renieguen de los lazos que les unen al taller y al trabajo), el socorro a los reservistas y territoriales, el socorro a las mujeres de asociados muertos y a las mujeres encinta (hay que decir que no se establecía ninguna distinción entre la compañera *legítima* y la *ilegítima*), y en fin el crédito gratuito, con la única garantía del sindicato del que forma parte el solicitante. El derecho de admisión se fijó en 2 francos y la contribución mensual era de 1.50 francos: el socorro de enfermedad es de 2 francos al día durante 30 días, a condición de que la enfermedad dure más de seis días y que comporte la incapacidad absoluta de trabajar. La

³¹ Sin embargo, no se debe pensar que el número de las ofertas de empleo aumentará en las proporciones que a primera vista cabe esperar. Porque en realidad lo que la *Oficina de estadística* tiende a indicar no es el número total de puestos vacantes en todas las ciudades, sino el de los empleos que deja disponibles la mano de obra local. También es necesario indicar que el número de empleos vacantes disminuye a medida que se acerca el invierno, lo que se explica fácilmente: por un lado por el deseo temporal de estabilidad en parte de los trabajadores nómadas pocos meses antes y que vuelven a serio en la primavera; por otro lado con el aumento del número de desocupados. (Nota de Maurice Pelloutier).

³² Y de tal modo que la *Oficina* pudo, en junio de 1900, favorecer a los trabajadores de Le Havre, al demorar la admisión de demandas de trabajo hechas por esa ciudad.

mujer embarazada tiene derecho a un socorro cotidiano especial de 1.50 francos, *independientemente de la indemnización de 2 francos ya entregados por enfermedad*; la viuda, o en su defecto los hijos, los padres, los hermanos o hermanas, o el heredero testamentario de un miembro de la sociedad recibe 30 francos; el soldado en servicio activo, 5 francos al trimestre; el reservista y el territorial 1.50 al día; los préstamos son de 31 francos, reembolsables sin intereses, en entregas semanales mínimas de 3 francos.

Lo que diferencia los servicios de socorros mutuos de las Bolsas del Trabajo, de los servicios de la sociedad de socorros mutuos propiamente dicha es, por una parte, la supresión de cualquier condición de edad o salud, considerándose estos servicios no como medio de autoprotección contra los accidentes de la vida, sino como medio de resistencia, ya creemos haberlo afirmado, contra las depresiones económicas, que se traducen en largas jornadas de trabajo y en bajos salarios. Por otra parte está su limitación a los inscritos al sindicato, consecuencia del motivo precedente y de la luminosa consagración -porque no era fácil esperarla en el ordenamiento mutualista- del principio de la división en clases, hoy admitido y escrupulosamente aplicado por todas las fracciones *organizadas* del proletariado.

¿Significa esto tal vez que el socorro mutuo debe encontrar, o mejor reencontrar en las confrontaciones de los sindicatos el favor que éstos le han negado en el curso de los años? Esta afirmación es posible por dos razones: que los sindicatos, de largo tiempo llamados de socorros mutuos, forma cuyo carácter benemérito celebraba poco antes Léopold Mabilleau, creen ver hoy suficientemente los defectos a evitar, y que además, unos oscuramente, otros claramente, llegan a comprender (mediante una aplicación cada vez más amplia del principio de la lucha de clases y en virtud de su tendencia socialista a eliminar progresivamente todas las instituciones actuales), llegan a comprender, decimos, la necesidad de construirse ellos mismos los servicios hoy necesarios para el hombre condenado a sobrevivir, por el hecho de hallar cada día un trabajo más precario y depreciado.

2. SERVICIO DE ENSEÑANZA

a) Biblioteca. La Bolsa del Trabajo, dicen los estatutos generales de todas estas asociaciones *tiene como finalidad cooperar al progreso moral y material de los trabajadores de ambos sexos*. Ahora bien, ¿qué medio sería más idóneo para este fin que la iniciación de los trabajadores en los descubrimientos del espíritu humano? Sobre todo en materia de enseñanza cabe felicitar a la creación de las Bolsas del Trabajo, desde el momento en que sólo ellas pueden llevar a cabo los maravillosos esfuerzos que han hecho decir a Edouard Petit, inspector general de educación: *Se están convirtiendo en las universidades del obrero*. Los inscritos pobres, débiles y aislados, los círculos políticos que desprecian los estudios económicos, eran igualmente impotentes (lo cual es lógico) no sólo para organizar los cursos de enseñanza profesional y primaria de los que hablaremos en breve, sino también para constituir bibliotecas de ninguna clase. Era por otra parte un tiempo en que las escasas bibliotecas sindicales tenían que compensar la seriedad de las obras de tecnología o de ciencia con otras obras literarias que todavía hoy adornan los salones y cámaras. Ahora bien, es superfluo decir que los obreros viejos y jóvenes, cuya ignorancia de los acontecimientos sociales y de las leyes que los determinan, limitaba su horizonte, se consideraban apesados, tanto ellos como las generaciones que les siguieron, en la busca de salarios de hambre y de trabajos envilecedores; además vivían aislados y no podían por ende emprender discusiones vivas, intensas, aptas para agudizar las facultades de observación y de crítica, por lo que preferían a los temas elevados, las narraciones pintorescas o inquietantes de los narradores populares.

Solamente cuando se unieron entre sí, una vez federados y se preocuparon de mejorar cada día la condición obrera, y se vieron los adherentes a los sindicatos empujados a reflexionar sobre el problema económico, y a adquirir nociones lo bastante claras sobre la ciencia social,

empezaron a tomarle gusto a las obras puestas a su disposición. Luego empezaron a mirar el mundo circundante y descubrieron un auténtico tesoro literario, útil para aliviar sus penas, en espera de que fuera posible remediarlas.

Actualmente no existe ninguna Bolsa del Trabajo que no posea una biblioteca y que no realice serios esfuerzos para enriquecerla. Algunas tienen sólo 400 o 500 volúmenes, pero otras reunieron los 1.200, y la de París, ciertamente en situación privilegiada y provista de una sala de lectura de 72 metros cuadrados de superficie, cuenta con más de 2.700 obras. Por otra parte, en todas estas bibliotecas prevalece la calidad sobre la cantidad. Casi instintivamente, las Bolsas del Trabajo han elegido obras destinadas a afinar el gusto, a elevar los sentimientos, a extender los conocimientos de la clase obrera: los estudios más concienzudos de crítica social, los más esenciales y valiosos, los escritos de imaginación más sublimes. Tales fueron los alimentos ofrecidos a apetitos tanto más robustos cuanto que permanecen hasta hoy insatisfechos. En los catálogos de las bibliotecas hallamos, al lado de una sección tecnológica compuesta de tratados recientes y muy notables puestos al día en la concierne a los descubrimientos científicos y profesionales en el campo de la física, la química y la ingeniería, a los maestros de la economía política, desde Adam Smith hasta Marx. En literatura encontramos desde los prosistas y poetas del siglo XVII y XVIII hasta Emilio Zola y Anatole France; en la crítica social desde Saint-Simon hasta Kropotkin. En las ciencias naturales desde Haeckel y Darwin hasta Reclus y a los más eminentes antropólogos contemporáneos.

Por otra parte las Bolsas del Trabajo mostraban un eclecticismo inteligente, y se podían contemplar en los estantes de las bibliotecas cumbres del genio, obras como *Le Génie du Christianisme* (el genio del cristianismo) y *La justice dans la révolution et dans l'église* (la justicia en la revolución y en la iglesia, Proudhon), el *Papa*, de Maistre, así como *L'esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, de Guyau (Ensayo de una moral sin obligación ni sanción), *L'Essai sur l'indifference*, de Lamennais (Ensayo sobre la indiferencia), y *Les Ruines de Palmire*, de Volney, (Las ruinas de Palmira), o *L'Origine de tous les cultes*, de Dupuis, (El origen de todos los cultos). ¿Osaremos decir que todos estos libros eran muy leídos? Ciertamente no, pero hay trabajadores que tienen la curiosidad de abrirlos y se interesan con la virulencia de los grandes polemistas católicos, la riqueza poética de un Chateaubriand. En cuanto a los otros, me refiero a aquellos a quienes es necesario despenarles anificialmente el interés, ello se logra cuando se interesan leyendo las novelas de los autores sociales contemporáneos.

b) Museo del Trabajo. Las Bolsas del Trabajo no se contentaron con ofrecer a sus adheridos bibliotecas ejemplares. Con la imaginación siempre lista, quisieron crear el museo del trabajo, del cual expusimos el plano no hace mucho en su órgano central, *L'Ouvrier des Deux-Mondes*. No nos cansamos de repetir que los productos, que tanto cuestan al obrero, procuran escandalosas ganancias a los capitalistas; que de año en año el poder adquisitivo de las masas disminuye, mientras que el de los privilegiados aumenta. *La riqueza acrece constantemente y la miseria se hace cada día más espantosa. Se prevén tales condiciones económicas que, en el curso de los años, el trabajador se verá más oprimido cada vez y que sus esfuerzos por proteger pacíficamente su existencia serán cada vez más impotentes.* Se dice también... Pero todo esto no es otra cosa que meras afirmaciones. Necesitamos algo más.

Sería interesante ofrecer al pueblo el medio de observar por sí mismo los fenómenos sociales y de extraer de ellos todo su significado. Ahora bien ¿qué otro medio más convincente existiría que el de ponerle ante los ojos la esencia misma de la ciencia social: Los productos y su historia?

He aquí algunas muestras de los hilos empleados en los tejidos de Amiens. Sabemos cuánto ganan los obreros que los tejen, así como sabemos cuánto ganan los tejedores de otras comarcas. Mas, ¿qué representan para nosotros estas cifras? Casi nada, porque ignoramos casi todas las demás circunstancias accesorias, las que podrían conferir a aquéllas todo su

valor. Esto ocurre en lo relativo al costo de las materias primas en los países de producción y su costo al ingresar en la manufactura, es decir la elevación de aquél en el curso de la transferencia, las aduanas, los comisionistas, y las exigencias requeridas por parte de la nutrición, el alojamiento y el mantenimiento de los obreros; conocer todo es el único medio para conocer realmente el valor de su salario; también se ignora si el salario declarado es el de cada jornada laboral o el de cada uno de los 365 días del año; asimismo, dónde y en qué cantidad vende el fabricante sus productos, y a qué precio se lo procuran los consumidores al detalle, etc. Por consiguiente, ¿cuáles son los fundamentos sobre los que basar sólidamente los principios económicos deducidos empíricamente de estadísticas elementales y tal vez inseguras?

Estas son las preocupaciones de numerosas Bolsas del Trabajo. ¿Cómo pueden satisfacerse? Esto es muy sencillo: [creando un museo subdividido en tantas secciones como sindicatos obreros existentes, que contuviesen muestras de cada uno de los productos manufacturados con toda su historia](#). Los obreros tendrían así la posibilidad de conocer en pocos minutos la procedencia del tejido que tienen delante de los ojos, los diversos lugares en que se fabrican, su costo de producción, el número de obreros necesarios para su fabricación, así como su salario y lo que gastan para vivir; conocerían también el precio de venta del tejido al por mayor y al detalle; el número, las características y la productividad de las máquinas que lo han tejido. Todas estas cifras se mantendrían al día e indicando constantemente la relación entre el capitalista y el obrero, entre el productor y el consumidor, de tal modo que rápidamente esta verdad pueda emerger ante los ojos de los obreros de la industria textil. Al mismo tiempo se tendría un balance de las huelgas, las asociaciones de apoyo mutuo, la ley contra la desocupación, las leyes obreras y de todo aquello incapaz de detener la pauperización, del mismo modo que lo es un dique de arena para contener la furia del mar.

Dejemos claro que estas constataciones no tendrían como finalidad ni como efecto el disminuir las instituciones económicas inspiradas no solamente en la necesidad actual de defensa, sino también y sobre todo en la intención de dotar a la clase obrera de los medios de producción, de distribución y de consumo necesarios después de la transformación social. Esta constatación serviría solamente para demostrar al pueblo, bajo una forma nueva y elocuente, la imposibilidad de una transformación pacífica.

Imaginémonos ante nuestros ojos una monografía válida para todos los productos de la industria humana; para los minerales extraídos de la profundidad de los Oroles, el carbón de Westfalia o del Gard, o para la delicada industria del mimbres del Palatinado; también para los cristales de Bohemia y el vidrio de Pensylvania o del Tarn; para los diamantes de la India y las tapicerías de los Gobelinos, la alfarería de Aubagne y las maravillosas cerámicas de Sevres; en fin, para todo lo que procura a unos gozos de avaros, voluptuosidad de artistas o bajas satisfacciones de vanidosos, y que a otros cuesta tantas miserias, tantos sufrimientos pacientemente asumidos, silenciosamente absorbidos. Imaginemos, en fin, estos testimonios vivientes de la inexplicable desigualdad económica, expuestos al mismo tiempo y constantemente en todas las grandes ciudades, que recordarían incesantemente al minero, al vidriero, al panadero, al lapidario, al ceramista, al modelista, que estas obras, salidas de sus manos y con las que apenas pueden sobrevivir, van finalmente destinadas a ornamentar los hogares de otros hombres. Pues bien. ¿No serían estas lecciones mudas tal vez más elocuentes que los vanos clamores revolucionarios que dejan sin aliento a los oradores de cafetín?

Por otra parte en las Bolsas del Trabajo no faltan materiales para llevar a cabo estos proyectos. Ellas tienen, para valorarlos, el origen y la historia del producto, desde la entrada de la materia prima en la fábrica hasta la venta final del objeto manufacturado, las federaciones profesionales de todos los países, los informes de los agentes consulares de todas las naciones, los sindicatos de viajantes, representantes de comercio y contables; para las condiciones

mecánicas en las que se elabora el producto, los tratados especializados y las informaciones de los obreros; para las condiciones económicas las declaraciones de los respectivos sindicatos.

El porvenir nos dirá qué suerte espera a este proyecto, cuyo mérito más modesto sería el de conferir a los responsables de las cincuenta secciones del museo una ciencia económica que muchos economistas de talla podrían envidiarles.

c) Las oficinas de información. La ambición de las asociaciones obreras no se limitaba a la creación de los *Museos del Trabajo*. Precedentemente hemos indicado que la principal ventaja de las Bolsas del Trabajo fue la de potenciar los progresos de todas ellas, y después la de desviarlas de experiencias reconocidas como estériles y sugerirles sus ideas fecundas. Pero, y ello se comprende fácilmente, cada una de las Bolsas del Trabajo y el propio comité federal, pueden haber olvidado dónde han sido elaboradas del modo más apropiado y con el éxito más satisfactorio algunas innovaciones. De aquí la necesidad, si no se quiere comprometer en parte las funciones de la Bolsa del Trabajo, de crear una oficina central, o mejor, un vasto número de oficinas locales de informaciones económicas.

La iniciativa de este proyecto pertenece a la *Solidarité des Travailleurs* de Bagnères-de-Bigorre. Las agrupaciones -afirma ésta-³³ se forman solamente en las grandes ciudades, allí donde una mente valerosa propone y sólo encuentra respuesta cuando su idea está en vías de realización. Y aunque allí se camina todavía entre las tinieblas, se multiplican las asociaciones, con pocos o muchos miembros, cuya inspiración se halla en la carta estatutaria. En Marsella, por ejemplo, se intenta dar vida a una nueva iniciativa, se va a tientas, tal vez no se obtiene nada, mientras que por el contrario en Lille un proyecto semejante ya ha sido realizado y funciona regularmente. La experiencia del Norte no aventaja en nada al Mediodía. Constatando precisamente esta situación es como llegamos a la idea de la biblioteca social. Nos dijimos: ¿No tendríamos tal vez que complementar nuestra educación? ¿No sería posible medir el esfuerzo hecho por nuestra educación para aspirar a una mejor condición social? Todos los soldados de nuestro gran ejército habrán experimentado una cierta satisfacción al ver tantos resultados, a pesar del ambiente desfavorable en el cual se mueven los obreros. Al mismo tiempo habrán comprobado y reconocido la esterilidad de los esfuerzos aislados que no se extienden a todas las ciudades y al campo. Estas constataciones tendrían como resultado el infundir a todos una mayor confianza en el porvenir. Cuando la victoria aparece segura un ejército es invencible.

Tomando como base estas observaciones, la *Solidarité des Travailleurs* propone organizar la primera biblioteca social, la primera oficina de información, y que todas las asociaciones existentes y también las disueltas (sindicatos obreros, cámaras del trabajo, sociedades de socorros mutuos, sociedades cooperativas de producción, de consumo, de crédito, de previsión, etc.) nos envíen sus estatutos, y la documentación de que dispongan con los resultados obtenidos. La *Solidarité des Travailleurs* se encarga de centralizar todas estas informaciones y de clasificarlas. Cualquier tipo de sociedad formará una sección especial, encargándose su secretario particular de catalogar todo el material que le será enviado, de estudiar detalladamente y con el máximo cuidado todos los informes recibidos, de redactar los suyos propios, investigar los gérmenes de vida que han originado la prosperidad de ciertas asociaciones y la causa de la muerte de grupos que ya no existen... Nuestra biblioteca se compone también de obras que tratan la cuestión social... las cuales, mediante la organización de una biblioteca circulante, prestaremos a las asociaciones que quieran consultarlas.

Se puede notar la economía de fuerza y de tiempo que habría permitido a las Bolsas del Trabajo la creación de un cierto número de oficinas del género. Añadimos que esto es de fácil realización y que bien pronto se completará con la lectura y los subsidios educativos ya puestos a disposición de sus adherentes por parte de las Bolsas del Trabajo.

³³ Plan de bibliothèque de Suberbie, secretario en *L'ouvrier des Deux-Mondes*, n. 19, pág. 298.

d) La prensa corporativa. Cierta número de Bolsas del Trabajo publican mensualmente un boletín en el cual ilustran los procesos verbales de sus sesiones y diversas estadísticas sobre sus cursos profesionales, el movimiento sindical, etc. Además, se insertan también las actas de las sesiones del Comité federal, porque éste ya no tiene un órgano tras la desaparición, en 1899, de la revista de economía social, *Le Monde Ouvrier*.

Debemos confesar, no obstante, que la mayoría de estas publicaciones, de las que esperábamos mucho, no supieron realmente comprender y asumir sus funciones. Dos o tres como máximo, los boletines de Nîmes y de Tours, *L'Ouvrier du Finistère*, se esforzaron por ayudar, en diversa medida, en las elucidaciones de los problemas económicos y sociales. Los otros no poseen información suficiente ni siquiera sobre el funcionamiento de las Bolsas del Trabajo que los publican.

Sin duda que la misión que incumbe a los secretarios de las Bolsas del Trabajo, excede a sus propias fuerzas, si no a su buena voluntad, y en fin consideramos más justo subrayar las misiones realizadas por ellos antes que destacar sus fallos. Sin embargo, la responsabilidad de su fallo en materia de periodismo les es plenamente imputable, porque dependía plenamente de ellos dar a los boletines utilidad e interés... sin ningún esfuerzo personal por su parte. Bastaba con publicar los informes, tal vez demasiado documentados, de sus comisiones de estudio, o hacer surgir de entre sus mismos adherentes aquellos colaboradores preciosos que nosotros mismos hemos encontrado y que habrían expuesto, tanto las condiciones de vida de los trabajadores, como las vicisitudes de los sindicatos, exponiendo sus puntos débiles y como contraste sus ventajas. Tales personas habrían enumerado los éxitos e investigado acerca de las derrotas propias, iniciando en suma en la actividad sindical a quienes la ignoran o la conocen poco.

Villemessant se revela psicólogo el día en que pretende que cualquier hombre es capaz de hacer por lo menos un artículo excelente. Esta concluyente afirmación la hemos comprobado nosotros mismos, al obtener de obreros que en principio no eran considerados capaces de hacerlo, interesantes monografías sobre asociaciones e incluso también estudios sobre cuestiones que apasionan al proletariado. ¡Cuántas veces hemos publicado crónicas sobre las Bolsas del Trabajo, de las que ellas mismas hubieran debido reservarse las primicias u ordenar la reproducción de las mismas! Que los periódicos corporativos no se lean realmente es una contrariedad por completo explicable, dado que nadie puede ser obligado a leer publicaciones desprovistas de interés. Pero depende de las Bolsas del Trabajo que las publican el dar a éstas una publicidad adecuada: ellas tienen efectivamente en su seno todos los elementos aptos para crear revistas que nada tendrían que envidiar a las revistas corporativas inglesas o americanas. Deben por consiguiente empezar a reunir toda esa riqueza potencial y así añadirán a todos los instrumentos de emancipación de que disponen, el instrumento esencial por excelencia: el periódico, en el cual se refleja el hombre con sus ansias de vida plena.

e) La enseñanza. No es de ayer la preocupación de los grupos corporativos por una enseñanza profesional debida a su propia iniciativa. Sin remontarse más allá de 1872 constatamos ya que ése era el objetivo de los fundadores del *Círculo de la Unión Sindical Obrera* y que todos los sindicatos de la época suscribieron con entusiasmo este proyecto. Si volvemos a los orígenes - dice el *Informe de la delegación de los obreros marmolistas de París* a la Exposición Universal de Lyon (1872)-, nos damos cuenta que desde el principio, una escuela sindical central de diseño profesional fue considerada necesaria por un grupo de trabajadores. Otros cursos, reputados útiles para todas las profesiones, debían organizarse posteriormente, de acuerdo con los recursos de los círculos.

La primera reunión con este fin se debió a la iniciativa del ciudadano Ottin, escultor, quien presentó su proposición a los tallistas. Por ser el dibujo algo de utilidad esencial en este oficio, la cuestión se afrontó resueltamente. Luego, la cámara sindical de los obreros tapiceros ofreció

el local de su propia sede para celebrar la sesión preparatoria del proyecto de escuela... De este modo -continuaba el informe- las cámaras sindicales que se prestaban recíprocamente un apoyo de ideas y conocimientos prácticos, aprendieron a reconocer en su propio seno a aquellas individualidades dignas de representarlas e igualaron los conocimientos específicos favoreciendo la inclinación de los mejor dotados frente a los menos favorecidos.

Sin embargo, debido a los medios de que los sindicatos tenían que disponer para la organización de una enseñanza técnica, nada notable se llevó a cabo en este ámbito antes de la creación de las Bolsas del Trabajo. Mas apenas nacidas estas instituciones recuperaron el tiempo perdido y en el curso de los últimos quince años, han llevado a cabo verdaderos prodigios en lo que respecta a la organización y al funcionamiento de sus cursos para adultos. Hemos hecho notar anteriormente la opinión de Ed. Petit, que adjudicaba a las Bolsas del Trabajo que tenían cursos, el título de universidad de los obreros. Quien haya leído el libro publicado por Marius Vachon sobre la enseñanza industrial en Francia comprenderá la justicia de ese elogio.

En lo concerniente a la enseñanza, las Bolsas del Trabajo pueden dividirse en dos categorías: las que se limitan a la enseñanza profesional, teórica y práctica, y aquellas que, más ambiciosas (precediendo en rigor a todas las demás), añadieron una enseñanza ecléctica, aplicada a conocimientos diversos.

No estamos en condiciones de exponer, ni siquiera sumariamente, todo lo que se hizo por una parte y por otra para reaccionar, según la expresión de un miembro de las Bolsas del Trabajo de Toulouse³⁴ contra la tendencia dominante en la industria moderna, a hacer del aprendiz una manivela, un accesorio de la máquina, en lugar de ser un colaborador inteligente. Vachon consagró a este tema gran parte de su obra, y todavía no ha dicho todo. Nos limitaremos aquí a indicar las materias tratadas por algunas Bolsas del Trabajo y la opinión expresada por ellas sobre las funciones a las que aspiran en el campo de la enseñanza.

Entre las Bolsas del Trabajo de la primera categoría hallamos las de Saint-Etienne, Marsella, Toulouse. Marsella crea cursos nuevos: carpintería y ebanistería, metalurgia, corte de calzado, cortadores de sastrería, tipografía y litografía. Saint-Etienne, además de estos dos últimos cursos crea los siguientes: geometría y diseño mecánico, geometría y dibujo de construcción, trazado de líneas curvas para caldereros, hojalateros, tornos mecánicos, escuela de dibujo para carpinteros; aprendizaje para tejedores; costura, economía doméstica, aritmética; carrocería, barnizados, hilado, agrimensura y nivelación. La última estadística general, la del ejercicio 1899-1900 indica para el período comprendido entre el 1 de octubre al 30 de junio, 597 lecciones de dos horas cada una. La media de alumnos es de 426. Todos los cursos, al adjudicarse los premios a los laureados en cada uno de los cursos de la Bolsa del Trabajo se organiza una fiesta familiar (concierto y baile) cuyas utilidades se destinan a la adquisición de material escolar en beneficio de los alumnos inscritos necesitados, o de los hijos de los inscritos³⁵.

Montpellier organizó cinco cursos: zapatería, talla, ebanistería, peluquería y cocina. Toulouse, que gozaba de una subvención anual bastante sustanciosa abrió veinte y además un magnífico laboratorio tipográfico. El Consejo general del Alto Garona le destina anualmente 300 francos destinados a convertirse en premios para los alumnos y cuya distribución iba precedida por una exposición de los trabajos exigidos en el curso del año. Los cursos, que también eran frecuentados por soldados, se inspeccionaban cada día por los administradores del servicio. Por otra parte, los cursos dieron tales resultados que la Bolsa del Trabajo proyectó hacer participar a los alumnos en los concursos instituidos por el Ministerio de Comercio para la consecución de las bolsas de viaje.

³⁴ Raynaud, *Etude sur l'enseignement professionnel*.

³⁵ Informe leído en el congreso de 1900.

Entre las Bolsas del Trabajo pertenecientes a la segunda categoría podemos nombrar las de París y Nîmes. En París, cierto número de sindicatos adheridos a la *Unión del Sena* organizaron, de acuerdo con la *Asociación politécnica* que aporta los profesores, los cursos de electricidad industrial, de contabilidad comercial, de estenografía, dibujo, mecánica y química aplicada, de geometría práctica y de álgebra, de derecho comercial e industrial, de construcciones automovilísticas y, en fin de lengua alemana e inglesa. Es superfluo decir cuál era el nivel de estos cursos, al haber aportado la politécnica, en materia de enseñanza, testimonios muy válidos. Es más dudoso el que los alumnos pudieran avanzar demasiado, y ello debido a razones atribuibles a la misma organización de la Bolsa del Trabajo de París.

En las Bolsas del Trabajo de provincias los cursos eran seguidos asiduamente y por las mismas personas todo el tiempo, porque estas Bolsas del Trabajo, en vez de ser como la de París³⁶, vastos inmuebles en cuyo interior los inscritos no podían tener entre ellos sino relaciones difíciles o espaciadas, eran pequeños pero estimulantes focos de actividad sindical, en los cuales la relación y la colaboración son más fáciles y completas, siendo posible mantener cursos de verdadera escuela, que los alumnos se ven obligados, por así decirlo, a frecuentar. En París, por el contrario, los adheridos a los sindicatos, siendo en cierto modo ajenos a la administración de la Bolsa del Trabajo no pueden frecuentar regularmente sus cursos, que resultan una especie de conferencias libres. Por ello, el número de los alumnos es bastante variable, su asiduidad muy relativa y los resultados obtenidos menos óptimos de lo que fuera deseable.

Por otra parte, estos cursos son exclusivamente teóricos. El número excesivo de los sindicatos, concentrados en Rue du Château-d'Eau y en Rue Jean-Jacques Rousseau (donde casi todas las oficinas están ocupadas por dos organizaciones) impiden pensar en la creación de cursos prácticos. Por esta razón muchos sindicatos, en particular los de los tipógrafos parisinos, de los mecánicos, obreros carroceros, de la pasamanería, carpinteros, etc., tomaron la decisión de organizar, al margen de la Bolsa del Trabajo una enseñanza práctica cuyas funciones son notables.

La Bolsa del Trabajo de Nîmes es la que más ha hecho por el desarrollo simultáneo profesional y de una enseñanza complementaria relativa a diversas ramas del conocimiento humano.

Su enseñanza técnica comprende la aritmética, la geometría, la mecánica, el dibujo técnico, la contabilidad, la geografía comercial, la legislación, la ciencia de los productos comerciales. La enseñanza complementaria como prendía la lengua española, la medicina y la cirugía práctica. Por otra parte, proyecta la creación de cursos de economía política y social, de higiene, de sociología y de filosofía.

Quedará completo este breve resumen de la enseñanza ofrecida por las Bolsas del Trabajo, recordando que la de Clermont-Ferrand, obstaculizada hasta ahora por falta de recursos, en la organización de cursos profesionales, ofrece a sus adherentes todos los inviernos, conferencias a cargo de profesores de la universidad local, que se ven muy concurridas.

Los resultados materiales producidos por estos diversos medios de difusión de conocimientos útiles se pueden inferir y no intentaremos por ello evidenciarlos. Ahora bien, ¿qué resultados han contribuido a determinar? ¿Cuáles fueron las consecuencias económicas? He aquí lo que se preguntaron las Bolsas del Trabajo en el congreso celebrado en Rennes. Si efectivamente la instrucción general tiene en cualquier circunstancia el poder de afinar los sentimientos del hombre, el perfeccionamiento técnico -por el contrario- en las condiciones de lucha creadas por

³⁶ Recordamos, a estos efectos, que originariamente el Consejo municipal de París comprendía, bajo la denominación genérica de *Cámara del Trabajo*, no sólo una cámara del trabajo central, sino también cierto número de instituciones anexas, repartidas en varios puntos de la capital. Este era el mejor sistema.

las dificultades de la existencia, podría servir solamente para reforzar la inclinación propia, por otra parte comprensible, al egoísmo; y en este caso las Bolsas del Trabajo tendrían una función desorientadora: encontrándose finalmente como jefes de talleres o como pequeños empresarios, los viejos alumnos de las Bolsas podrían terminar situándose como adversarios de sus propios intereses.

Por otro lado, un caso muy similar se ha planteado ya en algunas ciudades a propósito de la formación de los aprendices; y antes de que el congreso de Rennes proclamase como principio que la enseñanza en las Bolsas del Trabajo debe servir, no para preparar aprendices, sino para perfeccionar a los obreros adultos y a aquellos jóvenes que ya han penetrado en el laboratorio y en los talleres, la Bolsa del Trabajo de Toulouse se había visto obligada a cerrar temporalmente su laboratorio tipográfico porque los aprendices que se habían formado en él sustituían, gracias a la diferencia salarial, a los obreros adultos en las empresas tipográficas de la ciudad.

Estas observaciones ayudan a comprender por qué posteriormente el congreso de 1900 se consideró obligado a establecer:

1. Si en la jurisdicción de cada una de las Bolsas del Trabajo los cursos profesionales han contribuido al aumento de los salarios;
2. Si han resuelto la capacidad técnica de los obreros en general;
3. Si los obreros que se han beneficiado han seguido siendo obreros y en comunidad de principios con sus compañeros de trabajo, o han pasado por el contrario a formar una reserva de jefes de talleres, encargados, vigilantes, etc.³⁷

A estas tres cuestiones respondió el congreso afirmativamente, y reconoció que, lejos de perjudicar a los esfuerzos hechos por la clase trabajadora en favor de la emancipación colectiva y simultánea de los trabajadores, la enseñanza profesional creada por las Bolsas del Trabajo produce moral y materialmente felices resultados.

Pero nuestra ambición no terminaba con este punto, y el alto nivel alcanzado por la enseñanza impartida en las Bolsas del Trabajo hizo nacer en nosotros el deseo de conseguir (lentamente, pero de manera segura), que todas las Bolsas del Trabajo tuvieran una escuela que se situase entre la escuela primaria y las sesiones de enseñanza *moderna* o *especial* de los institutos de instrucción secundaria. ¿Sorprendemos tal vez con estos propósitos a nuestros lectores? Cuál no será entonces su estupor cuando digamos que el más arduo de los problemas suscitados por esta idea no es la duración cotidiana de los cursos (Demolis ha afirmado con gran valor que las cuatro horas del aula y las seis horas de *estudio* impuestas en ciertos institutos que conocemos, son superfluas en sus dos terceras partes), ni siquiera el reclutamiento de los profesores, sino la adquisición de los indispensables recursos financieros. No obstante, y sin contar demasiado con problemáticas subvenciones municipales, tal vez encontremos estos recursos en la formación de las cooperativas escolares. **Es innecesario añadir que en caso de éxito las Bolsas del Trabajo serán una biblioteca clásica inspirada en los principios socialistas.**

Por lo demás, en materia de enseñanza cualquier audacia es legítima. Los cursos instituidos por las Bolsas del Trabajo no han dado como resultado solamente el hacer *buenos obreros*. Dieron la ocasión de repartir premios, como dijo en agosto de 1889 el administrador de la Bolsa

³⁷ Sobre este último punto era de temer que la indagación acordada por el congreso de Rennes (1898) resultara difícil, e incluso negativa, por no tener las Bolsas del Trabajo la costumbre de hacer inscribir en primer lugar a sus propios alumnos; mas si hubiera tenido también como resultado el mostrar la utilidad de esta práctica, permitiendo así a todas las Bolsas del Trabajo, el conocer y seguir en sus vicisitudes a los expertos de las diversas profesiones, la indagación habría dado un resultado excelente.

del Trabajo de Saint-Etienne, encargado de la distribución de aquéllos. Los premios tienen la ventaja de estimular a quienes siguen los cursos.

Ellos se daban cuenta de las dificultades inherentes a la iniciación de cualquier trabajo y comprendían la importancia de esas horas de estudio, que les preparaban para la lucha que debía mantener la inteligencia contra la materia bruta: el hombre que sabe esto se respeta más a sí mismo... y en la medida en que toma conciencia de su valor, ennoblece al trabajo en vez de envilecerlo...

Cuántos más conocimientos poseamos -añade un redactor del periódico L'Ouvrier en voitures- sobre todo lo que se refiere a las manifestaciones de la vida social, mayor fuerza de resistencia y de ataque tendremos para oponernos a nuestros opresores... y creo que instruyéndonos lo más posible nos acercamos más cada vez al ideal hacia el que caminamos, que es el de la emancipación total del individuo.

3. EL SERVICIO DE PROPAGANDA

¿Cuáles son las diferentes formas de propaganda utilizadas por las Bolsas del Trabajo? ¿Y en qué campos se ejercita esta propaganda? He aquí las dos cuestiones que planteamos al comienzo de este apartado. Pero para responder adecuadamente es necesario indicar primero y luego ilustrar las dos ramas de la actividad sindical obrera.

La clase obrera -hemos escrito en otra parte-³⁸ persigue un doble objetivo: en primer lugar protegerse contra la explotación inmediata, disminuir la jornada de trabajo y luchar contra los *salarios de hambre* a que está reducida por un sistema económico en el cual la desvalorización progresiva y constante de los productos del trabajo no impiden que el capital persiga cada vez con más ahínco su propio incremento; en segundo lugar, construir los cimientos de un estado social en el cual, bien a través de las determinaciones de un *valor* científico e imparcial de las cosas (teoría colectivista), bien por la supresión de todos los *valores* (teoría comunista), se cuente con la totalidad de los hombres para contribuir a la producción y donde, en consecuencia, el esfuerzo colectivo haga posible la aportación según las fuerzas individuales, asegurando a todos la existencia y haciendo inútiles los engranajes administrativos y políticos instituidos para imponer el respeto a los privilegios. De este doble objetivo resulta necesariamente una doble actividad y una doble forma de asociación obrera.

Para la explotación directa de que es víctima el proletariado no hay más que tres posibles paliativos: el recurso al poder central, el cual teniendo interés, para mantenerse, en atenuar, ya que no en suprimir las crisis económicas, debería ser obligado a intervenir en el sentido que exige la justicia, cada vez que llegase a su conocimiento o se le denunciara un intento de opresión; la huelga, o lo que es lo mismo la negativa por parte de los trabajadores a prestar sus brazos o su inteligencia en condiciones consideradas por ellos desventajosas; y la violencia, en fin, única que puede poner freno a la violencia.

Pero debido a la explotación capitalista, que se traduce en duración excesiva de la jornada de trabajo, en reducción salarial, en sustitución del trabajo manual por trabajo mecánico, etc., en el contexto de las profesiones, cada una de las cuales tiene condiciones y caracteres particulares, no es fácil que los trabajadores examinen por sí mismos ni en cierta manera, por separado (a pesar de la conexión de todos los fenómenos sociales) en qué medida y con qué medios se podría combatir con eficacia su opresión.

³⁸ Les syndicats ouvriers en France, Librería Obrera, París, 1898.

Por ejemplo, ellos deberían estudiar cuáles deben ser, en relación con el desarrollo del maquinismo en su propia industria, la duración de su jornada laboral y el nivel de su salario; podrían calcular hasta dónde deberían llegar sus reclamaciones sin riesgo de que cerraran la fábrica. En resumen, los trabajadores tendrían que sopesar lo más exactamente posible la realidad de sus intereses inmediatos y la necesidad de conservar los instrumentos de su propia existencia. De aquí deriva una primera forma de asociación corporativa: la unión regional, y después nacional e internacional de los obreros de un mismo oficio o de los diversos oficios afines por la conquista del pan.

A primera vista, el sindicato nacional o la unión de oficios, que tienen como objetivo el mejoramiento económico de las condiciones de los obreros, el perfeccionamiento del orden social, la extensión a todos de una igualdad que sólo teóricamente es universal, parecen dar respuesta a todas las exigencias y estar en condiciones de excluir cualquier tipo de asociación. Entonces, ¿por qué se esfuerzan los trabajadores en completarlas con organizaciones de otro tipo? Porque comprenden no sólo que la unión obrera no será nunca demasiado estrecha y se hará necesario buscarla con todos los medios disponibles, sino que en definitiva la explotación dominará siempre el campo social hasta el momento en que sea mortalmente golpeada en el corazón. Por tanto, no basta con intentar frenar sus instintos reprimidos. Es necesario suprimirlos suprimiendo la explotación misma.

Como la explotación sólo existe en virtud del carácter mercantil conferido a los cambios, aquélla desaparecería si el fruto del trabajo, en vez de ser una mercancía, se intercambiase únicamente según las necesidades del consumo. Los trabajadores -unos inconscientemente, otros en base a las condiciones sociales- al propio tiempo que se organizan para oponer frágiles defensas a la opresión inevitablemente creciente, deberían organizarse también para reflejar su propia condición, para comprender los elementos del problema económico, reforzarse cultural y materialmente, y hacerse capaces, en una palabra, de la emancipación a la que tienen derecho...

Así se constituyó, frente a la *Unión de oficios*, la *Unión de los diversos sindicatos*. Los obreros asociados por oficios para la defensa de sus intereses profesionales inmediatos, se movían de este modo en un terreno más amplio, a fin de evitar los esfuerzos incoherentes o *particularistas* de la acción puramente corporativa.

Las funciones de las asociaciones de oficios y de los sindicatos nacionales consisten, por consiguiente, en primer lugar, en la confirmación de los problemas del oficio y en el estudio de los medios adecuados para defender al obrero contra la disminución del salario, los aumentos en la duración del trabajo, la depresión causada por las nuevas leyes, la introducción de las máquinas, etc. Entre estos medios se hallan, en primer lugar, la afiliación a los sindicatos del mayor número posible de los miembros de las corporaciones, dado que la importancia de este número asegura la medida en que los sindicatos podrán garantizar el éxito de sus reivindicaciones. Venía luego el problema de la huelga, que las uniones profesionales tienden a reglamentar y a generalizar, reconociendo la impotencia de las huelgas parciales o emprendidas sin el debido estudio.

En cuanto a las uniones de sindicatos, es decir, las Bolsas del Trabajo, su misión comprende la investigación de las condiciones de trabajo en toda el área de su jurisdicción y de los medios para modificarlas, así como la institución de servicios de socorros mutuos y oficinas de colocación, la difusión de los conocimientos profesionales y económicos, la estadística de la producción y el consumo, y en fin, la adaptación de las instituciones susceptibles de surgir a su lado, especialmente las sociedades corporativas, tanto al carácter de sus adherentes como a los fines socialistas propuestos por ellos.

a) Propaganda industrial. Cuanto precede nos dispensa de indicar lo que debe entenderse por la propaganda industrial de las Bolsas del Trabajo. En definitiva, ésta comprende todos los servicios que hemos enumerado hasta ahora: servicios de mutualidad y servicios de enseñanza, sin contar con la efectiva participación de las uniones en ciertas huelgas y la búsqueda de los modos de conducción de la propaganda agraria y marítima, de la que hablaremos acto seguido. El número que antes hemos indicado relativo a las Bolsas del Trabajo y a los sindicatos que las componen, así como de los obreros en ellos federados, demuestra el éxito obtenido en este terreno.

b) Propaganda agraria. La idea llega al Comité federal en 1896, cuando éste ya se había preocupado, como se ha dicho, del desarrollo de las Bolsas del Trabajo existentes antes de la creación de otras nuevas. Se piensa entonces en emprender una campaña para extender fuera de las ciudades el movimiento obrero urbano. Vigorosamente decididos a potenciar este proyecto, se plantea a algunas personalidades socialistas dedicadas desde hacía mucho tiempo a la propaganda agraria, estas dos preguntas:

1. ¿A qué causas debe atribuirse el mediocre éxito y los débiles resultados de los intentos de reagrupación efectuados hasta hoy para desarrollar su trabajo entre los obreros agrícolas?
2. ¿Cómo se debería proceder para conseguir la agrupación corporativa de estos obreros? La respuesta siguiente, dada por un ardoroso propagandista y que resume todas las demás, completándolas, aporta la solución del problema y permite en fin el consagrar al cultivo del campo rural la actividad hasta ahora limitada (aunque con razón) al cultivo del campo industrial.

Los sindicatos agrícolas (socialistas) -declaró Arces-Sacré- apenas creados se disolvieron porque los fundadores de estos grupos, con los felices resultados obtenidos por los sindicatos industriales de la ciudad ante sus ojos, creyeron que no debían utilizarse los mismos estereotipos. Esto fue un error. Para llegar a ese fin era necesario tener en cuenta las particulares condiciones del trabajo agrícola y tener presente también las diferentes condiciones de este trabajo en los diversos centros, según que los territorios de la localidad estén acaparados por grandes haciendas, o bien distribuidos en numerosísimas parcelas entre las manos de la mayoría de la población.

Los adscritos al gran cultivo: carreteros, vaqueros, pastores, empleados de haciendas o alquerías, segadores, recolectores de remolacha, realizan un trabajo que varía, según las estaciones, entre las diez y las catorce horas diarias de trabajo. La mayoría de ellos se alojan y comen en las mismas haciendas. A las ocho de la noche se cierran las puertas de aquéllas y nadie puede ya entrar o salir. La tarde del domingo es el único respiro que se les concede. Además, aquellos que tienen a su cuidado el ganado y los caballos, encuentran en esta actividad una semi-libertad.

En cuanto a los asalariados del pequeño y mediano cultivo, su esclavitud es similar a la de los asalariados de las grandes haciendas. Pero al lado de éstas nos encontramos a los ex poseedores que tienen su castillo rural y algunas tierras. Esta clase, en tiempos numerosa, va decreciendo hoy con sorprendente rapidez, porque no puede subsistir sino al precio de un trabajo opresor que apenas les permite vivir miserablemente y en condiciones tales que serían rechazadas por el obrero de la ciudad. Por consiguiente, los hijos de los campesinos no alientan otra ambición que la de buscar un oficio que les permita subsistir en el ámbito de las profesiones industriales, o con la recluta en el ejército, o bien entre esos miles de empleados subalternos y serviles que el Estado mantiene en la administración pública. Sin embargo, no son hoy ya pocos los campesinos que se entregan a la reflexión: el socialismo -que poco antes se consideraba como un crimen social- aparece hoy a sus ojos como una tabla de salvación. No hay duda que la clase campesina será la primera en venir a nuestras filas.

Sin embargo, añadimos que queda por resolver una condición indispensable para que llegue el éxito en la creación de los sindicatos agrícolas: y es que estos sindicatos no se compongan sólo de trabajadores agrícolas, sino también de trabajadores por cuenta propia. Los sindicatos agrícolas deben sobre todo admitir en sus colectivos a los trabajadores de las diversas industrias que subsisten junto a los agricultores, para las necesidades mismas del cultivo y que constituyen aproximadamente un tercio o una cuarta parte de la población rural. Por ello es conveniente que los sindicatos asuman la denominación de: *sindicatos conjuntos de trabajadores de la tierra y de la industria*.

Las leyes sobre sindicatos conjuntos admite esta combinación y existe por nuestra parte considerable interés en que se desarrollen. Efectivamente, hemos comprobado que los trabajadores de las industrias agrícolas comprenden: molineros, carreteros, herreros, zapateros y hasta comerciantes en vino, los cuales y en general, constituyen en los centros rurales la masa más importante dentro de los contingentes socialistas. Se trata casi siempre de los más dotados de recursos en todos los terrenos y de los más activos. Los candidatos en busca de una posición social lo saben muy bien, porque es precisamente entre ellos donde reclutan los elementos para sus propios comités electorales. Utilicémoslos nosotros para una tarea más elevada...

Dicho lo que antecede, veamos cómo pueden funcionar los sindicatos agrícolas en los centros de los grandes cultivos donde existen abundantes asalariados. Aquí no es necesario exigir de los adherentes reuniones semanales: las dificultades de los traslados para participar en ellas no lo consienten. Por ello, las reuniones deberían ser mensuales.

Aparte de esta condición, siempre resultará imposible reunir un gran contingente de adherentes. Muchos temen que sus ideas lleguen a conocimiento de los empleadores y que ello implique su despido. El único medio de darles seguridades y obtener cuando menos por su parte una cierta participación activa en el movimiento socialista, podría ser el siguiente: en cualquier pueblo en que los adherentes se encuentren impedidos para asistir a las reuniones, -o que crean estarlo- nombrarán un secretario delegado, absolutamente al margen de cuál sea su profesión. El delegado se encargaría en particular de consultar a los adherentes a los sindicatos sobre todas las cuestiones del orden del día y de representar en las reuniones a todos los adheridos que no estén en condiciones de participar. Por muy imperfecto que pueda ser este sistema, lo vemos como el único practicable. El delegado reclutaría las nuevas adhesiones en el mismo centro, se encargaría de la distribución de la propaganda y de las circulares, de la correspondencia y de los periódicos adaptados a las necesidades de los inscritos.

Los sindicatos de cada federación estarían unidos entre sí por medio de un comité federal compuesto por delegados especiales de los sindicatos. El Comité federal, que tendría su propia sede en la Bolsa del Trabajo de la región, contaría entre sus misiones la de mantener relaciones con los demás Comités federales de las diversas Bolsas del Trabajo, de modo que los graves problemas que se suscitaban en el mundo socialista, llegasen con prontitud al conocimiento de los demás trabajadores...

Con semejante plan el objetivo del Comité federal de las Bolsas del Trabajo se facilitaba; sólo restaba anotar las indicaciones que surgieran, añadiendo las observaciones indispensables para diferenciar materialmente a los sindicatos socialistas de los otros e impedirles que desmintieran alguna vez el fin para el que habían sido creados.

En primer lugar, el Comité eliminó de la lista de posibles adherentes a los propietarios de fincas rurales con más de dieciséis hectáreas de cultivos diversos, más una hectárea de viñedos, porque estos propietarios, si bien tenían las mismas dificultades que sus colegas, y tal vez en condiciones todavía más miserables que los aparceros o los colonos arrendados, repudiaban con demasiada frecuencia cualquier forma de solidaridad de intereses en las confrontaciones de

los pequeños propietarios, y carecían por otra parte de las motivaciones de los arrendatarios para sostener una lucha corporativa. Así las cosas, el Comité redactó para los sindicatos, preventivamente, un doble programa: *acción económica y propaganda socialista*. El sindicato - se decía- se preocupará de las condiciones del trabajo y se esforzará no sólo por mantener sino por elevar con todos los medios posibles el nivel de los salarios; intervendrá en las discusiones y en los conflictos que surgirán entre los patronos y los obreros, y tratará de obtener de los propietarios las mejores condiciones, se esforzará por procurar puestos de trabajo a sus miembros, de modo que se llegue progresivamente a la disminución y después a la desaparición del arrendamiento público; para evitar a sus miembros gastos de juicios, exigirá por parte de los comités arbitrales encargados de regular de modo amistoso los conflictos entre obreros y patronos, que no puedan resolver con su intervención exclusiva.

En lo concerniente a las condiciones de la aparcería y del arrendamiento de las fincas rústicas, recopilará todos los datos posibles sobre los precios de los terrenos en la comarca, el importe del arrendamiento y el rédito neto de las tierras; con estos datos establecerá modelos de arrendamiento y, en general, proveerá a los colonos, aparceros y arrendatarios, todas las informaciones de carácter estadístico y jurídico, de modo que esto les permita discutir con los propietarios sobre una base de igualdad; exigirá de los subpropietarios que éstos no empleen, en caso necesario, operarios, jornaleros o domésticos *si no aceptan previamente los estatutos de aquéllos, estableciendo de mutuo acuerdo los salarios a pagar*.

Organizará y estimulará las contrataciones de trabajo en común: transportes a los mercados vecinos del mayor número de productos con el menor número posible de animales, de carruajes y de personal; pasturaje colectivo en las tierras y en los prados comunales; creación de cooperativas para la fabricación de la mantequilla, del queso, etc.; organización de equipos de trilladores. En una palabra, procederá a alentar todas las organizaciones colectivas posibles que ayuden a disminuir los precios de los equipos y mobiliarios, de los transportes y de los locales, y a favorecer la inteligencia entre todos los miembros para la adquisición colectiva de los utensilios, semillas y abonos, así como a localizar a los compradores de productos agrícolas para ponerlos en relación con sus adheridos.

Sostendrá en materia de salarios los intereses de sus miembros ante los tribunales, en caso de accidentes que comporten incapacidad para el trabajo, de fraude, etc., y se encargará de dar total cumplimiento a los juicios emitidos; concederá anticipos en dinero a aquellos de sus miembros que no puedan esperar a la aplicación del juicio emitido en su favor; llevará a cabo todos los esfuerzos necesarios, no sólo para evitar que se alienen, sino que se acrecienten los bienes comunales.

En esta parte, que concierne a la acción sindical propiamente dicha y que refleja el doble deseo de ofrecer a los obreros agrícolas todas las ventajas de la asociación y de familiarizarse con la práctica comunista, el Comité añade el siguiente artículo, que precisa todavía de modo más neto la última de sus preocupaciones: Para favorecer el desarrollo moral de sus miembros, el sindicato creará una biblioteca. Por otra parte organizará conferencias periódicas que tendrán como finalidad:

1. Exponer las ventajas del sindicato desde el punto de vista del mejoramiento inmediato de las condiciones de los trabajadores;
2. Indicar por qué este mejoramiento sólo puede ser temporal y está subordinado a la agravación de la suerte de otros grupos de individuos, mostrando por ello que el fin de todas las asociaciones de productores es la supresión de la propiedad individual;

3. Exponer el funcionamiento económico de la sociedad y mostrar que al mismo tiempo que los nuevos métodos de producción aumentan la riqueza general, el número de aquellos que poseen menos de lo necesario se hace cada vez más considerable.
4. Demostrar las ventajas de la asociación y del trabajo efectuado en común con ayuda de los instrumentos mecánicos, tanto en lo relativo al aumento de la producción como a la economía de los costos.

En fin, y en un preámbulo anexo a los estatutos, el Comité, investigando los motivos por los cuales *la renta de la tierra disminuye constantemente*, insiste una vez más sobre la finalidad comunista del sindicato. Dada la permanente desvalorización de los productos a que condena la concurrencia, disminuyendo cada año el nivel de renta por hectárea, *la situación financiera de los cultivadores no puede mantenerse si no es con una extensión constantemente proporcional de su propiedad. Pero esta extensión está solamente al alcance de los cultivadores que disponen de capitales...* La crisis económica provoca después los efectos de hacer que el desarrollo de los terrenos puestos en cultivo rindan obligatoriamente de manera proporcional al decrecimiento de los precios de los artículos, con la consecuencia de condenar a la ruina a los agricultores para quienes tal desarrollo resulta imposible, dada su falta de capitales, y de restringir el número de los pequeños arrendatarios que aceptan vivir en las condiciones que se les imponen. *¿Pueden los pequeños cultivadores conjurar esa solución? No, concluye el Comité, porque el día en que todas las haciendas agrícolas de importancia facilitadas por la asociación de campesinos pobres amenacen con disminuir las rentas de los ricos propietarios territoriales, éstos se coaligarán entre sí como está ocurriendo en Bélgica y en Alemania y en esta lucha a base de medios financieros, las haciendas menos provistas de capital sucumbirán. Entonces ¿para qué pueden servir los esfuerzos indicados por el Comité? Para demostrar por vía experimental las ventajas que proporciona el trabajo en común y (una vez constatado que el sistema capitalista impide cualquier mejoramiento duradero en la suerte de la colectividad humana) hacer perder a los trabajadores del campo el amor ciego y por otra parte sin objeto, de la propiedad parcelaria.*

Ahora bien, *¿cómo aplicar este método?* Los obreros de la ciudad conocen poco a los campesinos, y además les profesan un cierto desprecio, como si el trabajo de la tierra no estuviera en el origen mismo de la vida. Por este motivo, si las Bolsas del Trabajo quieren hacer penetrar el socialismo en el campo, deben empezar por formar propagandistas especializados y conocedores de las condiciones de existencia de la vida rural y de los problemas económicos que tocan de cerca a la producción agrícola; luego es necesario no poner a estos propagandistas en relación directa con los cultivadores, a los que una cierta desconfianza podría alejar, sino con los obreros de las profesiones afines a la agricultura, los cuales, viviendo en el campo, tienen la confianza del campesino.

Creando por tanto en su seno comisiones de estudio que, sin perjuicio de los problemas económicos originados por la producción industrial examinan de manera especial los problemas agrícolas; discutiendo en reuniones plenarias y periódicas de los sindicatos los informes de estas comisiones, con la reserva de que para no resultar superficiales, las discusiones de los informes sólo se podrán llevar a efecto en la sesión posterior a la de la exposición de aquéllos, las Bolsas del Trabajo formaron escuelas de propaganda de un poder incomparable y se pusieron en condiciones de equilibrar la influencia hasta entonces ejercida sobre los campesinos por los propietarios territoriales. Como se dijo en Toulouse (1897) el campesino posee tal vez en mayor grado que el obrero de la ciudad el sentido de la cooperación comunista: lo posee en razón misma de la dureza del esfuerzo, de su ardiente deseo de sustituir una propiedad precaria por una propiedad duradera, y ha aportado pruebas tal vez bastante curiosas de ello, sobre todo en Bélgica y en Alemania. Por tanto, si las Bolsas del Trabajo, con paciencia y habilidad, sin querer precipitar el curso de las cosas, entran en contacto con el obrero de la tierra, atraerán al ejército proletario nuevos soldados, difíciles de

convencer -es cierto- pero dotados, una vez que se deciden, de una tenacidad y de un valor a toda prueba, como por otra parte lo demostraron en la guerra de La Vendée.

Apenas elaborado, entre otros, el método cuyas líneas directrices acabamos de trazar, algunas Bolsas del Trabajo se pusieron a la obra. Sindicatos de campesinos se incorporaron a las Bolsas de Narbona, Carcassona y Montpellier. La Bolsa del Trabajo de Nîmes, que intentaba conquistar a los sindicatos agrícolas del departamento del Gard, puso al mismo tiempo en marcha la formación técnica y teórica de los propagandistas especiales. Después de esto, se esforzaron por federar a los sindicatos agrícolas ganados a su causa en las Bolsas del Trabajo cantonales y de este modo se llevará a cabo la asociación compacta y definitiva de los obreros de la tierra con los de los talleres y fábricas.

Y en fin, ¿quién no conoce la admirable propaganda desarrollada por la Bolsa del Trabajo de Nantes, de acuerdo con Brunelliere, para la reagrupación de los viticultores del Loira inferior? ¿No tienen probado hasta la evidencia los socialistas de Nantes que el socialismo, lejos de significar la satisfacción de bajos instintos, es una fase inevitable de la evolución, porque halla auditorio receptivo y recoge adhesiones también en esos campos de Bretaña reputados como hostiles a todos los innovadores?

c) Propaganda marítima. Los obreros agrarios no son los únicos que deben ser todavía ganados para la causa de los trabajadores. Quedan los marinos y los pescadores.

Hablar del marinero significa evocar al mismo tiempo al *mercader de hombres*. Mas, ¿qué es esto de *mercaderes de hombres*?

Paseando por las vías populosas de Burdeos o Marsella -ha escrito Edouard Conte- habéis podido leer delante de una vitrina: *Tizio, negocios marítimos*. Entrad en el figón. El interior no difiere del de las tabernas ordinarias, salvo que en algunas jaulas cantan papagayos u otras aves exóticas y que además, sobre los muros del local aparecen paisajes marinos. La patrona de la taberna aparece en cuanto se entra. Es una mujer de 50 a 60 años, lo más frecuente de horrible aspecto. Tiene chata la nariz, o le falta un ojo, además de tener un hombro más alto que el otro. De toda su figura salen mechones de pelo que, según la luz, parecen blancos, o grisáceos. En resumen, su aspecto es el de una mujerzuela de los burdeles de tercera categoría.

Por una puerta que se abre sobre otro hueco, entran y salen riendo o cantando muchachas que llevan platos y vasos. Son las camareras del hotel. El único varón de entre el personal es un joven alegre, de unos 30 ó 35 años, amante de la vieja, rápido con las manos, sobre todo cuando estalla una disputa.

Tal es la joya que el marino se encuentra prácticamente encima cuando pone pie a tierra, e incluso antes. De hecho, el parásito, buscador de hombres, o *pisteur*, como le llaman, salta a la nave al atracar ésta y de inmediato aborda a su hombre, carga sus cosas en una carretilla, y alguno que otro pececillo en una red.

El marinero le dice: *No tengo dinero. Mis ahorros se han terminado. El armador no me pagará hasta dentro de tres días*. El *pisteur* lo sabe y responde que su empresa tiene confianza en la gente honesta. Todo queda hecho. A partir de ese momento nadie es más mimado que el marinero. La patrona le llama *muchacho mío* y hace discursos de lo más afectuoso. El hombre del puño duro le ofrece cigarrillos. Las camareras descubren al recién llegado abismos de amor que sólo un marinero puede colmar.

¿Tiene sed? Toda la cantina es puesta a su disposición. El chocolate que por las mañanas una de esas mujeres para todo le lleva, para hacer desaparecer los efectos de sus prestaciones, es

realmente extraordinario. La cuenta esta ahí para demostrarlo. Se la presentan al fin de los ocho días y asciende poco más o menos a la totalidad del dinero que el hombre tiene en el bolsillo. Poco más o menos, porque sería demasiado humillante que no tuviera para pagar. Entonces, caritativamente, le prestan diez o quince francos.

¡Ah!, dice el marinero despertando, es hora de buscarse un nuevo embarque. ¿Un nuevo embarque? -responde entonces la horrible vieja, cuyas sonrisas y atenciones desaparecen súbitamente, mientras las camareras para todo juran que todo ha sido virtuoso y anodino: *¿Alistarse de nuevo? He aquí al hombre que se ocupará de eso*, dice designando al arrogante mancebo que le sirve de todo. Efectivamente, éste es también agente de colocaciones, es decir, que cuando su cliente está arruinado interviene para ponerle a flote. Pero esto no ocurrirá sin que obtenga un nuevo beneficio: es decir, en el momento en que el marinero reenganchado recibe su anticipo. Entonces tendrá que pagar la comisión acordada y además los adelantos que el hotel ha *concedido generosamente* al marinero imprevisor e ingenuo... *¡Estos chicos, dice la patrona, si no se les pone en la puerta de la calle se pasarían aquí toda la vida!*

El marinero es un buen chico, ingenuo, resignado y fatalista. Paga y se reembarca... No obstante, comprende que ha sido engañado en las cuentas e intimidado por el valentón de la posada. Entonces hace la denuncia en la policía. Bien entendido que ésta da la razón al desplumador de los marineros, pues no en vano está en fructuosa connivencia con él. Si el robado insiste, ¡entonces le meten en chirona por haber violado las tradiciones!

Tal es la explotación a que está sometido el marinero, hombre por su fuerza muscular y su resistencia a la fatiga, pero todavía niño en lo relativo a la razón.

Junto al marinero se encuentra el pescador, que sufre las mismas experiencias de su compañero y al que los fabricantes de conservas y los armadores tratan con la mayor dureza. A los obreros de la pesca de mar adentro (la de Islandia, Terranova, Mar del Norte) se les ha hecho creer que sería más ventajoso para ellos cobrar por meses en vez de hacerlo por salida, y después de haberlos convencido de la conveniencia de deshacerse de sus barcos pagándoles 150 francos al mes, luego de sustituir sus redes de cáñamo, adquiridas con grandes sacrificios, por otras de algodón, propiedad de los armadores, son reducidos poco a poco a la percepción de salarios de 80, 70 y hasta 50 francos. En cuanto a los pescadores que hubieran querido reemprender la pesca por cuenta propia, ¿cómo habrían podido hacerlo, desde el momento en que el pescado ha caído a precios tan irrisorios y contando, además, con que tendría que venderlo salado y ahumado y con que los medios necesarios para la salazón y el ahumado reclaman capitales considerables? De esta manera los desdichados pescadores se ven obligados, a menos que prefieran arrojar al mar los productos de una pesca difícil y peligrosa, a cederla a cualquier precio a los propietarios de los barcos, que en general son también industriales conserveros.

En cuanto a los pescadores de sardina, las huelgas que han sostenido en los últimos años han puesto al descubierto su miseria, y ha sido necesario que llegaran a una imposibilidad práctica de subsistencia para que salieran de su resignación y habitual pasividad. Sobre todo a partir de 1895 se produjo una agitación considerable entre los pescadores de las costas atlánticas. A partir de esta fecha cierto número de ellos participaron en el movimiento de huelgas que entre los enlatadores y soldadores había suscitado la cuestión ya vieja de la supresión de los antiguos sistemas de enlatado y la introducción en algunas fábricas de máquinas para la soldadura. Esta situación excepcional llevó también a los pescadores a desencadenar otras agitaciones por su cuenta.

Y era tiempo. A una intensa miseria, agravada cada año por una escasez absoluta o una abundancia excesiva de pescado, igualmente desastrosa, se unían las maniobras empleadas por los fabricantes conserveros y los armadores para detener la decadencia de la industria de la

pesca. De todas estas maniobras hay algunas que merecen señalarse para dar una muestra del ineluctable antagonismo existente entre el productor y el intermediario.

Algunos éxitos ya aludidos en el año 1895 por parte de algunos sindicatos de pescadores recién constituidos habían propagado por todo el litoral las asociaciones corporativas e inspirado la idea de utilizarlas para el racionamiento del pescado. A este respecto los pescadores habían decidido: unos salir en los barcos sólo una vez por día y permanecer en tierra los domingos; otros salir al mar un día sí y otro no; por fin, otros, arrojar al mar una parte de la pesca sobrante obtenida. Otros diversos procedimientos debían converger también para lograr el aumento de los precios. Pero los fabricantes de conservas imaginaron medios de defensa, entre ellos la obligación de la *firma*, es decir, el compromiso por parte de los pescadores y soldados de no formar en absoluto parte de ningún sindicato, luego la colocación en sitios apropiados de carteles, sobre todo en los muelles de Port-Luis, indicando a todas las industrias vecinas el precio al que se debía adquirir el pescado. Por fin, la habilitación de lanchas a vapor destinadas a separar a las industrias de las coaliciones formadas por los marinos.

Los esfuerzos desplegados por estos últimos para paralizar la producción no han sido todavía vencidos. Después de 1896 la lucha siguió con aspereza. Ahora bien, ¿puede afirmarse que diera resultados? No, y esto en virtud de la cantidad de los peces capturados, dado que una serie de pescas afortunadas podía ir seguida de numerosas pescas completamente insignificantes. También parece que los esfuerzos de los marineros debían resultar infructuosos porque su coalición debe siempre ceder ante la de los detallistas y vendedores de pescado. En cuanto a los pescadores con embarcaciones a vapor, su número aumenta y acabarán por arruinar a la población costera, si los pescadores no buscan por su parte desvincularse de los armadores. En realidad, son muy numerosos los marinos que, impulsados por la miseria creciente y constatando que cada año que pasa la pesca tiende a alejarse de las costas, desean deshacerse de su barco de vela y enrolarse en los barcos a vapor. Por otra parte les incita la paga, relativamente elevada acordada hasta entonces a las tripulaciones: el marinero recibía cerca de 72 francos, el 2 por ciento de la venta del pescado y otras ventajas, lo que suponía un total de 120 francos al mes. Pero a medida que aumentaba el número de barcos a vapor y en consecuencia las demandas de embarque, no sólo fue disminuyendo el nivel de los salarios, sino que por otra parte los pescadores que seguían poseyendo barcos de vela se vieron en la imposibilidad absoluta de establecer libremente el precio de su pescado.

A pesar de esta situación, el Comité federal de las Bolsas del Trabajo habría aplazado cualquier tipo de propaganda en favor de los marineros si dos hechos no hubieran llamado su atención: el primero fue la creación en Marsella, en Burdeos, en Nantes y en Boulogne-sur-Mer de *Casas del marino*, bien financiadas ciertamente por los consejos generales y municipales, por las cámaras de comercio y los armadores de estas diversas ciudades, pero que vendían su hospitalidad al precio usual en otras localidades; algunas estaban cerradas a los marinos extranjeros, tenían pocas plazas y su aspecto era repugnante. Ahora hay que preguntarse qué significan estas *Casas del marino* si no eran instituciones susceptibles de formar parte tanto de las Bolsas del Trabajo como de las sociedades corporativas. Y ahora hay que preguntar también: ¿por qué no debían pensar las Bolsas del Trabajo en utilizar su capacidad organizativa y de propaganda y prestar a la sociedad cooperativa su experiencia administrativa para unir los trabajadores de la industria a los trabajadores del mar?³⁹

Las *Casas del marino*, gobernadas administrativamente, imponían a los marineros graves inconvenientes. Se hacía necesario frenar hábitos tal vez groseros, sufrir la inquisición de personajes que imponían respeto, asumir en resumen y por completo un comportamiento que

³⁹ Hace ya quince años que nosotros mismos, de acuerdo con un fogonero de la *Compañía General Transatlántica*, llamado Provost y con el comandante Servan, habíamos preconizado en Saint-Nazaire la creación en Francia de las *Sailor's Home* (Casas del marino).

sólo una prolongada educación puede crear. Mas si a los trabajadores se les hubiera ofrecido un lugar de asilo con la comida y el alojamiento lo más económico posible, donde tanto la entrada como la salida fueran libres y reinase una sinceridad y franqueza tal en el comportamiento, que hiciera de este modo fácil la relación con el obrero, entonces tal vez los marinos, sintiéndose en un ambiente fraterno, viviendo en contacto, no con censores, sino con amigos indulgentes, habrían dado en frecuentar las casas habilitadas.

Este fue el primer hecho que al Comité federal le permitió instrumentar una propaganda entre la gente de mar. El segundo fue la tentativa de constituir en algunos centros de pesca una sociedad cuya finalidad sería crear en todos los centros un almacén cooperativo destinado a distribuir a precios de costo los alimentos e instrumentos necesarios en la industria de la pesca; a vender en común el producto de la pesca a los consumidores o sus mercancías principales sin intermediarios, en subastas locales; también el construir nuevos barcos modelo, proveyendo a los adherentes de medios para luchar con éxito contra la producción extranjera; asimismo, dotar a cualquier centro de pescadores de embarcaciones a vapor. Ahora bien, y también en relación con esto, ¿no deberían tal vez intervenir las Bolsas del Trabajo entre los pescadores, provocando la creación de cooperativas que, actuando en relación con la Bolsa de las sociedades obreras de consumo de París, asegurarían la venta directa en los *Halles centrales* (mercados generales) de los productos de la pesca?

He ahí los proyectos que se acordaron en septiembre de 1897 en el V congreso de las Bolsas del Trabajo, celebrado en Toulouse.

Se vieron favorablemente acogidos, dice el informe del Comité. Llegaron estímulos favorables por parte de Nantes, Saint-Nazaire y Le Havre. Sin embargo, el esfuerzo requerido era demasiado grande, sobre todo teniendo en cuenta los fracasos anteriores. Los marineros ya habían intentado reagruparse en el pasado. Desgraciadamente, esta categoría de trabajadores se preocupaba primordialmente de gastar en los períodos de desembarco los excedentes de fuerza acumulada durante las travesías y resultaba difícil localizarlos. Por lo menos hasta hoy no ha sido posible hacerles participar en la acción obrera socialista. Las propias *Casas del marino* confesaban en informes recientes *no haber reclutado entre los marinos toda la clientela que esperaban*. Por otra parte se nos objeta que la sociedad corporativa tiene bastante con su lucha contra las coaliciones comerciales para dedicarse además a dispersar su esfuerzo en otros sentidos.

Por tanto, el Comité federal de las Bolsas del Trabajo no había obtenido, en lo relativo a las organizaciones de marineros y pescadores las satisfacciones halladas en la propaganda realizada entre los campesinos, pero se mantenía tranquilo, porque sabía que el tiempo es un gran maestro y porque los pescadores, cuyo concurso no se había previsto, parecen haber comprendido ya por sí mismos los beneficios de estas asociaciones de que se pensaba dotarles. La localidad de Le Croisic poseía efectivamente desde hacía dos o tres años una sociedad cooperativa ya floreciente. Otras estaban en vías de organización en el resto del litoral. La última huelga marítima de Nantes había favorecido la reagrupación de los marinos y los pescadores de los pueblos situados entre Nantes y Saint-Nazaire. Bordeaux contaba con tres sindicatos de marineros. La misión asumida por las Bolsas del Trabajo se simplificaba por este motivo y nadie dudaba de que el contagio del ejemplo de ayudar a la reagrupación corporativa, que englobaba a gran número de trabajadores industriales, que cuenta ya con numerosos campesinos, atraerá finalmente y pronto a sus compañeros de lucha y de trabajo: los marineros, de modo que pueda así completarse la organización general del proletariado.

d) La acción cooperativa. La propaganda entre los marineros, ya los hemos dicho, requiere la colaboración de las Bolsas del Trabajo y de las Sociedades cooperativas. Si efectivamente las primeras deben aportar en la formación y en el funcionamiento de las *Casas del marino* y de las asociaciones de pescadores medios de propaganda, de organización, de educación y de

colocación excepcionales, las segundas sólo podían ofrecer el sentido comercial y administrativo indispensable. Ahora, hay que recordar con cuánto desprecio trataron los sindicatos durante mucho tiempo a los cooperadores; por ello se nos preguntará cómo es posible que esos mismos sindicatos se pongan hoy de acuerdo para actuar en común con sus enemigos de la víspera.

El hecho es que al mismo tiempo que la sociedad cooperativa, al experimentar la evolución general de las asociaciones obreras, rompía más o menos abiertamente con la prácticas mezquinas que le habían hecho censurar primero a los socialistas y luego a los positivistas, los sindicatos percibían la necesidad de completar su lucha de cada día mediante una intervención en el campo económico, y de no trabajar sólo para la protección del salario, sino también para la eliminación de las causas de la debilidad del poder adquisitivo. Esta evolución simultánea de las cooperativas y de los sindicatos les llevaba por tanto, necesariamente, a un acuerdo.

Algo que aceleró esta conclusión fue sin duda la fundación de la *Cristalería obrera*, donde cooperadores y sindicalistas se encontraron, con gran sorpresa por parte de Jaures, para manifestar en las reuniones del movimiento socialista parlamentario graves reservas. A partir de entonces las sociedades corporativas no dejarán de testimoniar su simpatía por los sindicatos, y por su parte, éstos se dedicaron al desarrollo de las sociedades corporativas, tanto en el campo de la producción como en el del consumo.

¿Son necesarios ejemplos de las transformaciones morales súbitas de la sociedad cooperativa obrera, administrada exclusivamente por obreros? He aquí algunos, que citamos de la encuesta sobre Sociedades cooperativas de producción publicada en 1897 por parte del Ministerio de Comercio. Haciendo en primer lugar una comparación entre la fuerza numérica de las asociaciones en 1885 y 1895, se nos informa como sigue (p. 8):

El año 1885 señaló el punto culminante del viejo cooperativismo; el año 1895 es, por el contrario, la plena ascensión del nuevo cooperativismo y, aun guardándonos de pretender adivinar el porvenir, cabe recordar que de la comparación con las cifras de 1881 se obtiene una impresión todavía más favorable.

Las asociaciones no se limitaban ya solamente a los obreros propiamente dichos, encargados de colaborar con la administración, sino que se extendían por igual a los empleados de cualquier ramo de la administración, que, por tanto, dejan de ser trabajadores. Estos comprendían por ejemplo, contables y *consejeros técnicos, aptos por sus estudios para las diversas funciones industriales y comerciales*. De aquí el sentido del nuevo vocabulario: asociación integral...

En lo que respecta al campo de las condiciones del trabajo, muchas asociaciones aplicaron y también superaron las decisiones votadas por el congreso corporativo.

La asociación corporativa de los tapiceros de París aplicó la jornada laboral de ocho horas y pagaba nueve francos. Se oponía al trabajo a destajo, excepto en el caso de que un obrero no contribuía con una producción normal en el curso de la jornada.

La sociedad cooperativa de cortadores de helados de París adquirió y distribuyó, sin gastos, en el ámbito de sus *talleres*, todos los productos necesarios para la alimentación del personal. Hacían el trabajo por jornada, como los tapiceros.

La cámara consultiva de la sociedad de producción no tenía necesidad de oficinas. Ella misma declaraba que se *administra de manera anárquica*.

La minería de Monthieux estableció ocho horas de trabajo, suspendiendo el trabajo a destajo.

En materia de salarios la encuesta hacía una constatación precisa. El salario medio de los asociados -afirma- se eleva, para el conjunto de las cooperativas sometidas a encuesta, a 1.410 francos por cabeza; el de los auxiliares a 1.160 francos. Por este motivo la diferencia de tratamiento se produce solamente por el ingreso en consorcio de un número limitado de grandes sociedades, *la mayoría de las asociaciones -afirmaba la encuesta- pagan un salario igual por un trabajo igual.*

Las cooperativas repartían al final del ejercicio sólo una parte relativamente exigua de las utilidades; el resto en la mayoría de los casos se dejaba en las cajas para casos de socorro o de pensiones.

En el 21 por ciento de las asociaciones los miembros formaban parte obligatoriamente del sindicato de la profesión. El 36 por ciento se fundaron con el fin de pagar los precios ya determinados por una *serie*, o tarifas sindicales.

De 215 sociedades, 110 tenían prohibido el trabajo a destajo; 10 repartían los beneficios sin hacer distinciones entre asociados y auxiliares, y proporcionalmente, no al trabajo, *sino a las horas de trabajo o las jornadas trabajadas.* Es inútil añadir que estas diez sociedades hacían todo el trabajo a base de jornada.

Hagamos notar, por fin, que la sociedad cooperativa de consumo del departamento del Sena, imitando -aunque con espíritu más amplio- el ejemplo que les habían brindado las sociedades de producción, constituyeron una unión, llamada *Bolsa del Trabajo de la sociedad obrera de consumo*, cuyos procedimientos y tendencias eran similares a los de la Federación de las Bolsas del Trabajo.

Intermediario permanente entre los sindicatos afiliados a las Bolsas del Trabajo, y llamado luego a orientarlos en la constitución de las sociedades cooperativas con estatutos envejecidos, y por ello peligrosos para los neófitos del cooperativismo, el Comité federal tenía que verse obligado, antes o después, a proponer a las Bolsas del Trabajo el estudio para la reforma de los estatutos que ellas venían reclamando.

En efecto, en 1898 el congreso de Rennes examinó y aceptó las siguientes modificaciones:

1. Supresión de cualquier trabajo a destajo.
2. Sustitución del salario proporcional por el reparto igualitario existente en la mayor parte de las sociedades comanditarias tipográficas.
3. Supresión de toda diferencia de trato entre los asociados y los auxiliares.
4. Búsqueda por parte de la cooperativa de producción de la clientela de la sociedad de consumo.

¿Necesitan comentario estas reformas? Por lo que respecta a la práctica del trabajo a destajo resultaba evidente que, condenada por todos los congresos obreros, las Bolsas del Trabajo debieron empezar por proscribirlas en las sociedades cooperativas fundadas y auspiciadas por ellas. En cuanto a la organización de lo que los tipógrafos llaman *comandita igualitaria*, consiste en dividir el precio de cada trabajo por el número de los comanditarios que han colaborado, de tal modo que todos recibieran iguales retribuciones por hora ... El grupo en comandita, que puede abarcar a todos los trabajadores de un taller o fábrica, al objeto de asegurar la repartición igualitaria tanto de los trabajos buenos como de los malos, se forma y se administra libremente; ellos mismos eligen al encargado de repartir los trabajos, el cual en la mayoría de los casos no recibe retribución suplementaria, y además señala el mínimo de producción (calculada siempre

en base a la capacidad del obrero medio) que debe realizar en un tiempo dado cada uno de los miembros de la comandita.

Este procedimiento, como vemos, es esencialmente comunista y fue ideado, a nuestro juicio, por dos discípulos de Proudhon. El obrero hábil que en una jornada de diez horas ha producido el trabajo de once o doce horas, no pretende más que el que ha dado una producción menor. Y aunque parece que en esas condiciones no habría interés en sobreproducir, en realidad, la producción era provechosa para todos porque disminuía la parte alícuota del salario horario. Con este sistema los comanditarios más cortos en el trabajo, o más viejos, se beneficiaban del esfuerzo general sin que sus compañeros más vigorosos o más hábiles pudieran oponer argumentos para reducir el ritmo del trabajo propio.

La supresión de cualquier diferencia entre los asociados (asociados y auxiliares) tendría como efecto igualar la ganancia obtenida por un mismo trabajo por parte de los miembros de la sociedad y de los obreros empleados ocasionalmente. Por otra parte, esta igualdad existe en la mayor parte de las actuales sociedades cooperativas de producción. En fin, la cuarta reforma tenía por objeto proteger a las cooperativas de producción contra la rebaja de los precios de venta (fuente de depreciación de los salarios, a que se ven abocadas, sobre todo al comienzo de su existencia, por la búsqueda de la clientela fluctuante. Esta reforma ha sido inspirada por el ejemplo de la sociedad de fabricantes de zuecos *La Conciliation*, de Limoges, que se fundó después de haber concluido un acuerdo con la sociedad de consumo *L'Union* (700 miembros), por el cual ésta *aceptaría todo el producto que se pudiera concebir imaginativamente y fabricar con brío, al precio del comercio al detalle, disminuido en un 11 por ciento.*⁴⁰

Finalmente, añadamos a título informativo, que las Bolsas del Trabajo, deseando que los instrumentos de producción fueran de propiedad social (indivisa e inalienable) y no propiedad de los grupos de trabajadores (aunque estos grupos comprendieran la totalidad de los obreros de una profesión determinada) intentaron crear, en materia de producción cooperativa, no un capital alienable, que algunos obreros pudieran repartirse antes o después, sino un capital de mano muerta laica, que restituiría poco a poco al trabajo, considerado como persona moral, la totalidad de la riqueza pública.⁴¹

Estas son las bases sobre las cuales las Bolsas del Trabajo constituirán en lo sucesivo las sociedades cooperativas. Si se tiene en cuenta el número considerable de obreros federados, el número importante de sindicatos aislados que se inspiran en la federación, y si se considera

⁴⁰ *Les Associations de production*, 1 vol. en 8°, publicado por *L'Office du Travail*, 1898.

⁴¹ Ejemplo: La Cristalería Obrera. Pero el sistema de la Cristalería Obrera dejaba subsistir diversos inconvenientes: mantenía en primer lugar las cooperativas de producción autónomas y esto es desagradable porque, no importa lo que se haga, la sociedad de producción debiendo estar siempre en condiciones de inferioridad respecto a las condiciones puramente capitalistas, no podría nunca realizar la concepción cooperativa socialista; además, este sistema hacía prácticamente difícil la determinación del uso a que serían destinados los beneficios eventuales de la fábrica. ¿Qué hacer, por ello, para suprimir al mismo tiempo las cooperativas de producción conservando sin embargo la producción cooperativa y facilitar con rapidez el destino dado a las utilidades proporcionadas por el trabajo cooperativo? Un escritor joven de gran talento, A. D. Bancel parece haber encontrado la solución del problema proponiendo que todos los esfuerzos socialistas apunten de ahora en adelante al desarrollo de las sociedades cooperativas de consumo, de modo que éstas se vean rápidamente abocadas a producir por sí mismas, en establecimientos cooperativos propios, el mayor número posible, si no la totalidad de los productos que necesitamos. De ese modo desaparecería el antagonismo económico, fruto de la concurrencia, que existe entre las asociaciones corporativas como entre las privadas, y se trataría de establecer entre la producción y el consumo una circulación normal. Más tarde, ir a la sustitución progresiva de las sociedades cooperativas de producción creadas sin reflexión, sin cálculo y sin guías, de existencia precaria y difícil acceso, por establecimientos cooperativos que sean al mismo tiempo la propiedad y la obra de colectividades siempre abiertas de consumidores. Esta teoría, tomada de un estudio relativo al movimiento de cooperación inglés, merece un examen detenido, que aparecerá en el próximo trabajo de Bancel.

que todos estos hombres serán antes o después cooperadores, se puede llegar a la conclusión de que antes de diez años el movimiento cooperativo francés estará completamente transformado.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL COMITÉ FEDERAL DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

La Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia está representada por un Comité con sede en París y que se compone de un delegado de cada una de las Bolsas del Trabajo adherentes.

Para ser delegado de una Bolsa del Trabajo es necesario estar inscrito en el sindicato, estar en posesión de las condiciones de domicilio y tiempo libre necesario para asumir el propio mandato con puntualidad, y haber dado pruebas de interés en el desarrollo de las Bolsas del Trabajo.

Lo que parece sorprendente a primera vista es que se pueda formar parte del Comité, o lo que es igual, ser llamado a administrar los intereses generales de las Bolsas del Trabajo sin estar personalmente adherido a una Bolsa del Trabajo. Esta anomalía se explica si se considera que el Comité tiene su propia sede en París y que la organización corporativa europea funciona de modo excelente.

La Federación declara que no existe en París una Bolsa del Trabajo. Para aquélla, en efecto, una Bolsa del Trabajo no puede ser otra cosa que la unión general de los sindicatos de una ciudad, que administra libremente los fondos y los locales puestos a su disposición por la municipalidad. Ahora bien, *no hay ni puede haber legalmente en los inmuebles de la Rue du Chateau-d'Eau y de la Rue Jean-Jacques Rousseau, ninguna unión de sindicatos que goce de prerrogativas similares*. Los inmuebles están administrados y la subvención municipal⁴² es delegada para su reparto al prefecto del Sena; por otra parte a una asociación particular de sindicatos constituida a partir de la reapertura de dos inmuebles (1896), se le retiró el derecho de asumir la denominación de *Bolsa del Trabajo de París*.

Estas uniones, conocidas bajo el nombre de *Unión de los sindicatos del departamento del Sena*, fueron admitidas ciertamente, en la *Federación de las Bolsas del Trabajo de París*, pero hay dos razones que se oponen al hecho de que los candidatos delegados al Comité fueran *obligatoriamente* miembros de la *Unión del Sena*. La primera (hoy ya abolida) es que la *Unión* tiene su sede en Rue du Chateau-d'Eau y que los sindicatos parisinos descontentos de tener que rehusar la esperada hospitalidad, ya no querían seguir formando parte de una reagrupación que la ha aceptado. La segunda razón es que la *Unión* rechazaba a todos los sindicatos constituidos ilegalmente y la Federación no podía impedir el hacer participar en su trabajo a excelentes sindicatos, culpables sólo de sostener un punto de vista particular sobre las leyes del 21 de marzo de 1884.

⁴² Cuando existía, lo que ya no ocurre en el momento en que se termina este libro, porque el crédito de 110.000 francos acordado a la Bolsa del Trabajo, fue suprimido por la nueva mayoría del Consejo municipal (sesión del 29 de diciembre de 1900) -o lo que es más exacto y la misma cosa- la asignación fue retirada a la Comisión administrativa de la Bolsa del Trabajo (Nota de Maurice Pelloutier).

He aquí por qué, teniendo el Comité su propia sede en París, era suficiente para formar parte del mismo la práctica claramente encaminada al desarrollo y a la acción de las Bolsas del Trabajo.

Aparentemente, ninguna regla presidía el reclutamiento de los miembros del Comité. Cada delegado designaba al secretario los militantes sindicales de su conocimiento en disposición de representar a una Bolsa del Trabajo, y el secretario redactaba una lista de nombres que le habían comunicado, la cual era enviada a todas las Bolsas del Trabajo privadas de representante o de reciente adhesión. Mas debido a ciertas recriminaciones se acordó en el congreso que debería ser el secretario quien completara, en lo posible, las listas de los candidatos delegados en base a las indicaciones de sus vínculos políticos, de tal modo que las Bolsas del Trabajo, si lo juzgaban oportuno, eligiesen representantes que profesaran exactamente sus mismas opiniones.

Por otra parte esto no representaba sino la consagración de un hecho existente desde hacía mucho tiempo. Dado que ciertos miembros del consejo local parisino de la *Federación de Sindicatos y grupos corporativos*, habían intentado en 1894, con maniobras más o menos leales, la conquista de un comité que se consideraba muy importante, el secretario, nombrado en 1894, se esforzó siempre por mantener la igualdad proporcional entre las diversas opiniones socialistas profesadas dentro del Comité, y también garantizar a cada una de las Bolsas del Trabajo un representante que reflejase sus puntos de vista, de manera que el Comité diera lo más exactamente posible la imagen de las Bolsas del Trabajo federadas.

Cuarenta y ocho Bolsas se adhirieron a la Federación⁴³. La mayor parte rechazaban cualquier vínculo político y es sobre todo en el grupo de sus representantes donde hay que buscar a los auténticos libertarios que las Bolsas del Trabajo han mantenido en su interior a pesar de los reproches de muchas escuelas socialistas y que, en silencio, han contribuido decisivamente en los citados años al relanzamiento de la iniciativa individual y al desarrollo de los sindicatos.

Tres Bolsas del Trabajo, cuyos adherentes estaban en diversa proporción afiliados al *Partido socialista revolucionario* (blanquista) se veían representadas por miembros del *Comité socialista revolucionario central*.

Una docena de Bolsas del Trabajo, en fin, de tendencia *alemanista*⁴⁴ tenían como delegados a miembros del *Partido obrero socialista revolucionario*.

⁴³ Actualmente existen sesenta y cinco. Véanse los [Documentos complementarios](#) (Nota de Mautice Pelloutier).

⁴⁴ OeJean Allemane, diputado socialista. Los socialistas presentaban entonces diversas corrientes, siendo una de ellas los partidarios de Allemane. Otras eran los partidarios del blanquismo y por consiguiente de Blanqui, los de Jules Guesde y los *posibilistas o broussistas*, seguidores de Henri Brousse. (Nota de la edición italiana). Pero veamos un texto esclarecedor. Estos dos grupos (alemanistas y blanquistas), sobre todo el primero, dominaba la Bolsa del Trabajo de París, tras una breve supremacía de la fracción moderada del socialismo, representada por la *Federación de Trabajadores socialistas*, corrientemente calificada como *posibilista o broussista*. Debe esta denominación a haber conducido progresivamente a un grupo importante de los trabajadores de ideología socialista a la ideología sindical. La escisión de 1890, encabezada por Alemane, estuvo en el origen de la creación del *POSR*. Por tanto no es extraño ver a este hombre sostener fervientemente la huelga general, la supremacía del sindicalismo, y en general conectado a una ideología obrerista. En 1895, incluso antes de que se abra el congreso de Limoges, Fernand Pelloutier inició en *Les Temps Nouveaux*, de lean Grave, portavoz oficial del anarquismo, una serie de artículos destinados a invitar a los anarquistas a penetrar en los sindicatos. En el primero de éstos, aparecido el 6 de julio de 1895 bajo el título *La situación actual del socialismo*, Pelloutier sostiene que la situación está en camino de clarificarse y que muy pronto sólo permanecerán dos partidos socialistas, el primero marxista y parlamentario, que reagrupará a broussistas, guesdistas y blanquistas, y el segundo revolucionario, compuesto por alemanistas, sindicalistas y comunistas libertarios. (Jacques Juillard, Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe, págs. 120, 132; Editions du Seuil, Paris 1971).

No hay ninguna Bolsa del Trabajo que profese la teoría de la *Federación de los trabajadores socialistas* (broussistas) y en cuanto a las cinco Bolsas del Trabajo más o menos vinculadas con la política del *Partido Obrero Francés*, el día en que constaten que la sede del Comité no será nunca transferida a las provincias y no estarán por tanto sujetas a su influencia, abandonarán la Federación.

El Comité no tiene una oficina propia ni tampoco un presidente en sus sedes. Las cuestiones pendientes las resuelven un secretario (cuya retribución es de 1.200 francos anuales)⁴⁵, un secretario adjunto y un tesorero responsable. Todas las sesiones empiezan por la lectura del acta anterior y de la correspondencia; luego se continúa con la discusión de los problemas suscitados por la correspondencia o indicados en el orden del día propuesto por los delegados. No hay votaciones, excepto el caso, muy raro, de que aparezcan divergencias irreductibles. Las reuniones se celebrarán dos veces por mes y se desarrollarán desde las nueve hasta la medianoche.⁴⁶

La supresión del presidente de la sesión y de las votaciones inútiles fue adoptada sólo a partir del ingreso en el Comité de los delegados libertarios. La experiencia convenció pronto a todos los miembros de que entre hombres serios y desinteresados no había necesidad de zancadillear ni de vigilar a nadie, dado que cada uno hace cuestión de honor el respetar la libertad de discusión y también (sin referirse por ello menos a los principios) mantener los debates a un nivel elevado.

Entre 1894 y 1896 todos los esfuerzos de las Bolsas del Trabajo de Lyon, de Grenoble y de Toulon se dirigieron a denunciar esta tendencia *anarquizante* y a obtener por parte de cada congreso federal el traslado del Comité, bien a una ciudad de provincia, bien a la sede de cada uno de los congresos.

¡Homéricas fueron las disputas que tuvimos que mantener en los congresos de Nîmes (1895) y de Tours (1896) para deshacer los proyectos de nuestros adversarios! ¡Qué tacto tuvimos que desplegar para salvar a una asociación ya amenazada, sin alterar una diplomática concordia!

Vosotros no podéis pensar en llevar el Comité federal a los departamentos -sosteníamos- porque en cualquier ciudad de provincia se verá en la imposibilidad de reclutar los delegados necesarios para constituirlo; no es justo, mientras el Estado concentra los propios medios de defensa, dispersar vuestra fuerza, porque siempre ocurrirá que en el momento en que los miembros salientes de vuestro Comité hayan llegado al dominio de una práctica difícil de adquirir, será necesario buscarles sucesores, quienes tendrán que empezar el aprendizaje administrativo desde el comienzo.

Sin duda -concluíamos- nosotros somos federalistas; sin duda que no debemos cesar en la reivindicación de la autonomía comunal, la división de los poderes, la disminución de la autoridad central. Ahora bien ¿debemos aplicar a nosotros mismos estas reivindicaciones? Evidentemente no, a menos que queramos hacernos víctimas de nuestros errores. Combinar nuestros esfuerzos para debilitar a la clase explotadora, disputar al Poder central hoy una atribución, mañana una jurisdicción, otro día determinada prerrogativa: efectivamente, esta es nuestra misión; pero al mismo tiempo que trabaja en el debilitamiento de su enemigo, en la disgregación de la centralización gubernamental, el proletariado debe llevar a cabo la concentración de su propia fuerza para aumentar más cada vez sus posibilidades de victoria y

⁴⁵ Después del 22 de marzo de 1901, fecha en la que es sustituido Fernand Pelloutier, funciona en la Bolsa del Trabajo central un servicio permanente, cuyo titular, el compañero Georges Yvenot, recibe un salario diario de ocho francos (Nota de Maurice Pelloutier).

⁴⁶ Después del congreso de Niza (17-21 de septiembre 1901), las reuniones se celebran sólo una vez cada mes, precisamente el segundo viernes de cada mes. (Nota de Maurice Pelloutier).

acelerar la hora de la transformación social. Hecha la revolución ya no habrá Estado y por ello desaparecerá la centralización.

A esto respondían los partidarios de la transferencia que al administrar los asuntos federales las pequeñas ciudades adquirirían la capacidad administrativa de que carecían, lo cual era deplorable, y que tal traslado de funciones liberaría a París de la acusación de acaparamiento de las mismas que se le han dirigido; aparte, argüían, la provincia poseía cierto número de Comités de federaciones profesionales muy florecientes, y que, en fin, los descentralizadores tenían el deber de experimentar, al menos por un año, la capacidad organizadora de la provincia.

Las Bolsas del Trabajo no acogieron nunca estas objeciones, en primer lugar porque advirtieron que eran poco sinceras y se inspiraban más bien en la pasión política, y además porque tenían sobre el problema de la centralización y del federalismo ideas de carácter más práctico que sentimental.

En efecto, las Bolsas del Trabajo son profundamente federalistas, y habrían denunciado el pacto federativo sin dudarle si el Comité hubiera pretendido dictarles lo que tenían que hacer, o soluciones verticales, atribuyéndose fuerza legal, transformándose, en una palabra, de oficina de información y correspondencia que era, en Comité directivo.

Las Bolsas del Trabajo, no sólo no han auspiciado nunca por parte del Comité otra cosa que el estudio preliminar de los temas de interés común (estudios y temas sobre los que al final se reservan el derecho de aceptación o de rechazo), sino que de igual modo consideran sus congresos sólo como centros donde se forjan los instrumentos de discusión y de trabajo. Podemos también citar casos en que las Bolsas del Trabajo han rechazado ciertas deliberaciones.

No obstante, se comprenderá que, para ser de utilidad, el Comité debía tener su propia sede en París, y mantenerla de modo que ello no significara ningún tipo de adhesión a la política centralizadora, sino la necesidad de evitar que el Comité fuera a parar cada año a las manos de una nueva secta política (lo que habría ocurrido fatalmente si el Comité hubiera sido trasladado a provincias), y además, de mantenerlo en contacto directo con la vida social, abrirle la puerta de las experiencias económicas, fortificarlo con la fuerza de las demás agrupaciones corporativas parisinas; en resumidas cuentas, había que actuar de modo que se pudiera informar de manera segura y rápida de todos los acontecimientos públicos de algún interés.

Es por esto que las Bolsas del Trabajo directamente consultadas sobre la cuestión, dieron en 1897 a la decisión tomada anteriormente por los congresos de Nîmes y de Tours, la confirmación más clamorosa. Desde entonces, el debate anual sobre traslado o mantenimiento del Comité ya no ha vuelto a figurar en el orden del día de los congresos de la Federación.

¿Ha abusado el Comité de su victoria? Esto nos lo podrá decir su método de trabajo.

Todas las reuniones federales, ya lo hemos dicho, se destinan a:

1. Las cuestiones planteadas por la correspondencia.
2. Los proyectos emanados de la iniciativa del Comité.
3. Los proyectos emanados de la Bolsa del Trabajo.

Las cuestiones planteadas por la correspondencia son generalmente de orden administrativo y de mediocre importancia, y es raro que el Comité se limite pura y simplemente a aprobar la que haya elaborado el secretario.

Pero a veces ocurre que afloran puntos espinosos de la doctrina sindical y también de los principios socialistas. Por ejemplo ¿se pueden admitir en una Bolsa del Trabajo vendedores ambulantes, o gente susceptible de ocupar ocasionalmente empleos asalariados? ¿Puede alguien que por cualquier razón ha abandonado el sindicato de su profesión, ser admitido en otro con el pretexto de que hay obreros de los dos oficios en el mismo taller o, en otros términos, que los dos oficios concurren en la confección del mismo producto? ¿Puede un militante cuya profesión no cuente con bastantes miembros para constituir un sindicato, llegar no obstante a ser secretario de una Bolsa del Trabajo? ¿Puede un sindicato destinar una parte de sus fondos a la creación de un servicio de socorros mutuos, a pesar de la protesta de cierto número de sus miembros? Se observa cómo, por una parte, tales cuestiones interesan al principio de la lucha de clases, considerada no como un dogma (las organizaciones corporativas no se infectan de teoría y su empirismo, digámoslo en pocas palabras, vale tanto como cualquier otro sistema y, por otra parte, tiene la duración y la exactitud de las previsiones de almanaque), sino como medio de salvaguardia contra las invasiones de los pequeños-burgueses socialistas; finalmente, se ajustan al modo de constitución de la organización sindical.

Ahora bien, estas dificultades fueron como siempre resueltas en el sentido más libertario y las mismas resoluciones fueron aportadas a las Bolsas del Trabajo a título puramente documental, quedando a juicio de éstas aplicarlas o no, según que sus argumentos les parecieran más o menos sólidos.

Los proyectos de las otras dos categorías son más importantes y reclaman no sólo detenidos estudios, sino también en ciertas ocasiones amplias encuestas. Veamos por ejemplo cómo procede el Comité para la creación de un proyecto como el socorro de viaje.

En el congreso de Tours (1897) una Bolsa del Trabajo propuso que el Comité federal se encargara de establecer un proyecto de socorro de viaje común a las Bolsas del Trabajo federadas, de manera que un obrero desocupado de cualquier profesión pudiera encontrar en todas las Bolsas del Trabajo el acomodo material y moral que protege a los trabajadores contra las sugerencias interesadas del capitalista.

Para conducir a buen puerto sus fines, el Comité empezó por investigar las bases sobre las cuales se ha establecido y funciona este servicio de socorro de viaje tomado de *L'Union compagnonnique du Tour-de-France*, *La Fédération française des Travailleurs du Livre* y la *Société générale des Chapeliers* (sombrereros). Luego procedió el Comité a redactar un primer proyecto que se sometió en 1898 al Congreso de Rennes. A pesar de un profundo debate, el congreso, temiendo las consecuencias de una decisión apresurada, devolvió el proyecto al Comité con la misión de enmendarlo y de transmitirlo en seguida a la Bolsas del Trabajo. Hoy las Bolsas del Trabajo han dado a conocer su pensamiento: casi la totalidad de las mismas aceptan el proyecto, algunas intentan modificarlo, y sólo un número reducido declaran decididamente su imposibilidad, por falta de recursos, de aceptar el gravamen del socorro de viaje. No importa. Contrariamente a lo que ocurre en otros sitios, todas las Bolsas del Trabajo que aceptan el proyecto se encargarán de arbitrar los medios para la aplicación del mismo. Y en cuanto a las que no quieren o no pueden hacer experimentos inmediatos, ninguna mayoría violará su autonomía. Sólo el ejemplo, según las tradiciones de la Federación de las Bolsas del Trabajo conduce a desarrollar sus funciones para unirse a sus predecesores en el terreno de la solidaridad, o para comprender la utilidad del *viaticum*.

La ausencia de despotismo colectivo que caracteriza a la Federación se manifiesta todavía más vivamente en los proyectos emanantes de la iniciativa del Comité federal.

Una vez que éste creyó llegado el momento de emprender una propaganda especial en los campos, pensó en proveer a las Bolsas del Trabajo de una especie de guía para la constitución de sindicatos agrícolas, susceptible de adaptarse a todas las localidades. Por consiguiente consultó a los propagandistas conocedores de la vida y costumbres de los campesinos, al objeto de obtener de ellos las indicaciones precisas que hemos indicado y redactar los estatutos-tipo que aparecen en el apéndice.

Ahora bien, ¿qué significación tienen estos estatutos? ¿Son un código para la propaganda rural? En modo alguno. Sólo constituyen, aunque en avanzado estado de elaboración, indicaciones que las Bolsas del Trabajo quedan autorizadas a utilizar en la medida que lo permitan las circunstancias de tiempo y lugar.

Por ello, las Bolsas del Trabajo entre sí, y el Comité en su relación con las Bolsas del Trabajo, no son otra cosa que intermediarios que se brindan recíprocamente los medios teóricos y prácticos para desarrollarse. Las Bolsas del Trabajo vacilantes o bruscamente privadas de la subvención están seguras de recibir por otro lado los subsidios necesarios para poderse construir, con toda garantía, una existencia independiente. La Bolsa del Trabajo que necesita conocer los procedimientos empleados y los resultados obtenidos en cualquier campo de la propaganda o sobre un punto determinado del territorio, recibe por parte de las demás Bolsas del Trabajo o del Comité federal, la satisfacción más completa.

Pero conviene repetir que jamás una información o una indicación aportada por el Comité o por el Congreso anual han sido consideradas como obligatorias. Y es sin duda (a esta libertad de examen y de elección, a esta variedad de métodos, a esta facultad que tiene cada Bolsa del Trabajo de adaptarse a su ambiente, a lo que se debe el desarrollo extraordinariamente rápido de estas instituciones).

Pese a lo dicho, y a pesar de sus esfuerzos por colaborar en la extensión de las Bolsas del Trabajo, el Comité no está en condiciones de rendir todos los servicios que parecía poder prestar. Le fallan por un lado los recursos que necesitaría para disponer de un periódico, dotado con la correspondiente redacción, al que por supuesto la Federación puede pretender; necesita también medios para crear un *Museo de economía social*, en el que todas las Bolsas del Trabajo puedan inspirarse para constituir una sección e ilustrar la enseñanza profesional propia; finalmente, para organizar una biblioteca circulante con informaciones sobre enseñanza, legislación y métodos de propaganda.

No pudiendo disponer de estos diversos servicios, el Comité federal es actualmente sólo una oficina de correspondencia lenta y defectuosa, cuya utilidad tal vez no justifica los gastos efectuados. Pero tiene por delante un porvenir y los trabajos emprendidos en el pasado permiten presagiar los que podría realizar mañana.

CAPÍTULO OCTAVO

CONJETURAS SOBRE EL PORVENIR DE LAS BOLSAS DE TRABAJO

CONCLUSIONES

Después de 1894, la Federación de las Bolsas del Trabajo ha permanecido en su calidad de única organización francesa viva. Si anteriormente, es decir, en el período comprendido entre 1887 y 1894 las Bolsas del Trabajo, reflejando el *estado de ánimo* de las agrupaciones obreras sobre las cuales a su vez ellas influían, habían dado cuerpo con una serie de brillantes instituciones al secreto deseo de los obreros de rechazar cualquier tutela y de alcanzar no obstante dentro de sí mismos los elementos de su emancipación, no habían podido en cambio, a falta de un conocimiento suficiente los unos de los otros, entrever toda la importancia de su propia misión, todo el alcance de su iniciativa, y medir con ojo seguro las perspectivas abiertas a su actividad. Esta conciencia sólo podía infundirla la Federación.

Por otra parte se había afirmado con frecuencia por parte de los maestros parlamentarios que cualquier transformación social está subordinada a la conquista del poder político; por parte de los maestros revolucionarios que ninguna iniciativa socialista sería posible antes del cataclismo purificador, de manera que siempre se habían dejado llevar por las necesidades de la hora presente: de ahí la incoherencia de sus instituciones.

Mas cuando en el período comprendido entre 1894 y 1896 aumentaran considerablemente las Bolsas del Trabajo sus iniciativas y servicios, creando sólidamente sus propias oficinas de colocación, los socorros a los obreros en paro, los subsidios contra la desocupación, las enfermedades y los accidentes del trabajo, las cajas de resistencia para las huelgas, llegando a dotarse de una enseñanza técnica completa y de una biblioteca científica bien provista; cuando sus comisiones de estudio consiguieron abrir ante los sindicatos horizontes hasta entonces insospechados, las Bolsas del Trabajo, en vez de continuar trabajando a ciegas y deber sólo a las circunstancias tal o cual innovación, dedicaron atención a razonar y a dar carácter sistemático a su propaganda. Ellas entreveían adscrito a todas sus estructuras un vínculo misterioso. Constatában que sus iniciativas -por ellas mismas ignoradas- se habían extendido a la mayor parte de las manifestaciones de la vida social y que en todas partes, en diversa medida, esta iniciativa había ejercido no solamente una influencia moral sobre la dirección del movimiento socialista, y de modo más general sobre el conjunto de las clases sociales, sino sobre todo una influencia material sobre las condiciones laborales.

Advirtieron las Bolsas del Trabajo en sí mismas sorprendentes *facultades de adaptación a un orden social superior*,⁴⁷ comprendieron que a partir de aquel momento podían elaborar los elementos de una nueva sociedad, y a la idea, por entonces ya presente desde hacía tiempo, de que las transformaciones económicas deben ser obra de los mismos explotados, se añadía la ambición de constituir en el interior del Estado burgués un auténtico Estado socialista (económico y anárquico), de eliminar progresivamente las formas de asociación, de producción y de consumo capitalistas por medio de las correspondientes formas comunistas.

En el orden del día del V congreso de las Bolsas del Trabajo, celebrado en Tours en 1896, figuraba este problema: *La función de las Bolsas del Trabajo en la sociedad futura. ¿Partimos tal vez de la cuestión de la producción, del cambio y del consumo en la sociedad futura -*

⁴⁷ Claude Gignoux y Victorien Brugnier, *Du rôle des Bourses du Travail dans la société future*.

pregunta a este respecto la Bolsa del Trabajo de Nîmes- para animar un nuevo plan, y crear una nueva doctrina? O tal vez, teniendo en cuenta las importantes funciones a desenvolver actualmente por las Bolsas del Trabajo, si sus recursos consintieran en todas partes un desarrollo completo de las mismas, ¿estamos dispuestos para transportar estas organizaciones, perfeccionadas al máximo, al dominio de la transformación social? A nosotros nos parece que por el momento sería preferible contemplar la cuestión bajo aquel aspecto... Se convendrá en que era hora de definir, con la mayor precisión posible, las funciones presentes y futuras asignadas a las Bolsas del Trabajo, las cuales unos consideran útiles todo lo más para servir de intermediarios entre la oferta y la demanda de trabajo, mientras otros consideran que son un foco revolucionario en ebullición...

Y he aquí cómo el informe redactado en nombre de la Bolsa del Trabajo de Nîmes, presentado por los compañeros Claude Ginoux y Victorien Brugnier, resolverá la cuestión planteada. ¿Cuáles son las atribuciones de las Bolsas del Trabajo?, se preguntaba esta ponencia. En primer lugar se trata de conocer en cualquier instante, con precisión y por profesiones, el número de los obreros no ocupados, de acuerdo con las diversas causas de perturbación introducidas cotidianamente en las condiciones del trabajo y de la vida obrera; después se trata de obtener de las estadísticas esta nueva ciencia llamada a asumir una posición cada vez más importante en la vida de la sociedad, el costo de mantenimiento de cualquier individuo por separado, en comparación con los salarios acordados; el número de las profesiones, de los trabajadores comprendidos en cada una de ellas, de los productos fabricados, extraídos o recolectados, así como la totalidad de los productos necesarios para la alimentación y el mantenimiento de las poblaciones en todas las regiones sobre las cuales se extienden las Bolsas del Trabajo.

Dando ahora por supuesto -continuaba la ponencia- que tuvieran las Bolsas del Trabajo convenientemente asumidas estas funciones y habiendo conducido la acción social y corporativa a una transformación social, ¿qué harían aquéllas? Y la ponencia contestaba: Todos los oficios están organizados en sindicatos. Todos ellos nombran un consejo, que podemos llamar *consejo profesional del trabajo*. Estos sindicatos están a su vez federados por oficios, nacional e internacionalmente.

La propiedad ya no es individual: la tierra, las minas, los medios de transporte, las casas, etc., se han convertido en propiedad social. ¡Propiedad social! Entendámonos bien y no propiedad exclusiva e inalienable de los trabajadores⁴⁸ que las valorizan, porque de lo contrario se volvería a asistir dentro de las corporaciones a los conflictos ya suscitados entre los capitalistas, con lo que la sociedad sería nuevamente víctima de la concurrencia de la colectividad corporativa en lugar de la concurrencia individualista y capitalista...

La sociedad necesita una cantidad determinada de grano, de vestidos; los agricultores y los sastres reciben de la sociedad, bien en dinero mientras éste subsista, bien en valores de cambio, los medios para consumir o utilizar los productos fabricados por los demás trabajadores. He aquí las bases sobre las que tendrá que organizarse la sociedad para ser realmente igualitaria...

Las Bolsas del Trabajo, conociendo la cantidad de productos que tienen que fabricarse, informarán a los consejos profesionales del trabajo de cada una de las corporaciones, los

⁴⁸ El término *inalienable* se pone aquí evidentemente por error, porque no es necesario decir que una propiedad con la que no se puede especular deja de ser una propiedad, es decir, un derecho inicuo, para convertirse en simple posesión usufructuaria. Nosotros preferimos igualmente *propiedad inalienable* a *propiedad social*, porque ésta implica la existencia de un poder encargado de conservar a la propiedad su carácter social, mientras que la otra puede establecerse y garantizarse el respeto a la misma por convenciones entre grupos de productores, y en particular mediante la sustitución del intercambio honeroso de los productos por el intercambio gratuito.

cuales emplearán en la fabricación de los productos necesarios a todos los miembros de la profesión... Mediante sus estadísticas las Bolsas del Trabajo conocerán los déficits y excedentes de su zona; determinarán en razón de esto el intercambio de productos entre los territorios encargados especialmente de un tipo de producción. Así, por ejemplo, Creuzot, en la metalurgia, Limoges en la porcelana, Elbeuf para las telas de calidad, Roubaix para los tejidos, diversas zonas de nuestro país para los vinos, producirán objetos mediante los cuales sus poblaciones podrán aprovisionarse de cuanto sea necesario a su mantenimiento y a su desarrollo intelectual...

Puesto que los medios técnicos se perfeccionan cada vez más, debido a que la ciencia hace hoy nuevas conquistas, los obreros tendrán entonces un gran interés inmediato en secundar e intensificar la marcha del progreso, pudiendo la sociedad valorizar las riquezas y las fuerzas naturales que nuestra sociedad capitalista se ve obligada a abandonar: por ello las riquezas sociales se acrecentarán de modo notable. Igual ocurrirá con los consumos, porque nadie se verá obligado a privarse de alimentos, de ropa, de muebles, del lujo y del arte, estos dos factores esenciales en el gusto y en la inteligencia...

En fin, con cierta prudencia mezclada a una cierta audacia, la Bolsa del Trabajo de Nîmes concluía del siguiente modo: Esta relación demasiado sumaria puede dar sólo una idea a los adherentes del movimiento corporativo de las funciones que incumben e incumbirán a las Bolsas del Trabajo... Acelerar las decisiones no serviría de nada. Perseguir con método el desarrollo de las instituciones es suficiente para llegar al objetivo y evitar muchas defecciones y el retorno al pasado... A nosotros, que heredamos el pensamiento y la ciencia de todos aquellos que nos precedieron, nos corresponde hacer que tantas riquezas y beneficios debidos a su genio, no acaben por generar la miseria y la injusticia, sino la armonía de los intereses mediante la igualdad de los derechos y la solidaridad entre todos los seres humanos.

A su vez, el Comité federal de las Bolsas del Trabajo, en un informe sobre el mismo tema, afirmaba:

La revolución social debe por ello tener como objetivo suprimir el valor de cambio, el capital que éste genera y las instituciones creadas por este último. Nosotros partimos de este principio: que la obra de la revolución debe ser la de liberar a los hombres, no sólo de cualquier autoridad, sino también de cualquier institución que no tenga como fin esencial el desarrollo de la producción. En consecuencia, no podemos imaginar la sociedad futura de otro modo que como *la asociación voluntaria y libre de los productores*. Ahora bien, ¿cuál es la función de estas asociaciones...?

... Cada una de ellas se ocupa de una rama de producción... Unas y otras deben informarse en primer lugar de sus necesidades de consumo y luego de los recursos de que disponen para satisfacerlas. ¿Cuánto granito será necesario extraer cada día? ¿Cuánto grano habrá que moler y cuántos espectáculos habrá que organizar para una población determinada? ¿Cuántos obreros y artistas serán necesarios? ¿Cuántos materiales y cuántos productores serán necesarios? ¿Cómo dividirse los respectivos cometidos? ¿Cuántos materiales y cuántos productores será necesario solicitar a las asociaciones vecinas? ¿De qué manera organizar los depósitos? ¿De qué modo utilizar, apenas se conozcan, los descubrimientos científicos?

Conociendo, en primer lugar, la relación entre producción y consumo, las asociaciones obreras utilizarán los materiales producidos o extraídos por sus miembros. Conociendo igualmente la cantidad de los productos deficitarios o excedentes solicitarán en otra parte, bien los asociados que necesiten, bien los productos determinados con que la naturaleza no haya querido beneficiar a sus zonas...

... La consecuencia de este nuevo estado de cosas, de esta supresión de los organismos sociales inútiles, de esta simplificación de los mecanismos necesarios, es que el hombre producirá mejor, en mayor cantidad y más rápidamente, por lo que, en consecuencia, podrá consagrar más horas a su desarrollo intelectual.

De este modo se elevaba más cada vez el ideal de las Bolsas del Trabajo, sin que una ambición de este tipo pudiera parecer temeraria, a juzgar por las iniciativas ya realizadas. En líneas generales, los sociólogos, nutridos más con lecturas que con observaciones, ignoran totalmente lo que son y, en consecuencia, lo que pueden llegar a ser las asociaciones obreras -sobre todo aquéllas, cada día más numerosas- que viven de forma independiente de *los partidos socialistas* y liberadas del fetichismo gubernamental. En una obra reciente el teórico socialista Bernstein, tratando del *sindicato*, del que las *Unions* inglesas parecen indudablemente ser el prototipo, el más impregnado del viejo espíritu unionista, les atribuye una misión y unos poderes inmediatos en los que ninguna asociación ha pensado nunca, y cuyo carácter quimérico demuestran todos los hechos económicos, mientras se niega, bajo la influencia del error, o de la estrecha conciencia colectivista, a reconocer su rol futuro ya definido elocuentemente por Bakunin al hablar de la sociedad federalista del porvenir.

A su juicio, el sindicato puede y debe triunfar sobre el beneficio industrial en favor del salario. Esto no es prácticamente exacto sino de modo muy relativo, en el límite de las *leyes del salario* que ha creado el modo de producción y de cambio capitalista. El poder del sindicato queda en cualquier caso neutralizado mucho antes de que el beneficio industrial ya no fuera suficiente como para hacer que el capitalista continúe explotando su negocio, y, con mayor razón, mucho antes de que este beneficio descienda al valor de un salario. El costo de las materias primas, el número de las fábricas, las necesidades del consumo, las de los brazos disponibles y otras mil causas menos tangibles, menos perceptibles, pero igualmente importantes, impedirán que el sindicato influya como desearía sobre los niveles salariales.

Al mismo tiempo, el sindicato, contrariamente a las opiniones de Bernstein no puede, y de hecho él no lo ignora, influir en la situación de la fuerza-trabajo sobre el mercado sino dentro de los límites trazados por las innumerables circunstancias imprevistas e *imprevisibles* que hacen que el mercado se llene de brazos, utensilios y productos en cantidad superior a las necesidades del consumo. En este caso tampoco puede el sindicato hacer otra cosa que establecer estadísticas periódicas de las necesidades del trabajo en las regiones, y gracias a estas estadísticas, dirigir a los obreros inteligentemente en su búsqueda de trabajo y evitar con las indeseables aglomeraciones de parados en éste o en aquel punto, las ofertas de trabajo a bajo precio. Pero llevar a cabo la operación contraria, es decir, hacer aquí o allá menos densa la mano de obra para determinar un aumento de los salarios, esto no pueden hacerlo los sindicatos por las limitaciones que su estado de miseria crea a los trabajadores -incluso a los mejor pagados- para apropiarse el primer trabajo que asegure su subsistencia.

En fin, ningún sindicato ignora que *actuar sobre la técnica de la producción*, en otros términos, impedir la introducción en ciertos talleres de nuevas maquinarias, o aumentar la capacidad profesional del obrero, no significa más que atacar mediocrementemente, de modo pasajero e ingenuo, el estado económico normal. En lo concerniente a las máquinas, el sindicato sabe bien que aunque consiguiera proscribirlas, no obraría en interés de la clase obrera, sino en sentido reaccionario. El sindicato lleva ahora a cabo sólo un acto defensivo. Sabe también que cualquier medida que tenga por efecto disminuir la producción, salvo, por supuesto, la interrupción de los suministros, equivale a una criminal coalición entre él y el capitalista contra el consumidor, y también en este caso actúa solamente bajo presión de las circunstancias y con el fin de protegerse.

Mas, por otra parte, ¿cuántos sindicatos emplean todavía medios de defensa tan primitivos? Por ejemplo, ¿intentan tal vez retardar los tipógrafos la utilización de las máquinas de la

composición en Francia, en Estados Unidos, en Austria o en Alemania? Nada de eso, se limitan a pedir, como en Viena, que sean empleados aquellos tipógrafos que han hecho su aprendizaje de cuatro años en la misma empresa donde se han introducido las máquinas, que la composición se lleve a cabo de acuerdo con el sistema dicho de la *conciencia*; que la jornada laboral sea de ocho horas y que las horas extraordinarias sean discrecionales para el obrero, etc.;⁴⁹ en definitiva, que la máquina no reduzca lo que en Inglaterra se llama *the standard of life*, el nivel de vida.

¿Por qué ocurre que se nos interprete de un modo tan erróneo -dado que Bernstein sólo tiene el mérito de haber subrayado todavía más los errores que se cometen en relación con los sindicatos- en relación con la naturaleza y con el nivel de los conocimientos económicos de las asociaciones obreras contemporáneas? ¿No es esto debido a que, con una ignorancia por otra parte comprensible, se tome siempre como objeto de experiencia y de análisis a las *Uniones* inglesas, las únicas en particular que no merecen ya la atención de la economía y del sociólogo, por el acusado atraso de algunas y por la adscripción de otras muchas al carro del socialismo de Estado? Porque, y esto debe decirse, las *trade-unions* poseen hermosos recursos, recursos por así decirlo incalculables, para sostener la lucha de millares de hombres; pero estos recursos y esta lucha están en proporción tanto con la riqueza y la audacia de los capitalistas ingleses como igualmente con el bienestar de los obreros, en tanto que una *Unión* francesa como la de los obreros mecánicos, obtiene la victoria en parte debido a la obstinación y en parte a la violencia de la coalición capitalista formada contra los sindicatos, la *Unión* inglesa ha sido tan rudamente derrotada que hoy ha renunciado a llevar una guerra salarial para hacer experimentos en las batallas parlamentarias... No solamente es imposible que las *Uniones* inglesas, a pesar de su asombrosa potencia financiera, puedan vencer con dinero a sus empleadores, todavía más ricos que ellas y no menos enérgicos, sino que su afiliación multitudinaria, la importancia de su fondo económico y su ingeniosa organización, sirve sólo para aportar a los sindicatos una atmósfera ambigua formada por el orgullo y el instinto de conservación, similar al que anima a las decenas de millares de personas, ilusoriamente libres, que componen las manifestaciones de Trafalgar Square o de Hyde Park, y que bastan para protegerles contra cualquier acto espontáneo de fuerza.

No, las *Uniones* inglesas no responden ya, tal vez ya no responderán nunca más, a las necesidades del proletariado internacional, y la prueba la tenemos en el hecho aún inadvertido por cuantos han escrito sobre el movimiento obrero: que en todos los países, a excepción precisamente de Inglaterra, las uniones del mismo oficio o también de oficios similares son inferiores en número y poder a las uniones de profesiones diversas: Bolsas del Trabajo, consorcios, etc. ¿Cuáles son las asociaciones nacionales conocidas? Son: en Alemania la Comisión General de las sociedades obreras; en Austria la Unión Central de los sindicatos obreros; en Dinamarca la Asamblea general de la sociedad obrera; en los Estados Unidos, la Federación Americana del Trabajo; en Australia, la Federación de los trabajadores del Queensland, la de los trabajadores de Nueva Gales del Sur (los obreros australianos proyectan entre otras cosas, el constituir una federación entre las colonias británicas); en Francia la Federación de las Bolsas del Trabajo... Además, ¿acaso no intenta la propia Inglaterra crear una federación general de las *trade-unions*? Por el contrario, en ninguna parte las uniones de oficios son numerosas u organizadas y Francia, en este aspecto es también sensiblemente inferior a las *Uniones* americanas. Hoy día, nosotros nos basamos bastante menos sobre la acción puramente profesional, de tendencia individualista, de la que el viejo unionismo inglés ofrece un ejemplo acabado, que sobre la acción organizada de las diversas profesiones. Y esto deriva del hecho de que los sindicatos, hoy más concededores que antes del juego de las fuerzas económicas, se han dado cuenta de que la situación de su industria, y en consecuencia, su propia situación, no depende realmente como se ha creído en el curso de los siglos de circunstancias particulares, para las cuales no existirían remedios específicos, sino que está

⁴⁹ [La Typographie française](#), No. 428, 1º de agosto de 1899.

subordinada a la situación económica general, de tal modo que sólo una acción general de los oficios podrá producir mayor efecto en el orden social, que las transformaciones provisionales, mediocres y accidentales.

Si esto es así, ¿por qué, en lugar de esperar de las asociaciones obreras -esta expresión designa tanto al sindicato como a la cooperativa y a las demás instituciones derivadas de estos dos grupos fundamentales- lo que el sistema social se niega a otorgar, porque el dinero domina sobre las demás fuerzas -no se les exige lo que ellas por su propia naturaleza y constitución están necesariamente destinadas a producir de cara a la organización de la sociedad futura? Es verdad que los hombres que creen en el *Estado-providencia*, y para los cuales el colectivismo científico consiste en el *Estado-patrón*, quieren experimentar cualquier anticipación de estas libres asociaciones de hombres, donde los administrados discuten con más frecuencia de lo que se considera oportuno para la tranquilidad de los administradores. Ahora, cabe preguntar cómo es posible que cuantos aman la libertad, cuantos rechazan el sistema centralizador porque sus inconvenientes prevalecen sobre sus ventajas, ventajas que por otro lado pueden obtenerse igualmente por grupos humanos libremente unidos, ¿cómo es posible, digo, que no alcancen a comprender que los grupos corporativos son las células de la sociedad federalista del porvenir?

Si es cierto, como pretenden todos los espíritus libres, que la *autoridad está en declive permanente y la libertad en continuo ascenso*, que los pueblos se habitúan cada vez más a vivir y a actuar al margen del Estado, la consecuencia no puede ser más obvia: la de que al sistema autoritario actual debe suceder un sistema *en el que la jerarquía de gobierno, en lugar de situarse en la cumbre, estará claramente instalada en la base...*⁵⁰. Ahora bien, ¿en qué debe consistir necesariamente este sistema? *En formar, sobre la base de la ley de separación de los órganos, grupos medios, respectivamente soberanos y unidos, en la medida y por el tiempo que ellos reputen como útil, por medio del pacto federativo libremente aceptado.*

Por consiguiente, ¿cuáles son las condiciones que asumen las asociaciones sindicales y cooperativas? *Ellas separan en el poder todo lo que puede ser separado, delimitan todo lo que puede ser delimitado, distribuyen entre órganos y funcionarios diferentes todo aquello que puede ser separado y delimitado, dotando a su administración de todas las condiciones de publicidad y de control.*⁵¹ Son aptas por su formación profesional, demasiado poco importantes por el número para que un miembro pueda lamentarse de no ser escuchado, y demasiado abiertas para que un miembro descontento no pueda marcharse y constituir una nueva asociación con otros, por motivos bien determinados, para aplicar el principio federativo propio como fue formulado por Proudhon y por Bakunin.

He aquí las conclusiones de nuestro estudio. Conocemos ahora el origen de las Bolsas del Trabajo, la manera en que se constituyeron, los servicios que crearon y los que proyectaron crear, las funciones -en una palabra- que pretendían desempeñar en la organización económica y política presente. Después de esto ¿se sorprenderá alguien al saber que *no se consideraban sólo un instrumento de lucha contra el capital*, ni como humildes oficinas de empleo, sino que aspiraban aun papel más elevado en la formación del Estado social futuro? Ciertamente, no se debe ser más optimista de lo que sea lícito y nosotros confesamos que, en la mayoría de los trabajadores, la instrucción económica, única guía segura para las asociaciones obreras, está apenas esbozada. Ahora bien, ¿no hemos encontrado acaso en la comunión intelectual que las Bolsas del Trabajo, y sólo ellas pueden facilitar la clave del sistema orgánico de la sociedad, a partir de la cual habrá que construir todo lo demás, contando con el tiempo necesario para poder sustituir la influencia del capital en la administración de los intereses humanos, estableciendo así la única soberanía justificable: la del trabajo?

⁵⁰ *Du principe fédératif*, pág. 81. Dentu, editor, 1863.

⁵¹ *Ibíd.*, pág. 83.

Hemos enumerado los resultados obtenidos por los grupos obreros en materia de enseñanza y consultado el programa de los cursos instituidos por los sindicatos y por la Bolsa del Trabajo, programa en los que nada se ha omitido de cuanto hace a la vida moral plena, digna y satisfactoria; obsérvense las autoridades que figuran en las bibliotecas obreras; admírese esta organización sindical y cooperativa que se extiende cada día y abarca nuevas categorías de productores, esta conglomeración de todas las fuerzas proletarias en una sólida red de sindicatos, de sociedades cooperativas, de leyes de resistencia. Véase esta intervención cada día creciente en las diversas manifestaciones sociales, este examen de los métodos de producción y de reparto de la riqueza, y declárese si esta organización, este programa, si esta tendencia inclinada hacia lo bello y hacia lo útil, si una aspiración semejante a la perfecta floración del individuo, decimos, no justifican todo el orgullo que experimentan las Bolsas del Trabajo.

Si es exacto que el porvenir pertenece a las *asociaciones libres de productores*, previstas por Bakunin, anunciadas por todas las manifestaciones de este siglo, proclamadas también por los defensores más calificados del régimen político actual, será sin duda en estas Bolsas del Trabajo o en órganos similares, pero abiertos a cuantos piensan y actúan, donde los hombres se encontrarán para buscar en común los medios de disciplinar a las fuerzas naturales y ponerlas al servicio de la humanidad.

APÉNDICE

MÉTODO PARA LA CREACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

Sería superfluo exponer ampliamente el papel desempeñado en las actuales relaciones económicas por las Bolsas del Trabajo, y el que se verían llamadas a desempeñar en la organización social futura. El desarrollo rápido de estas instituciones, de las nueve de 1892 a las 43 de 1895, indica claramente que constituían el vínculo vagamente buscado por el proletariado para conferir a la acción de los sindicatos de una misma ciudad la unidad necesaria en la obra de la revolución social.

Los esfuerzos aislados no solamente pueden producir resultados felices, sino que pueden acarrear resultados funestos. Por esto no habría servido de nada la reagrupación de la mayoría de los trabajadores profesionalmente, si no se podía acercar a las diversas corporaciones, obligarlas a compenetrarse y a conocerse y, sobre esta base, llegar a la conclusión de que todas las acciones sociales tienen conexión entre sí, que los más elementales cambios políticos y económicos tienen, aparte de los efectos visibles -siguiendo la expresión de Frédéric Bastiat- otros efectos que sólo un examen ponderado permite calibrar; que ninguna profesión puede mejorar su propia condición sin agravar la de las demás, por lo que la emancipación proletaria está subordinada al esfuerzo simultáneo de todos los trabajadores o, como se afirmó en la *Internacional*, que *la transformación social sólo podrá operarse de modo radical o definitivo con medios que actúen sobre el conjunto de la sociedad*.

La Bolsa del Trabajo ha sido esta escuela de economía social. Incontestablemente se debe a los intercambios de ideas producidos en su seno la profunda evolución ocurrida desde hace algunos años en el espíritu de las organizaciones obreras. Las controversias que éstas suscitan han reforzado la convicción de que la cuestión social es exclusivamente económica, porque en

el fondo de todas las miserias, tanto morales como materiales, hallamos la falta de dinero y, en el origen de todas las opresiones, el poder del capital. Ellas han enseñado también a conocer la futilidad de las promesas políticas y de las revoluciones cuyo resultado ha sido un cambio de régimen, porque los regímenes valen lo que valen los hombres, dado que éstos tienen una deplorable tendencia al despotismo. Las Bolsas del Trabajo han acelerado, por así decirlo, y de modo incalculable, la hora de las transformaciones sociales. Es por ello necesario multiplicar las Bolsas del Trabajo, y esta memoria se propone dar a conocer los medios para conseguirlo.

El método a emplear para crear una Bolsa del Trabajo difiere, según que los sindicatos de la localidad estén aislados o ya constituidos en uniones federativas. Examinaremos sucesivamente los dos casos.

I. SINDICATOS AISLADOS

En este primer caso el Secretario de un sindicato o cualquier otro ciudadano inscrito en el sindicato convoca una asamblea plenaria de los sindicatos o, por lo menos, de su consejo de administración y expone la utilidad de una Bolsa del Trabajo.

En la sociedad actual la Bolsa del Trabajo debe ser una sociedad de resistencia. Sociedad de resistencia contra las reducciones de los salarios, contra la prolongación excesiva de la duración del trabajo, y también (sin lo cual las demás ventajas serían inefectivas) contra un aumento, o más bien, dado que el mecanismo comercial hace inevitable este aumento, contra el aumento exagerado del precio de los objetos de consumo. Mantener lo más posible el equilibrio entre el precio de venta de la fuerza del trabajo y el precio de adquisición de los productos, constituye la función presente de las Bolsas del Trabajo y, para asumirla, es necesario emprender una guerra contra el capital que sólo terminará con la desaparición del sistema económico y político actual.

Si la asamblea acepta el principio de esta creación, ella nombra en sesión una comisión compuesta en lo posible por un representante de cada una de las corporaciones reunidas, la cual se encarga de la realización del proyecto.

Lo primero que esta comisión debe examinar es, por una parte, los gastos absolutamente necesarios y, por otra, los recursos sobre los que podrá contar la futura Bolsa del Trabajo.

Gastos. Los servicios de una Bolsa del Trabajo son: el Secretariado, la Tesorería, los Archivos y la Biblioteca, la Oficina de Colocación, el Registro General de Desocupados si, entre los adherentes no se ha organizado una caja de paro y, eventualmente, una caja de socorro para los obreros de tránsito, así como la creación de un curso de enseñanza profesional.

Pero es evidente que el número de estos servicios y su importancia respectiva están subordinados a los recursos de las instituciones. Algunas Bolsas del Trabajo poseen todos estos organismos, pero otras solamente han organizado algunos. Aquí damos el balance más elemental, suponiendo que la futura Bolsa del Trabajo no podrá contar con ayudas externas.

1. Entre los gastos indispensables, encontramos sobre todo el alquiler del inmueble. Este alquiler comprende por lo menos: una sala para la Secretaría, las reuniones del Comité General y de la Comisión ejecutiva; una sala para la biblioteca y los archivos, y dos o tres para las reuniones alternativas de los sindicatos adheridos; el alquiler del local puede ser evaluado por término medio en 800 francos anuales.

2. Los gastos de iluminación y calefacción, calculados sobre la base de dos horas diarias durante trescientos días, compensando las tardes de verano, los domingos y las festividades, la duración y el número de las jornadas invernales. Este gasto puede calcularse aproximadamente en un franco diario, es decir, trescientos francos.
3. El pago de los funcionarios de la Bolsa del Trabajo: secretario y tesorero. Ciertas Bolsas del Trabajo no pagan salarios completos y, en este caso, abonan solamente dos o tres horas por la tarde para resolver las cuestiones corrientes, mantener al día la correspondencia, las actas, recibir las cuotas sindicales y atender al servicio de la biblioteca. Otras Bolsas del Trabajo, que los emplean por un tiempo similar, les conceden una indemnización, proporcionada a la importancia del trabajo, que es en ocasiones fija, y otras según las horas. En este segundo caso el total de la indemnización se eleva generalmente a unos trescientos francos anuales para el secretario y a doscientos francos para el tesorero. En fin, las Bolsas del Trabajo más ricas poseen un *secretario permanente* y emplean a su tesorero-contable tres horas al día. El modo de pago más corriente es entonces la hora de trabajo pagada a un franco. El número de horas impuesto al secretario varía según la importancia del servicio, pero independiente de esto, el volumen mensual de la asignación no puede ser menor de ciento cincuenta francos en las ciudades de veinte a treinta mil habitantes, de doscientos francos en las ciudades de hasta 100.000 habitantes y de ocho francos diarios en las ciudades con población superior a los 100.000 habitantes.

El límite de la indemnización varía por consiguiente entre 1.800 y 2.700 francos (una media de 2.700 francos) para el secretario, y de 900 a 950 francos para el tesorero. El secretario permanente tiene como funciones la expedición de la correspondencia, la redacción de los procesos verbales del Comité general (a cuya sesiones él asiste como funcionario, no como miembro deliberante), el registro de parados, la relación de la demanda y la oferta de empleos y, en fin, el servicio de biblioteca (a menos que haya un compañero que lo haga gratuitamente por la tarde y el domingo por la mañana).

4. La retribución del portero del inmueble (empleo discrecional según las Bolsas).
5. Los gastos de oficina, valorados para las pequeñas Bolsas en 200 francos, y para las otras en 500 francos anuales (cifra media).
6. La adquisición de libros para la biblioteca, gasto cubierto generalmente por un crédito mensual fijo.
7. En fin, los gastos originados por el servicio de los cursos profesionales (adquisición de instrumentos didácticos y retribuciones de los enseñantes). Este servicio existe solamente en las Bolsas del Trabajo muy importantes y no es nuestro objeto ocuparnos del mismo. Nîmes, Saint-Etienne, Béziers, Tolosa, Marsella, etc. podrían aportar a este respecto detalles precisos.

El siguiente cuadro resume para todas las categorías de Bolsas del Trabajo los gastos medios anuales:

Naturaleza de los gastos	1 ^a cat.	2 ^a cat.	3 ^a cat.	4 ^a cat.
Alquiler	800	800	1500	2000
Calefacción e iluminación	300	300	300	600
Gastos de oficina	200	200	300	500
Biblioteca	120	200	300	500
Secretario	-----	300	1500	2300

Tesorero	----	200	950	1800
Gastos imprevistos (Socorros, huelgas)		200	300	500 1000
Cursos profesionales(instrumentos, retribuciones de los profesores, libros, etc.	----	----	----	----
Totales		1620	2300	5350 8700

Ingresos. En líneas generales, para hacer frente a sus necesidades, las Bolsas del Trabajo deben contar con sus recursos propios, es decir, con las cuotas de los sindicatos. Una Bolsa del Trabajo cuyos gastos ascienden a 1.600 francos y que cuenta con 700 o 900 inscritos, repartidos en una quincena de sindicatos, puede fijar la cuota mensual de cada uno de ellos en 20 ó 30 céntimos, es decir, una media de diez francos por sindicato. Solamente así las Bolsas del Trabajo podrán mantener en sus relaciones con los poderes públicos y con los patronos la mayor independencia. No obstante, examinaremos rápidamente las subvenciones que deben exigir y pueden recibir las Bolsas del Trabajo.

Algunas de estas Bolsas reciben una subvención totalmente adjudicada en dinero contante y calculada de acuerdo con el balance establecido por el propio Comité general, o por la Comisión municipal de finanzas. Nuestro objeto no es ocuparnos de estos aspectos. Otras reciben las subvenciones en dinero y en elementos diversos.

1. En lo que respecta a los inmuebles, se han adoptado tres procedimientos. En ocasiones el inmueble lo alquila la administración de las Bolsas del Trabajo y el alquiler lo paga la oficina administrativa municipal; o bien el inmueble es alquilado por la propia oficina de la administración municipal, cuando no le pertenezca, y el precio del alquiler es pagado por la administración o por las Bolsas del Trabajo; en fin, también ocurre que la Bolsa del Trabajo se instale en un edificio anexo del propio palacio municipal.

La Bolsa del Trabajo, de Saint-Nazaire, por ejemplo, elige libremente su local y el alquiler lo paga el municipio; la de Boulogne-sur-Seine se aloja en un viejo edificio escolástico, de propiedad municipal; otras, en fin, como la de Nîmes, posee un inmueble construido a propósito para ella por parte de la administración. Otras Bolsas, como las de Le Puy, Narbona, Saint-Chamond, Issy-les-Moulineaux, etc., tienen su sede en el municipio.

2. Algunas municipalidades pagan los gastos de calefacción, de iluminación y de oficinas, en base a facturas presentadas mensualmente por el consejo de administración de las Bolsas del Trabajo. Este sistema, que evita errores de cálculo y equívocos, es muy ventajoso para las Bolsas del Trabajo con posibilidades modestas.
3. Aparte de las subvenciones acordadas para el funcionamiento administrativo de las Bolsas del Trabajo (secretariado, tesorería, alquileres, calefacción, iluminación), el municipio puede a la vez acordar créditos extraordinarios para el servicio de colocación, la adquisición de libros e instrumentos, etc.

He aquí la media⁵² de las subvenciones acordadas en dinero o en materiales diversos a las Bolsas del Trabajo de cada una de las cuatro categorías señaladas:

- 1a. categoría -de 900 a 1.200 francos;
- 2a. categoría- cerca de 2.000 francos;

⁵² El Anuario de los sindicatos profesionales publicado por el Ministerio de Comercio indica las subvenciones recibidas por parte de cada una de las Bolsas del Trabajo, tanto por parte del Consejo municipal como del Consejo general.

3a. categoría -de 4.000 a 8.000 francos;

4a. categoría -de 10.000 a 20.000 francos.

En la primera categoría figuran las Bolsas del Trabajo que cuentan con menos de 30.000 habitantes; en la segunda las de las ciudades de 30.000 a 50.000; en la tercera las ciudades que tienen de 50.000 a 80.000; en la cuarta las Bolsas del Trabajo de las ciudades con población superior a 80.000. De entre estas últimas hay que exceptuar a París, Burdeos, Lyon, Nantes, a cuyas Bolsas se les han retirado o reducido las subvenciones. Por otra parte las divisiones anteriores padecen de excepciones, determinadas por la importancia -más o menos considerable- de las poblaciones obreras, las cuales determinarán la importancia misma de las Bolsas del Trabajo y, sobre todo, los sentimientos profesados por la municipalidad.

Sea cual fuere la magnitud de la subvención, al objeto de evitar las desagradables consecuencias de un conflicto siempre posible y casi cierto las más de las veces con las administraciones municipales, deberán actuar prudentemente reservando en los ingresos de sus balances un capítulo llamado *de reserva*, alimentado por una cuota variable de 2 a 5 francos por sindicato y mes. Además, los consejos de administración de las nuevas Bolsas del Trabajo hacen bien por esforzarse en obtener que la subvención se efectúe anualmente, o por lo menos semestralmente, y de *modo anticipado*.

II. CONSTITUCIÓN DE LA BOLSA DEL TRABAJO

Establecido así el balance y alquilado el local, las Comisiones redactan un esbozo preliminar de los estatutos.⁵³ Hecho esto, convoca nuevamente la asamblea plenaria de los sindicatos adherentes y les somete los resultados de su trabajo. Si sus cuentas y estatutos son aprobados, la asamblea nombra un comité general compuesto por cierto número de delegados por cada sindicato (dos o tres si la Bolsa del Trabajo cuenta solamente de uno a diez sindicatos).

En este momento la función de las Comisiones concluye. El Comité general o Consejo de administración nombra a su vez y en su propio seno, una comisión ejecutiva, encargada de velar por la ejecución de sus deliberaciones y de elegir a los funcionarios: el secretario, el tesorero, el bibliotecario (si es el caso) y sus adjuntos. Después sólo queda depositar en la prefectura, (o en las cabezas de partido en los municipios), dos ejemplares de la lista nominal de los miembros de este Consejo, la de los sindicatos adheridos y los estatutos de las Bolsas del Trabajo.

III. FEDERACIONES DE SINDICATOS

Hemos dicho al principio que el medio para constituir una Bolsa del Trabajo difiere según que los sindicatos estén aislados o federados. Es evidente que si existe ya una federación de sindicatos, la tarea preparatoria se halla simplificada y, por así decirlo, resuelta. Estas federaciones poseen, en efecto, estatutos, estados de cuentas, un local, un Consejo, y funcionarios. [¿A qué queda reducido lo que han de hacer? A obtener de los sindicatos que las](#)

⁵³ Para facilitar a las Comisiones esta parte de su cometido, las Federaciones de las Bolsas del Trabajo ponen a su disposición ejemplares de los estatutos de las Bolsas del Trabajo existentes, solicitando a cambio solamente la entrega de ejemplares de los estatutos de aquellas nuevas Bolsas que se forman.

componen la autorización de añadir a su denominación de federaciones la de *Bolsa del Trabajo*, es decir que ésta subsume a la federación.

Las ventajas de esta simple *adición de denominaciones* son considerables:

En primer lugar, la Federación obtendrá de la municipalidad bajo su nueva denominación (la cual, repetimos, no excluye la precedente), la ayuda que nunca habría obtenido, porque no se estaba habituado a ello, bajo la denominación de *federaciones de sindicatos*.

En segundo lugar, bajo esta denominación podrá ser admitida en la Federación de Bolsas del Trabajo⁵⁴ y obtener de este modo beneficios por el concurso moral y pecuniario que esta Federación acuerda a todos sus miembros y de los que la Bolsa del Trabajo de Cholet, por ejemplo, se benefició ampliamente cuando iba a perder su subvención municipal.

Por otra parte y como consecuencia de las decisiones tomadas implícitamente ese año (1895) por el congreso nacional de sindicatos celebrado en Limoges y por el congreso nacional de Bolsas del Trabajo celebrado en Nîmes, de llevar a cabo los futuros congresos en las ciudades que poseyesen una Bolsa del Trabajo, las federaciones locales de sindicatos que adoptaran la denominación de Bolsas del Trabajo, tendrían derecho a reclamar la organización de estos congresos.

En fin, cualquier transformación de Federaciones de sindicatos en Bolsas del Trabajo constituye un paso hacia la unificación de organizaciones corporativas, cuyas múltiples determinaciones arrojan la confusión al espíritu de los trabajadores.

No obstante, hay que señalar este punto esencial: el día en que las federaciones de sindicatos, subvencionadas, se conviertan en Bolsas del Trabajo, no sólo de nombre, sino de hecho, en que posean uno o más servicios propios de una Bolsa del Trabajo, sus estatutos y sus funcionarios deberán dejar de ser, en la medida de lo posible, los funcionarios y los estatutos de las Bolsas del Trabajo. En realidad puede presentarse el caso de los sindicatos dispuestos a adherirse a las Bolsas del Trabajo sin desear volver a entrar en las federaciones, o de sindicatos que quieran retirarse de las federaciones sin abandonar las Bolsas del Trabajo. Unos y otros no podrían hacerlo si la administración de las federaciones fuera también la de las Bolsas. Por tanto, las federaciones se convertirían en una Unión de carácter particular en el ámbito de la Unión general, lo que por otra parte no impediría en cierto modo incorporar dentro de la misma, de un modo u otro, a todos los sindicatos adheridos en las Bolsas del Trabajo⁵⁵.

IV. FUNCIONAMIENTO DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

Se comprenderá que no podemos dar aquí una explicación extensa de la vida de las Bolsas del Trabajo. Si el número de los servicios es limitado el funcionamiento es fácil y cualquier indicación sería superflua. Si por el contrario aquéllos comprenden un servicio de colocación importante, una rotación demasiado extensa de parados y la vigilancia de los cursos profesionales, sería necesario entrar en detalles que, aunque se agotaran, quedarían siempre

⁵⁴ Esto ya no es exacto, en el sentido de que las Federaciones admiten en la actualidad en las mismas condiciones a las uniones de sindicatos y a las Bolsas del Trabajo.

⁵⁵ La necesidad de esta doble constitución ha sido comprendida por todas las federaciones obreras de la ciudad, porque siendo considerable el número de los sindicatos, el respeto a la autonomía de cada uno de ellos es la garantía de la unión de todos. Así ocurrirá en París, Marsella, Tolosa, Burdeos, Lyon, etc. Es el medio para neutralizar el efecto de los gérmenes de emisión inevitables con una organización y una administración únicas.

oscuros. El mejor medio para las nuevas Bolsas del Trabajo de familiarizarse con sus futuros servicios, y determinar el número de sus asambleas generales, etc., es leer con atención los boletines oficiales de las Bolsas del Trabajo, el Anuario publicado en 1892 por la Bolsa del Trabajo de París, que el Comité de las federaciones de Bolsas puso cortésmente a su disposición. Allí se hallarán los detalles más minuciosos, los documentos más interesantes y precisos relativos a su trabajo. Por otro lado las nuevas Bolsas del Trabajo deberán reclamar los Estatutos del *Viaticum* o los socorros del viaje federativo, las guías y los estatutos necesarios para la constitución de los sindicatos agrícolas y marineros.

V. FEDERACIONES DE LAS BOLSAS DEL TRABAJO

Al margen de los comités particulares de cada Bolsa del Trabajo, a nosotros nos interesa actualmente el conjunto de las Bolsas, pero el estudio no podríamos asumirlo sin una correspondencia y una pérdida de tiempo considerable. Esta misión, encomendada a un comité residente en París y que está constituido por un delegado de cada Bolsa del Trabajo, constituye el intermediario entre todas ellas. Desde el momento en que se constituye una Bolsa del Trabajo, ésta envía su adhesión y sus estatutos a la federación. Además, procede a elegir de entre sus paisanos sindicados, habitantes en París, o a falta de éstos, de entre una lista de candidatos establecida por el Comité federal, un representante al Comité encargado tanto de defender los proyectos de interés colectivo para cuya solución necesita del apoyo de las demás Bolsas del Trabajo, como de examinar los proyectos creados por otros.

Entre las cuestiones o competencias de este modo encargadas al Comité federal figuran: las notificaciones a todas las Bolsas del Trabajo de los progresos o descubrimientos operados en cada una de ellas; la aplicación del *Viaticum* federativo, la apertura de encuestas relativas a leyes, problemas de estadística, etc. El examen y, en consecuencia, la aprobación o desaprobación en los llamamientos hechos por esta o aquella Bolsa del Trabajo, federal o no, a la solidaridad de las demás Bolsas, la redacción de proyectos para la creación de sindicatos, (agrícolas o marineros) de cursos profesionales, de museos del trabajo, etc.; y en fin, la organización de los congresos nacionales anuales, a los cuales se admiten solamente las Bolsas del Trabajo federadas.

La cuota federativa, abonable trimestralmente, se fija en 35 céntimos de franco mensuales por cada afiliado, con un mínimo de 1.75 francos mensuales para las Bolsas del Trabajo que reúnen a menos de cinco sindicatos.

París, octubre de 1895
Por la Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia y de las Colonias
El Secretario,
Fernand Pelloutier